

EL SIGLO MEDICO

NUMERO EXTRAORDINARIO EN EL JUBILEO PROFESIONAL DEL

EXCMO SR D^N CARLOS M^A CORTEZO

1870-1920

HEMEROTECA
MUNICIPAL



El Dr Cortezo, en 31 de Mayo
de 1870. (Del cuadro de
alumnos, que termina-
ron la carrera aquel año)

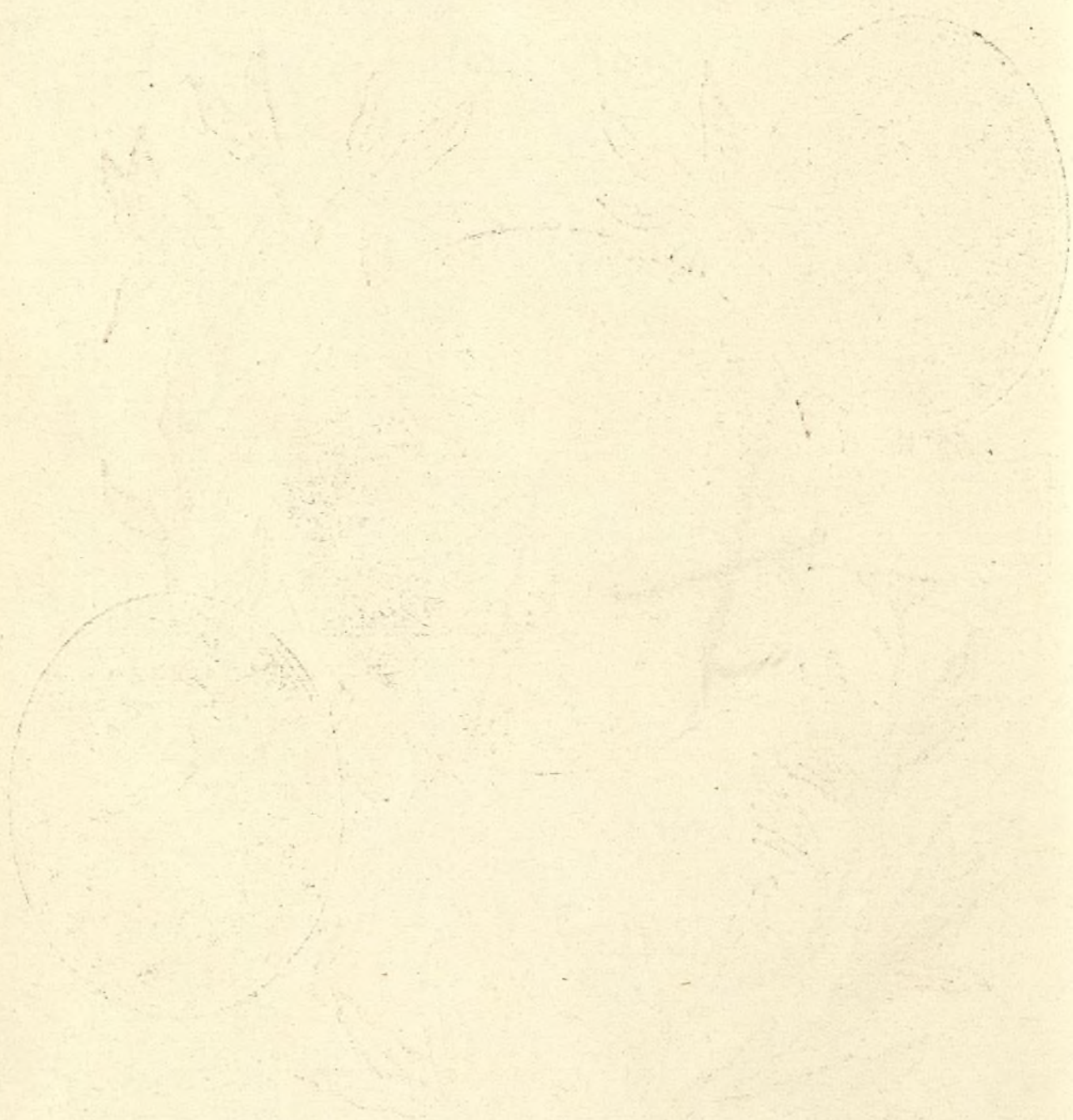


EL Dr CORTEZO en 1º de Mayo de 1905
(Como Ministro de Instrucion Publica)



Ultimo retrato del
Dr Cortezo en 1920

R. Malasana



EL SIGLO MEDICO

Número extraordinario en el jubileo profesional del
Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo

AUTOBIOGRAFÍA DE «DECIO CARLAN»,

Hace próximamente cuarenta y ocho años (12 enero 1873) apareció por vez primera la firma de «DECIO CARLAN» al pie de la REVISTA o del BOLETIN DE LA SEMANA de este periódico. De entonces acá, en todos los números aparecidos ha firmado siempre esta impresión criticocientífica profesional, a las veces con ribetes políticos, con pretensiones trascendentales a las veces, y siempre con entusiasta amor y con desinterés bien comprobado por su clase, que encabeza cada uno de nuestros números.

¿De dónde nació «DECIO CARLAN»? Precedióle en sus mismos menesteres y funciones «LINO CARCEDA», y los que desde luego se fijaron en la distribución de las letras que componen ambos nombres comprendieron que se trataba de un anagrama de «LA REDACCIÓN».

Confeccionábase por entonces EL SIGLO MEDICO por los Sres. D. Matías Nieto y Serrano, D. Francisco Méndez Alvaro, D. Alejandro San Martín y D. Francisco Javier Santero, amén de los redactores científicos y profesionales y de los numerosos colaboradores con que siempre ha contado esta revista. Como la sección de crítica semanal se confeccionaba colectivamente por los cuatro primeros señores, en vez de firmar cada uno la breve impresión que enviaba, convinieron en usar el anagrama de «LINO CARCEDA», y así lo hicieron por algún tiempo; pero vivacidades juveniles y causticidades de Javier Santero y Alejandro San Martín, con austeras apreciaciones de Méndez Alvaro, dieron lugar a reclamaciones y aun a cuestiones personales que se dirigían contra «LINO CARCEDA», creyéndole persona de carne y hueso.

Arregladas y olvidadas las diferencias y los agravios, y coincidiendo por entonces el cambio de redactores de los Sres. San Martín y Santero por ausentarse de Madrid, por los Sres. Serret y Cortezo, se adoptó el nuevo anagrama de «DECIO CARLAN», que de entonces acá no se ha modificado. Es

decir, que en un principio fué el seudónimo de Méndez Alvaro, Nieto, Serret y Cortezo; lo fué después de estos mismos y de Pulido, cuando éste ingresó en el periódico, y por la funesta acción de la muerte quedó reducido a representar a los tres más jóvenes en los últimos años, hasta que hace tres, expresa exclusivamente la personalidad de don Carlos María Cortezo.

Damos estas explicaciones, inútiles para algunos, indiferentes para otros, porque no falta quien pregunta de vez en cuando: ¿Quién es «DECIO CARLAN» y cómo pedirle responsabilidades o tributarle aplausos por lo que piensa y dice cada semana?

«DECIO CARLAN» es siempre el mismo, ese espíritu convencido y entusiasta que aspira a representar las aspiraciones elevadas, puras y desinteresadas de una clase que, al través de las dificultades de la ciencia que la inspira, de los sacrificios del ejercicio que se le exige, de los desdenes de la sociedad que la explota y de los propios vicios que pudieran desacreditarla, anhela conquistar el lugar preferente y a desempeñar el papel sublime que acabará por obtener cuando la sociedad haya llegado a aquel momento evolutivo de perfección de que todavía está muy alejada.

Este es «DECIO CARLAN»; éste ha sido cuando hablaba por las plumas incomparables de Méndez Alvaro y Nieto; éste ha sido cuando le ha inspirado la perseverante, convencida y laudable labor de Serret; éste ha sido cuando ha empleado las causticidades severas de San Martín y las vehementes críticas de Santero, como cuando ha predicado las desinteresadas y altruistas labores de Pulido. Este ha sido y será mientras él viva y le inspire como ahora lo hace el modesto, pero terco e irreductible espíritu que cada día con más fe cree y espera en la redención de la clase médica española y en la conquista por ella del lugar que le está históricamente reservado, que históricamente llenó y que volverá a ocupar, a pesar de los pesares, porque es digna de ello y porque tiene alientos y condiciones para tal conquista.

Tiene, pues, «DECIO CARLAN» fe y esperanza en su clase, y aconseja a todos que tengan caridad

con los que dentro y fuera de ella combaten sus puros ideales.

¡Adelantel, nos dijimos al escribir por primera vez en esta sección; ¡adelantel, nos hemos dicho siempre y en cada momento, y todavía, cuando no podamos más, volveremos la vista a la falange selecta de juventud que tras de nosotros viene y le diremos como última palabra... ¡Adelante!

DECIO CARLAN

PROFESIÓN DE FE

SONETO

Lancéme a la batalla de la vida
Sin yelmo, sin coraza, sin escudo;
El pecho a combatir llevé desnudo,
Sin excusar del odio la embestida.

Desdeñé la venganza prevenida,
De la traición el acechar sañudo,
Y la envidia sutil herirme pudo
Con su dardo de sierpe embravecida.

Hoy, al continuo batallar rendido,
Estéril el esfuerzo y el denuedo,
Contemplo mi impotencia de vencido;

Mas proclamar en mi derrota puedo:
Que al ser mi triste corazón herido,
Siempre el dolor sintió; jamás el miedo.

C. M. CORTEZO

Junio de 1904.

ALGUNOS PERFILES PARA EL RETRATO MORAL DE CORTEZO

En septiembre del año 1873 conocí a Cortezo en unas oposiciones a cuatro plazas de la Beneficencia general. Firmamos 50 opositores, y concluimos los actos 36.

Estas *prebendas* estaban dotadas con cien pesetas mensuales, con obligación de asistir a 60 enfermos en el hospital de la Princesa con dos visitas diarias; y después —aunque no entraron en las condiciones del concurso— una guardia cada cuatro días.

Era entonces Cortezo muy joven, sin pelo de barba, con lentes por su miopía, y, realmente, parecía un niño, aunque, seguramente, para representar mayor edad llevaba una levita bastante larga.

¿Qué buscará en estas oposiciones este joven que tiene tan poca edad? Esto oí en varios corrillos de opositores, que, seguramente, no sabían el brillante éxito que había tenido Cortezo en unas oposiciones anteriores para cubrir unas plazas en la Casa Real. No obtuvo plaza porque tenía muy poca edad y carecía de representación personal. ¡La eterna excusa para cubrir muchas injusticias!

En las oposiciones a que hago referencia no pudo por menos de decir el que salió agraciado con el primer lu-

gar: «Este *muchacho* trae toda la ciencia alemana en la cabeza. Está a muy pocas leguas de Berlín.» Se equivocaba en la última parte, pues estaba en la capital de Alemania.

En nuestras oposiciones actuó Cortezo en el ejercicio segundo, y la exposición de la historia clínica y las consideraciones sobre el enfermo referentes al reumatismo fué de lo más admirable que se ha visto en oposiciones. Como si se hubiesen puesto en acuerdo tácito Tribunal y coopositores nació ese fallo, fiel reflejo de la conciencia pública, que busca en la colectividad la sanción de la justicia. Tuvo Cortezo una verdadera reivindicación, como si fuese una protesta contra el injusto fallo de la oposición anterior; pues en Cortezo había los arrestos y el entusiasmo de la juventud en íntimo consorcio con un bagaje científico que sólo puede acumularse después de muchos años de práctica en un constante esfuerzo de aplicación.

Cortezo obtuvo la primera plaza. De los cuatro agraciados entonces han muerto Ustáriz y Salazar; quedamos Cortezo y el que estas líneas escribe. Todos los jueces del Tribunal y la gran mayoría de aquellos opositores han desaparecido del mundo de los vivos. La Muerte, con su ruda saña, ha segado muchas vidas; algunas en la plenitud de su vigor. Así como Bécquer decía: «Dios mío, qué solos se quedan los muertos», se pudiera decir: «Qué solos se quedan los vivos.»

Las condiciones clínicas de Cortezo se desarrollaron por modo extraordinario en el hospital de la Princesa.

Se convocan unas oposiciones para cubrir cátedras vacantes de Patología Médica en las Universidades de Barcelona, Valencia y Santiago. Muchas injusticias se han cometido en la Universidad Central; pero ninguna ha llegado a la que entonces se *perpetró*: un Tribunal *amalgamado* desde mucho tiempo antes; un catedrático de Patología Médica, pero que no inspiraba *confianza*, sustituido después por un cirujano tan adicto que confesó que había ido a Madrid para votar al que salió agraciado en primer lugar; dos profesores clínicos de Madrid, que fueron nombrados catedráticos de número de la Facultad poco tiempo después, cubriendo los dos turnos de oposición, que *ipso facto* quedaron suprimidos, sin temor a protesta, pues sólo perjudicaban a *dos incógnitos*. Fué el plan de mayor maquiavelismo que se ha puesto en ejecución en la provisión de cátedras. No hablo de otros jueces para no dar extensión a esta página tan negra. En justicia, quien ganó la primera cátedra fué Cortezo.

Pasó algún tiempo, y ganó Cortezo, después de muy buenos ejercicios, la cátedra de Fisiología, de Granada, de la que no tomó posesión, pues el hospital de la Princesa era su verdadero ambiente científico, además de su creciente clientela, ya muy numerosa, y de la grandísima reputación que adquirió, rápidamente y con justicia, en todas las Academias y Centros de cultura.

Tenía Cortezo un tino especial, lo que vulgarmente se llama golpe de vista, para resolver esos conflictos que nos salen al encuentro sin buscarlos. Uno de los médicos que había entonces en el hospital debía su plaza a cierta secta, sociedad secreta, y procuraba alistar en ella a todos los practicantes. Uno de ellos, que parecía el jefe e instigador principal, pasaba visita con Cortezo, y éste comprendió el peligro que representaba dicha propaganda. Le dice: «Si usted fuese médico, recetaría *remedios secretos* sin conocer su composición y no poder prevenir las fatales consecuencias que esto puede acarrear? El

practicante comprendió la *intención*, y como si esto hubiese sido un conjuro, se acabó la secta y la propaganda.

Había otro médico con un prurito operatorio extraordinario, quien, por falta de necesaria preparación, tenía en sus intervenciones una terrible estadística. Un día le dice Cortezo, amistosamente: El público está asomado a las ventanas de este hospital y ve todo lo que hacemos aquí dentro. Este aviso no cayó del todo en el vacío.

Cortezo, médico, se dedicó a operar la cura radical de las hernias por el procedimiento de Egea—médico del hospital y hombre modestísimo, fronterizo al apocamiento—, y obtuvo grandísimos éxitos, relativos a la época, pues no se conocían entonces ni los procedimientos de Kocher ni el tan vulgarizado hoy de Bazzini. Es que Cortezo, por su envidiable inteligencia, hubiera sobresalido en todo a lo que dedicaba su actividad; en cambio, tenía algunas veces distracciones verdaderamente risibles. Citaré una que nos hizo reír mucho: Mi hermano Francisco—que murió hace poco de decano del Cuerpo Médico Municipal, de Sevilla, fué a Madrid a tomar la investidura de doctor. Cortezo fué su padrino de presentación, y en el discurso dice: Que había sido médico militar en la campaña de Cuba; y distraído confunde a mi hermano conmigo en este relato. Había que ver la cara de sorpresa que puso mi hermano, *dudando de su personalidad*, y tocándose el pecho por si encontraba la cruz roja del Mérito Militar, ganada en tan ruda campaña. Esto decía mi hermano después, ante Cortezo y los acompañantes al acto, con su natural aticismo andaluz. No era el que menos se reía el distraído padrino, al hacer mi hermano la descripción de su estado psicológico en que Cortezo le había colocado con su distracción. Tenía Cortezo un verdadero espíritu progresivo, pues su inteligencia se había desarrollado al calor de las ideas modernas. Tenía verdadera idolatría por Martín de Pedro: un clínico notable del Hospital general, muerto muy joven de una perniciosísima, cuya enfermedad había tomado como tema en el discurso de recepción—que no llegó a leer—para la Real Academia de Medicina. ¡Sorpresas en las emboscadas de la Muerte! ¡Crueldades del Destino!

Como era Cortezo un investigador, hambriento siempre por arrancar secretos al microscopio, como auxiliar de la Clínica organizó un buen Laboratorio en el hospital. En él puso todos sus amores y no poca parte de su particular peculio, toda vez que en el presupuesto no había cantidad consignada para ello. No visitaba ningún profesor el hospital que no pasara por el Laboratorio.

Anunciaron la visita de una infanta, y, como es natural, se hicieron todos los preparativos necesarios. No vino la persona que se esperaba; pero, en cambio, cuando menos se pensaba, se presenta un señor director de un periódico de Medicina, que en todas partes se introducía para buscar suscriptores, y daba *colosales bombos*, más o menos interesados. Pregunta a Cortezo que dónde estaba el Laboratorio, pues había oído de él muchas alabanzas. Con su peculiar cortesía lo llevó nuestro compañero al sitio indicado, en unión de varios médicos y practicantes, pues en aquella hora se habían terminado las visitas. Saca Cortezo de la caja un magnífico microscopio Nacher—entonces de los mejores—; se lo enseña al visitante; toma éste su lentes, mira al aparato y le dice a Cortezo: ¡¡Qué magnífico aspirador de Diu-lafoy!!

Yo, mordiéndome los labios, salgo del departamento en unión de algunos practicantes; y ya en la galería, me dice uno, que resultó ser exaltado poeta improvisador:

¿Quién es este sabio? Le contesto: Un director de periódico. Casi de repente recitó la siguiente quintilla:

¿Un Director? ¡Qué dislate!
Grandísimo disparate.
En Burricia doctorado:
O es un necio de remate
O es un tonto rematado.

Después de las visitas nos reuníamos en el Decanato para cambiar impresiones clínicas. Un día estaban dos médicos, de edad, que tenían plaza por influencias políticas. Entra Cortezo y dice: Tengo un enfermo hemoptoico, y me fracasan todos los medios empleados. He usado con insistencia la ergotina en primer término. —Amigo Cortezo—dice uno de aquellos sabios, que, por cierto, usaba lengua barba con algunas canas, cuidadosamente teñidas—, le indicaré un remedio seguro. —Mucho se lo agradeceré—dijo nuestro compañero—. Dele usted el cornezuelo de centeno. A lo que Cortezo contesta: Si la ergotina es la parte activa del cornezuelo. El sabio, que lo ignoraba, al ver la *gran plancha*, toma el sombrero, saluda casi *en mutis* y sale muy avergonzado.

Apenas hubo salido, dice el sabio segundo: ¿Han visto ustedes qué ignorante, que no sabe que el cornezuelo es preparado con alcohol y la ergotina con agua? Entonces tuve que salir de prisa para no soltar la carcajada; y fuera, ya más sereno, vino a mi memoria la máxima de aquel filósofo, diciendo para mí: ¿Por qué *estos sabios* no la tienen presente?: «Calla, si lo que vas a decir vale menos que el silencio».

Sería interminable si fuese relatando anécdotas referentes a Cortezo; pero no he de abusar del espacio que se me pueda destinar en el número extraordinario de EL SIGLO MÉDICO. Un día nos dice Cortezo, *muy formal*, que podía contar con la lente del oftalmoscopio las pulsaciones en la arteria central de la retina. Tomamos a un practicante como materia de observación. Este había de acelerar o retardar las inspiraciones por su relación con el pulso. Cortezo, armado con el oftalmoscopio, y yo pulsando la radial, coincidíamos en el número. Cuando todos estábamos admirados de su habilidad—superior en este concepto a la de un oculista de mucha fama, si bien éste lo hacía en los glaucomatosos—, nos dice que tomaba el pulso con el dedo meñique de la mano que sostenía la lente, apoyándolo en la arteria temporal superficial.

No sólo era Cortezo un cultivador de mucho provecho en el terreno de la Ciencia, si que también en las Artes, en donde su espíritu se había desarrollado extraordinariamente, sobre todo en la Música. No faltaba a ninguno de los conciertos que dirigía Monasterio en el Circo de Rivas, en donde se tocaban las sinfonías selectas de Beethoven. ¡Cómo se deleitaba oyendo la *Quinta*, la *Pastoral en el andante* y la *Heroica*! Una tarde entrábamos él y yo cuando la orquesta empezaba la *Marcha fúnebre* de Chopin, que yo no había oído nunca. Para que yo no perdiese una nota, nos paramos en la entrada de un pasillo entrepalcos, pues nuestra habitual localidad era en las alturas. Cortezo me hacía notar las bellezas que llevó al pentágono aquel músico polaco, amigo de *Jorge Sand*. Aquellas notas parecen los profundos gemidos de un alma dolorida, que sólo pueden expresar los violines. ¡Qué emoción artística producen!

Algún tiempo después la oí a la banda de Artillería, en la Puerta del Sol, cuando el entierro del general Concha, muerto en Monte-Muro, y me produjo un efecto contra-

rio; y es que el metal no puede competir con la cuerda en ciertas composiciones.

¡Qué bien tarareaba Cortezo, con fino oído, las polonesas de concierto de Marqués, especialmente la *Segunda*! Cortezo hubiera sido un músico excelente. Su crítica podía compararse con la de Peña y Goñi, sin exageración de ninguna especie, porque Cortezo tenía profundamente encarnado el sentimiento de todas las grandezas en Ciencias y en Artes. Me parece verlo, después de oír una pieza de Espadero—compositor de la Habana—, titulada *El canto del esclavo*, discutir en las *alturas*, vulgo galería superior o paraíso, con Sanmartín y otros: Esto es *burda estameña*. No, que es *paño fino*, decían uno y otro bando. En realidad, era una pieza que quería halagar con conceptos melódicos, tan dulzainos y empalagosos, a los filarmónicos meridionales y románticos; pero sin ninguna idea musical.

Una emboscada política le fué estrechando a Cortezo el cerco en el hospital de la Princesa y le obligó a dimitir, que era lo que se pretendía. La política le empujó por su camino, sirviéndole de imán su antiguo y sincero amigo don Raimundo F. Villaverde, uno de los hombres de mayor talento financiero de España. Llegó Cortezo a ministro. ¡Tiene el arcano grandes misterios! Si Cortezo hubiera seguido con los primeros impulsos la velocidad inicial, como se dice en la balística, ¿adónde hubiese llegado? Adónde hubiese querido; y hubiese dejado entonces una obra de Medicina, verdadero monumento científico, que, seguramente, hubiese servido de guía a muchas generaciones posteriores. ¡El hombre es hijo del ambiente y producto de la atmósfera que le rodea! Cortezo, en mi opinión, estuvo fuera de su órbita: la política en nuestro país no es para los hombres como Cortezo. Los políticos son muy calculistas.

A los que combatieron juntos en las primeras luchas para encontrar un porvenir les une estrecho lazo de cariño, y éste no se entibia ni por el tiempo ni la distancia.

Cuando recuerdo *nuestra Peña* en el café de Fornos, en donde nos reuníamos Gallinar, Adaro, el arquitecto; Miguel Echegaray, Gómez Pamo, catedrático de Farmacia; Cortezo, Ustariz, Miguel y Viguri y algunos periodistas, me considero rejuvenecido: como si una brisa me trajese efluvios de aquella vida en juveniles años. La mayoría de aquéllos han muerto, y los que viven han seguido rumbos muy distintos.

Admiro en Cortezo su inquebrantable fe, su constancia, a pesar de esos achaques que producen en el organismo el desgaste que origina la edad. De Cortezo puede decirse lo que de Trousseau decía uno de sus discípulos: «Cuando era joven tenía la experiencia del viejo, y al llegar a esta edad tiene todo el entusiasmo del joven.»

ANTONIO MORALES.

Barcelona, mayo de 1920.

El Dr. D. Carlos María Cortezo

De pocos hombres se podrá decir con más razón que tiene suerte, que es afortunado. Tuvo la suerte de nacer y ha tenido la fortuna de vivir en una época de tan grande progreso, de tan precipitada evolución, que ha asistido como actor principal al cambio de la Medicina desde su período plurisecular de arte fundado

en la observación al moderno período de ciencia experimental.

Tuvo la suerte de nacer con talento, y ha tenido la fortuna de cultivarlo, buceando en cuantas actividades preocupan el cerebro del hombre, y en todas ellas ha brillado con luz propia: en la literatura que llena el corazón, en la política que aprisiona la voluntad y en la Medicina, que esclaviza, que tortura, que subyuga, que ilusiona y que desespera. Su triunfo en tan diversos campos ha sido un poco el triunfo de la clase médica, que con él ha logrado respeto y prestigio donde antes el médico era considerado con menosprecio.

La edad, inexorable, que lastima y arrincona personalidades ilustres, nos ofrece nueva prueba de la suerte, de la fortuna de este ser privilegiado; al reducirle la vida exterior, le aumenta, le intensifica y le sublima la vida espiritual. Desilusionado de lo que es en el mundo superfluo y vano, aplica todas las potencias de su alma a la mejora de la clase que tantas mejoras necesita, y para servirla le parecen pocas su palabra, su pluma y su influencia. Extiende su corazón hasta dar entrada en él a los huérfanos de los médicos pobres, y roba a su descanso el tiempo para dar a la patria el tesoro de su experiencia, de su saber, del conocimiento de los hombres y de la meditación sobre los problemas que estallan en este momento histórico.

Cuando muchos de sus contemporáneos han pasado al olvido, D. Carlos María Cortezo es una realidad y una esperanza.

DR. ANGEL PULIDO MARTÍN

LA PSICOTERAPIA AFECTIVA ESPONTÁNEA

POR EL DOCTOR E. FERNÁNDEZ SANZ, DE LA REAL ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA; MÉDICO NUMERARIO DE LA BENEFICENCIA GENERAL, ETC.

La tan brillante como fecunda actuación médica del Dr. Cortezo se presta a tratar, con motivo de ella, de la importancia del influjo psicoterápico que la personalidad del médico ejerce de una manera natural, espontánea y no aprendida.

Es el Dr. Cortezo un médico de altísimo prestigio, tan excelso como justamente merecido. Dejemos a un lado, para no considerarle más que como clínico, sus preclaras dotes de orador, de hombre político, de luchador denodado por las reivindicaciones de clase, de defensor incansable de las aspiraciones de sus compañeros modestos, de los humildes, a los que, en las cumbres de la fama, jamás olvidó...; pero no pasemos adelante sin rendir un sentido homenaje a su abnegado, a su admirable proceder en la última sesión permanente del Senado, en la que se terminaron de discutir los Presupuestos, y en la que veló la noche entera,

vigilante en su escaño, arrebujaado en su gabán, *medio ciego y medio enfermo*, según la gráfica frase de EL SIGLO MEDICO, sin abandonar su puesto, esperando impasible la ocasión de arrancar a la Cámara y al Gobierno la decisión del pago a los médicos titulares, consiguiéndolo a las nueve de la mañana del siguiente día, después de interminables horas de espera y de fatiga, que pudieron agobiar un cuerpo, pero sin rendir su voluntad de hierro.

Esta tan reciente prueba es una de las muchas que Cortezo, en el transcurso de su larga vida, tiene dadas de su espíritu de altruismo y de sus arraigados sentimientos de confraternidad profesional.

Acaso no se vea recompensado por la gratitud en la proporción debida; pero estad seguros de que no procede así por provocar muestras de agradecimiento, sino obedeciendo a los nobles impulsos de su ánimo privilegiado.

Mas no es mi propósito, lo repito nuevamente, hablar aquí de esta importantísima intervención de Cortezo en la vida social y en la pugna por el mejoramiento colectivo de la clase médica. Voy a referirme a otro aspecto de su actividad, más íntimo, pero también interesantísimo: el de sus relaciones con los enfermos, lo que se conexiona con uno de los más poderosos motivos de la inmensa fama de que, como médico práctico, ha gozado, y que perdura, a pesar de la edad y de los achaques, nimbando su frente con una aureola tan legítimamente conquistada.

Es indiscutible que las causas de la reputación del médico, las que le proporcionan crédito y clientela, son múltiples, heterogéneas y distintas, según los casos; y así se explica la diversidad de cualidades de los que ocupan las más altas jerarquías profesionales. Pero si, respecto de alguno de éstos, es necesario inquirir y meditar para conocer el porqué de su encumbramiento, y aun así quedan a veces dudas de si éste se halla justificado, en el caso del Dr. Cortezo, por el contrario, en seguida se advierte que los motivos de su fama no pueden ser más evidentes, pues tiene todas aquellas prendas que aseguran al médico el pleno triunfo en la práctica de su arte: sólido saber, perspicacia clínica, celosa diligencia, afectuoso trato, solidaridad moral con el paciente.

De todas estas dotes que, juntas, caracterizan al perfecto médico, y que en alto grado posee Cortezo, sólo de la última voy a ocuparme, de la que denomino *solidaridad moral con el enfermo*. Es éste un medio de acción interpsíquica de un valor extraordinario, no sólo para acrecentar el prestigio del médico, sino, sobre todo y ante todo, para conseguir efectos terapéuticos, que no por ser difícilmente explicables dejan de ser de una eficacia curativa y, por tanto, de una importancia práctica insuperables.

Nos encontramos aquí ante la realidad de unos hechos de constante realización, de antigüedad tan remota como la de la Medicina misma, que, infaliblemente, acaecen tan pronto como se pone en presencia del enfermo la persona que tiene la misión de curarle;

y, sin embargo, esos hechos no han sido plenamente reconocidos ni exactamente justipreciados hasta que los modernos estudios de la Psicología aplicada a la terapéutica, al crear la moderna Psicoterapia, han proyectado destellos de radiante luz sobre esas oscuras reacciones psíquicas, propias del conflicto entre el sentimiento de enfermedad y la apetencia de la salud.

Debo recordar, para la más fácil comprensión de cuanto voy a decir por los no especializados en esta materia, que la terapéutica psíquica comprende dos importantísimas modalidades, muy semejantes en cuanto a los fines que persiguen y aun en los mecanismos íntimos que ponen en juego para conseguirlos; pero radicalmente distintas por la manera de ser puestas en práctica y por la actitud que en cada una de ellas el médico adopta respecto del enfermo. Una de esas modalidades de la Psicoterapia se llama espontánea, natural, indirecta, larvada y aun instintiva pudiera también decirse, mientras que la otra debe calificarse de científica, doctrinal, sistematizada o metódica, directa y conscientemente reglada. La primera es, según he dicho, tan antigua como el arte de curar; la segunda, sobre todo en su aspecto fundamentalmente científico, libre de las supersticiones y de las prácticas arbitrarias que inicialmente la impurificaron, es de creación reciente. Aquella se ejerce de una manera necesaria, obligada, sin que el médico lo pretenda, sin precisar el concurso de su voluntad, y aun a pesar de ella, porque es como una espiritual emanación de su persona, una irradiación afectiva que influye sobre el enfermo, despertando en él tendencias y movimientos anímicos dotados de una enérgica acción curativa.

La segunda, por el contrario, se ejecuta de una manera deliberada, consciente y por completo intencional, no sólo en su finalidad, sino también en los detalles de los métodos para conseguirla, mediante reglas previamente establecidas y siguiendo procedimientos científicamente fundamentados y estudiados en todos los pormenores técnicos de su aplicación, así como en la apreciación de sus efectos, en sus indicaciones y contraindicaciones, etc.

La mejor manera y la más breve de comprender las diferencias existentes entre ambas formas de Psicoterapia consiste en considerar a la primera como la utilización espontánea de un don natural, del don de cautivar el afecto de las gentes y de captarse su simpatía con un fin curativo, mientras que la última es la sistematización de esa misma aptitud natural, perfeccionándola, fomentándola y someténdola a las normas lógicas de la terapéutica científica.

De la modalidad que en último término acabo de citar, de la Psicoterapia metódica y científica se ocupan numerosísimas publicaciones modernas, y son muchos los médicos que se han especializado en su empleo, lo mismo entre los que practican individual y libremente que en los que ejercen en Sanatorios, en los que los métodos psicoterápicos reglados encuentran su más fácil y eficaz aplicación.

En cambio, de la otra Psicoterapia, no obstante ser la más antigua, la de más universal uso y la que, en suma, mayor número de beneficios reporta a todo linaje de enfermos, apenas si se habla nada, pareciendo como si el auge de la Terapéutica psíquica sistemática hubiera perjudicado al reconocimiento de la trascendencia de su antecesora, la Psicoterapia natural; es más: en repetidas ocasiones he podido observar que los médicos no especializados en estas materias se van considerando desligados del deber de influir psíquicamente sobre sus enfermos, aunque sólo sea de una manera elemental, pues para eso, piensan, están los especialistas, los psicoterapeutas.

No incurrió jamás en esta censurable negligencia Cortezo, y creo que, aunque por acaso, y contrariando sus constantes sentimientos de cariñosa solicitud hacia el paciente, hubiera intentado hacerlo, no lo habría conseguido, pues la simpatía, la efusión afectiva, la comunicación de esperanzas, de consuelos al alma apenada, de pensamientos optimistas, brota de él con tan irresistible empuje, que basta con su presencia, con el vibrante y cálido acento de su voz y con su palabra, siempre oportuna, siempre afable, para despertar en el enfermo que le escucha la saludable reacción psicoterápica.

Yo, que soy psicoterapeuta profesional, de los que estudian y practican la Psicoterapia metódica, y acerca de ella he escrito varios trabajos, me considero en condiciones de apreciar en su valor inmenso los beneficios que a sus enfermos ha prodigado Cortezo, en virtud del natural influjo psíquico que sobre ellos ejerce; en muchas ocasiones, asistiendo conjuntamente a pacientes de muy diversas dolencias y de muy distinta condición social, me sorprendió al principio, y me ha continuado admirando siempre, este maravilloso dominio moral que Cortezo ha poseído sobre los que le confiaron el cuidado de su salud.

¿Cuáles son los motivos de esta bienhechora influencia? No es empresa fácil contestar a la anterior pregunta; precisamente caracteriza a la que he llamado Psicoterapia espontánea el misterio que envuelve a sus medios de acción; se trata siempre de procesos psíquicos recónditos, automáticos, velados en la sombra de lo inconsciente, rebeldes, por lo tanto, al análisis lógico, inaccesibles a las reflexivas indagatorias de la razón. Todo lo que acerca de ellos puede decirse es que no consisten en argumentos ni en otros recursos dialecticos, de esos que producen la convicción presentando al entendimiento ideas verdaderas, exactamente conexionadas.

Las armas de esta forma de Psicoterapia pertenecen a la esfera de los sentimientos, constituyendo potentes movimientos del ánimo, que, como todo lo que representa emoción o impulso afectivo, imperan en la vida psíquica, marcando con incontrastable fuerza el rumbo que han de seguir nuestras tendencias y nuestras acciones. Son los sentimientos las más enérgicas y decisivas causas determinantes de nuestra conducta; y por valerse de los afectos como de medios de ac-

ción la Psicoterapia que he llamado espontánea, es por lo que merece denominarse afectiva, y por lo que demuestra estar dotada de insuperable eficacia.

También la Psicoterapia científica cuenta con procedimientos que deben calificarse de afectivos; pero en ellos, por el mero hecho de pertenecer a una ciencia formalmente constituida, a los factores sentimentales únense otros ideológicos, de carácter manifestamente racional.

La Psicoterapia espontánea es la más radical, más pura y más totalmente afectiva, pudiendo estimarse como prototipo de la virtud curativa del influjo interpsíquico de los sentimientos.

Este prodigioso talismán psicoterápico que Cortezo tiene no podrá concretarse en qué consiste, ni en este caso ni en ningún otro; es algo indescriptible, algo que escapa a toda definición verbal; no es la vulgar sugestión, ni tampoco la fuerza de la persuasión, ni menos el simple contagio de un ferviente deseo o de un vívido deseo; no podemos decir lo que exactamente es, pero adivinamos que viene a ser como una irresistible atracción, como una transfusión de eso que se llama simpatía, como lo que, en términos algo pedantescos, pudiera designarse con el nombre de proyección en otra psiquis del yo afectivo, del dinamismo moral...

DR. E. FERNÁNDEZ SANZ.

Madrid, 4 mayo de 1920.

LAS BODAS DE ORO DEL DR. CORTEZO

Contribuir con estas modestas líneas a tejer la corona de laurel con que EL SIGLO MÉDICO quiere en este número honrar la fecha en que su ilustre Director cumple cincuenta años de vida profesional es para mí un honor que, a la vez, me proporciona una intensa satisfacción. Yo siento por el Dr. Cortezo un afecto fraternal, que nace principalmente de la admiración que me produce su talento. Es un espíritu sugestivo que ejerce sobre mí un influjo atrayente y consolador. Cuando en las luchas enervantes de la vida y en el desempeño de la difícil función de mi cargo oficial me he hallado algunas veces amargado y desfallecido, he recurrido a él y he encontrado siempre en su amable amistad un gran tónico espiritual. Afinidades ocultas que unen unos espíritus con otros, e irradiaciones misteriosas de energías psíquicas que emanan y se desprenden sutilmente de ciertos cerebros privilegiados, explican tal vez ese influjo de atracción que ha ejercido sobre mí siempre el Dr. Cortezo.

En mi ya larga vida profesional no he tratado intimamente más que tres médicos españoles cuyos talentos naturales, aparte su ciencia y su saber, me han producido la sensación de espíritus superiores, de cerebros cuyo desarrollo intelectual se hallaba bien claramente por encima del nivel corriente o común: D. José Letamendi, D. Santiago Ramón y Cajal y D. Carlos María Cortezo.

Bien distintos son, ciertamente, los tres en estructura mental, y bien pueden ser discutidos sus respectivos intelectos, no sólo en cuanto a su modo de pensar, sino respecto al valor de su actuación en el desenvolvimiento de la Medicina española; pero es indudable que se trata de tres hombres cumbres, que nadie puede negarles su personalidad original extraordinaria. Cajal no es ya por nadie discutido; Letamendi es atacado por los que creen que la ciencia ha de salir toda del laboratorio o de la observación directa de los hechos, cuando, en realidad, no se pierde para ella ninguna idea, por abstracta o metafísica que sea, como no se pierde para el concierto de la Naturaleza, como decía Víctor Hugo, ni el parpadeo de las estrellas. Cortezo ha sido hasta ahora, de los tres, el menos reconocido y justipreciado en su exacto valor. Su obra ha sido difusa, despéridgada, orientada en múltiples sentidos; y esto ha hecho que las gentes no vean claramente el conjunto de su actuación profesional. Él es filósofo, artista, literato, poeta, político militante, sanitario de acción, experto clínico y otras más excelentes cosas; y con todas estas aptitudes ha actuado en la vida siempre arrítmicamente, desordenadamente, a impulsos de las circunstancias exteriores que le han rodeado y de la inquietud innata de su espíritu; pero no ha pasado por ningún sitio, siquiera haya sido velozmente, donde no haya dejado rastro brillante de su originalidad y sus talentos.

Sus descubrimientos no han sido obra metódica del estudio, sino más bien fruto de geniales intuiciones y vislumbres inesperadas de su entendimiento. Tal sucedió con el hallazgo de que el piojo era el insecto transmisor del tifus exantemático. Esta es una de las cosas menos sonadas y, sin embargo, de más trascendencia práctica de las debidas al talento intuitivo del Dr. Cortezo. En la Conferencia Internacional Sanitaria de París de 1903, al tratarse en una de las sesiones más interesantes de la profilaxis pública de la fiebre amarilla y del papel que en la transmisión de esta enfermedad desempeña cierta clase de mosquitos, expuso por primera vez y de un modo terminante su parecer (véase pág. 343 del *Extracto de las Sesiones de la Conferencia*) de que el piojo era el parásito intermedio del microbio productor del tifus exantemático, y que, conforme con esa suposición y como prueba de ella, había combatido con éxito, siendo Director general de Sanidad, una epidemia grave de esta enfermedad desarrollada en Madrid en marzo de 1903. Habrá acaso, al aquilatar el valor de esta concepción o descubrimiento, quien crea que una mera suposición no tiene gran mérito en sí, comparada con la obra experimental que más tarde realizaron Nicolle, Conseil, Ricketts, Wilder, Anderson y Goldbergen, hasta convertir la hipótesis corteciana en verdad inconcusamente demostrada; pero también es cierto que sin la primitiva intuición no pudo haber obra experimental. De ordinario se juzga mal el mérito de los investigadores, colocando en primer término el trabajo técnico manual de la investigación y en segundo lugar el trabajo

mental o de dirección intelectual que precede a todo descubrimiento, que es lo contrario de lo que debiera suceder. Pues bien; en este caso la gloria de la primera concepción pertenece, sin duda alguna, a nuestro ilustre compatriota.

Otra obra memorable del Dr. Cortezo fué su reforma sanitaria. Vivíamos en un caos administrativo-sanitario, sosteniendo todavía el régimen arcaico de la ley de 1855, cuando, siendo Director general de Sanidad en 1899, hizo un nuevo Reglamento de Sanidad exterior y abolió de un plumazo las antiguas cuarentenas, que tanto perjudicaban al comercio y tan en ridículo nos ponían ante el mundo civilizado. Tras la modificación del Código de Sanidad exterior dictó la Instrucción general de 1904, que es todavía, con algunas variaciones impuestas por el tiempo, nuestro Código de Sanidad interior, y que si no ha producido en la práctica todo el fruto deseado es porque, siendo un real decreto la Instrucción, no ha podido rectificar los errores contenidos en las leyes municipal, provincial y otras, que han seguido impidiendo el progreso sanitario de nuestra nación.

Después de dejar la Dirección de Sanidad ha seguido ejerciendo con su autoridad personal cierta influencia indirecta sobre los asuntos sanitarios, ya desde la presidencia del Consejo de Sanidad, ya como Senador del Reino, ya como periodista profesional desde las columnas de EL SIGLO MÉDICO, donde ha realizado muchas campañas importantísimas en favor, sobre todo, de las clases sanitarias, sin que haya obtenido por cierto de parte de éstas aquella alta estimación y gratitud a que era acreedor. Ahora mismo, en estos presupuestos que se acaban de votar por las Cortes, ha alcanzado por sólo su influencia personal sobre el Ministro de Hacienda, Sr. Bugallal, que se lleve al articulado de la ley el modo de obligar a los Ayuntamientos que paguen puntualmente a los forenses, médicos, farmacéuticos y veterinarios titulares; para lo cual se autoriza a que, si es preciso, se retengan y embarguen los fondos municipales para atender al pago de los titulares, como si se tratara de verdaderos derechos del Estado; sin embargo, estoy seguro que a estas horas, después de publicada la ley, serán muy contadas las gracias y felicitaciones que haya recibido de sus colegas favorecidos, y aun tal vez haya alguno tan descontento que se atreva a censurarle lo alcanzado.

Pero el aspecto más interesante y más simpático para mí de la personalidad espiritual del Dr. Cortezo es su bondad altruista y filantrópica, revelada singularmente en esa obra generosa en que ha puesto toda su alma de patriarca sentimental de la clase médica: me refiero a la creación del Colegio del Príncipe de Asturias para Huérfanos de Médicos. Todos los agitadores vocingleros de las reivindicaciones profesionales y sanitarias que en busca de populares resonancias se mueven en los colegios y en la Prensa, sin respetos a nada ni a nadie, no han sido capaces todos juntos de hacer lo que este hombre bueno ha conseguido por

si solo, creando este asilo para amparo de los pobres huérfanos de médicos. Cuando acompañándole en sus frecuentes visitas al Colegio le he visto rodeado, aclamado y vitoreado por aquellas inocentes criaturas, que, movidas de su noble instinto natural, ven en él la representación viva de los padres que perdieron, me he sentido muchas veces conmovido y he observado asomar algunas lágrimas de emocional gozo a los ojos, ya escasos de visión, de ese hombre extraordinario, que en los últimos años de su vida ha sabido con esta obra unir a los destellos de su talento el nimbo de luz que sólo rodea a las almas buenas y generosas.

DR. MARTÍN SALAZAR

ADEHALA INCANCELABLE

Ni impuesto oneroso, ni censo redimible, sino sencillamente gaje recibido por donación cordial del Maestro al discípulo, que no logra encontrar motivo de cancelación para este censo afectivo. Mas llegan vuestras bodas de oro, y con ellas, el prosternado homenaje de las mentalidades humildes, que por saber vuestra vida, seguramente os ofrendarán la corona de loores que ciña el portentoso cráneo germinador de tan variados frutos; y mientras ellos tejen el laurel que imperializa la polisidencia del grande, yo el alumno, siempre alumno vuestro, os traigo la ofrenda de un valor espiritual que si otros llaman gratitud, yo, sin saber definirla, la siento como aura vaporizante, ruborosa por emotiva, anhelante y placentera, que os busca rehuyendo el encuentro, y que no sabe cómo acariciaros en pago de un bien que donasteis sin saber a quién; pero venido de vos por floración espiritual.

Vida triunfal del Maestro, no ha menester cronocar por estar en perpetua exposición; mas las virtudes tapujadas he de vocinglearlas balbuciente, desde la greguería profesional donde me acurruco, y en la que vivo en un simplicismo y dulce nirvana de inopias.

Allá, por el 29 de junio del 89, finiquitaban los exámenes de Licenciatura, y los que por falta de tiempo hábil no los sufriesen, forzosamente habían de esperar el fatídico septiembre, angustiados por el retraso en investirse del codiciado *exequatur*; en aquel apretujón de peticiones de examen me encontré preterido, a pesar del adquirido derecho de prelación, por un compadrazgo ejercido en favor de un allegado a profesor de Regia Cámara; mohino, afligido y cohibido por las caras de juez de los otros miembros del Tribunal, a quienes no osaba relatar la subversión de mi derecho, me desplacé rencoroso del grupo tumultuario, cuando en galería y hacia nosotros veo aparecer la efigie plácida, sonriente y bonachona de don Carlos, y como en fulguración unísona de voluntad y acción, me fui a él en súplica expositiva de reparación de daños; y... casi en camaradería, me dió un sobra de razón, y una promesa categórica reparadora.

Este sencillo hecho, bastante singular en *dómines* me delató un mundo de móviles morales que me inundaron de gratitud, nimbando al Maestro; mas no paró aquí, sino que en el mes de octubre, cuando media

docena de licenciados aspirábamos al premio extraordinario, y cuando tras varias horas de encierro colectivo ya habíamos leído las respectivas Memorias ante el Tribunal, y esperábamos el resultado de la deliberación, vemos introducirse a parlamento con jueces a don Carlos, que, impulsado por su afectividad hacia interno suyo, muy predilecto por muy capaz, ansiaba saber si era el agraciado; y a su íntimo deseo, se encuadró don Juan Creus mostrándole lo justo; y bastó y sobró en el ánimo del bueno aquella frase, para posponer el corazón a la equidad y volcar bruscamente en mi favor sus anteriores deseos; y tal movilización ético-afectiva, es virtud que en el palanquín de sus triunfos tiene más aromas que los del saber.

Derivóse por aquel fortuito galardón, mi porvenir soñado; y desde aquella fecha, si mis efusiones no le dieron albricias ni zalemas, por mi norteña parquedad mímica, mi alma afectiva revoloteaba por su efigie, besándole con el sublime amor con que sigo besando a mi difunto padre; y para ambos juntos tendrá una oración el hijo de la carne y el hijo de la gratitud, si por azar le sobrevive, su antiguo discípulo,

JESÚS CANSECO

Señores Redactores de EL SIGLO MEDICO.

Mis queridos amigos: Nada más grato que contestar a su cariñosa carta del 28 del corriente. Cuanto se haga en honor del Dr. Cortezo lo considero como una ofrenda a la ciencia nacional en su representación, si no la más alta, por lo menos la más sacrosanta de todas ellas: la Medicina.

Mi prestación a este homenaje, es el pago de los intereses de una deuda de gratitud, en la imposibilidad de pagar el capital. Era ya el Dr. Cortezo una notabilidad justísima en Madrid; tenía yo a mi padre gravísimo de una pulmonía y fui en busca de Carlos lleno de confianza, y no sólo encontré en él al hombre de ciencia, sino al verdadero médico abnegado y amigo entrañable, y guiado por su gran corazón, no sólo me prestó su saber, sino que se quedó velando al enfermo como cariñoso hijo, a nuestro lado, y prodigándole cuidados filiales y científicos; y aun cuando no pudo triunfar de la enfermedad, por los años y por la gravedad crónica del enfermo, quedó grabada en nosotros esta muestra de modestia y cariño, que sólo la pueden dar los hombres de corazón y de inteligencia.

Ansiaba un momento propicio para hacer pública manifestación de mi admiración y mi cariño para Carlos Cortezo, y ninguna como ésta, que me ofrecen y que agradezco de todas veras.

Nada puedo añadir a lo que todo el mundo reconoce de grandeza científica en el Dr. Cortezo; pero estan íntima y la esconde con tanto empeño su grandeza de alma, que creo rendir justo tributo a ella y sumarme con sus huérfanos del Colegio, en este día, como huérfano agradecido a estos méritos, que él mismo sentirá que los proclame.

Les aprieta la mano su cariñoso amigo,

ANTONIO ESPINA Y CAPO.

Un autógrafo del Dr. Cortezo

Grande es el bien que hacen los
 biólogos é investigadores en sus libros y desde
 sus laboratorios para el perfecciona-
 miento de la Higiene y no es me-
 nor el beneficio que produce el le-
 gislador traduciendo en preceptos coa-
 ctivos los resultados obtenidos por la
 Ciencia; pero el verdadero bienhechor
 de la Humanidad es el propagador
 de las verdades y el difundidor en la
 masa social de la persuasión de
 su eficacia

Abil 6/906.

U. T. Cortezo

OPTIMO : DOCTORI
CAROLO : MARIA : CORTEZO

VIRO : BONO : AC : PROBO

MEDENDI : DICENDIQVE : PERITO

DOCTOR : LUDOVICVS : MARCVS : S. : D.

¡Hace diez lustros ya! Vuelvo los ojos al tiempo aquel, y veo tu gallarda figura varonil tomar la toga de Mantua Carpetana en el *Colegio Caroleo*, ofreciéndote a Esculapio. Voto de amar la Ciencia y de ejercerla, voto de amar el Bien y de servirle: entrambos votos tu existencia noble, de medio siglo acá, sabe cumplirlos cual sacerdote Asclepiadeo debe.

La vibradora lengua de Castilla resonaba en la cátedra y tribuna, en la academia, el púlpito y el foro. Caían las ideas en los surcos del cerebro español, y, fértil campo, esparcían en él mil sembradores de la ciencia y el arte la simiente, que diera al fin intelectual cosecha. Y tú también sembrabas a boleó, con locos entusiasmos juveniles. Conseguiste muy pronto buena fama de bravo sembrador. ¡No la has perdido!

El amor de benditas libertades, que entonces en España renacían, ideas caldeó renovadoras de nuestra juventud en el espíritu, luchando con las viejas y caducas. ¡Cómo hervía la sangre en las arterias! ¡Cuánta en ásperos montes derramada! Peleaban las lenguas y las manos en aquellos homéricos combates de sabios, de poetas, de tribunos, con rudos e inciviles guerrilleros. Sí, fué en verdad Revolución Gloriosa: no fracasó; quedaron derruidas del negro error las rancias fortalezas ¡y ya no habrá jamás quien las levante!

Cuenta, CORTEZO, cuenta los mancebos que tras la voz de la elocuencia fuistéis de Emilio Castelar, tan pura y noble cual no sonó jamás otra en España; de grandeza sin par y de hermosura cual nunca pudo concebirse en labios de mortal que no hablase nuestra lengua. Érais todos cumplidos caballeros del ideal. No quiero decir nombres. ¿No basta el tuyo, CARLOS, generoso? Compara hombres con hombres... ¡No compares!...

¿Quién expone su vida y su sosiego, su libertad, los bienes de fortuna, de la familia la existencia plácida en el patrio solar, con ese austero desprendimiento en aras de la idea, sin buscar otro premio más insigne que la interior satisfacción del justo cuando al ajeno bien se sacrifica?

¡Basta! Apartemos los cansados ojos de aquella luz moral que los ofusca con su vivo fulgor. No los volvamos... para entrever las áureas miserias del peculado vil, del vil cohecho, de la nefanda corrupción, la usura, el vergonzoso afán de enriquecerse a costa de la Patria, con escarnio de cuanto existe bello en la conciencia.

Tu noble vida, de labor honrosa, tuvo por norte grandes ideales: los de belleza, bien, verdad, justicia; cuatro caras iguales y conjuntas del prisma geométrico del alma, místico esquema del humano espíritu. Fué siempre tu vivir plena armonía de las letras, las artes y las ciencias: sinfónico poema de la mente, reflejo de la música del Cosmos, con melodiosos, múltiples, motivos e infinitas, complejas, variaciones.

Del hospital el círculo dantesco, de la academia el razonar platónico, la luz de biblioteca alejandrina o de laboratorio pastoriano, el callado recinto donde escribe el cálamo la idea en el papiro, el rumor encrespado de los foros en que la Patria irrumpe en elocuentes voces de sus dilectos ciudadanos, la tablilla encerada y el estilo para grabar los inspirados versos... todo es orquesta celestial, angélica, cuya batuta manejaste sabia con mano audaz de ponderoso artista.

Fuiste del Rey llamado a su Consejo, donde Minerva te llevó, no Marte; el augustal Colegio de Esculapio prefecto suyo con honor te elige; tu voz ilustre en el Senado suena;

la Majestad tu pecho condecora,
en donde late corazón sereno.
Es una lira el corazón del hombre
con muchas cuerdas de flexible nácar,
y al pulsarlas del Bien el genio amable
suena de amor la dulce melopea.

No bastan a tus grandes sentimientos
de tus hijos modelo los amores...
y sientes desbordarse de tu alma
otro amor paternal inextinguible.
Del *Príncipe de Asturias* el Colegio
es el paterno hogar de aquellos niños
que perdieron el suyo para siempre.
De la infantil familia de los huérfanos
eres patriarca pío, bondadoso,

en nombre de los padres Asclepiades
que hermanos tuyos fueron otros días.

Y al recibir los ósculos sencillos
de los tiernos infantes, tu alma hermosa
prefiere el Bien a la Verdad austera
sin corazón, al Arte sin entrañas,
a la seca Justicia tan adusta
y a los vanos Honores de este mundo...
Y te anublan las lágrimas los ojos,
y el corazón palpita emocionado,
y no puedes hallar en el cerebro
una idea cabal de lo que sientes.
¡Oh, claro amigo, más que toda Ciencia
es el Bien lo que embriaga el alma tuya!

Mayo de 1920.

EXCMO. SR. D. CARLOS MARÍA CORTEZO

Querido amigo:

Decía Alejandro Dumas que el hombre nace sin dientes, sin pelo y sin ilusiones, y muere sin ilusiones, sin pelo y sin dientes. No lo conoció a usted; pues usted es ya viejo, por la partida de bautismo nada más, y conserva una buena dentadura, un cabello que envidiaría un muchacho y más ilusiones que un joven de veinte años: que Dios se las guarde, que soñar es vivir.

Y usted ha vivido mucho y vivirá mucho más; que la duración de la vida no se cuenta por los días que pasan, sino por las obras que se ejecutan, y en este terreno tiene usted una historia muy larga. Lo ha sido usted todo: médico, catedrático, escritor, orador, publicista, académico por partida doble, director general, diputado, senador, ministro, etc., etc., porque la relación no acabaría si hubiera de darla completa. Usted ha sido cuanto ha querido, y lo ha querido todo, no por ambición, no por codicia, no por afán de deslumbrar, sino para darse el gusto de dejarlo. Por gratitud, por afecto personal, fué usted en política conservador; pero eso duró poco: usted no había nacido para conservar nada, ni aun el dinero, que ha ganado mucho y ha guardado poco.

Es usted un conjunto de los más encontrados sentimientos: perezoso y sibarita si se deja llevar de sus instintos; activo y diligente cual ninguno si se lo exigen sus deberes; colérico como niño mal criado si lo contrarían o lo arañan, y dulce y cariñoso, con ternuras de mujer, ante los dolores, tanto propios como ajenos; tan sensible al agravio, como pronto para olvidarlo; poco temible como enemigo, porque no sabe guardar rencores; muy valioso como amigo, porque no sabe usted poner medida a sus beneficios. En usted todo es amor, amor tan grande, que no bastándole su familia, su buenísima esposa, sus cariñosos hijos, se hace usted padre de los hijos ajenos, y funda un Colegio de huérfanos para aquellos que quedaron desamparados y que, sin usted, hubieran perecido quizás en el abandono y en la miseria.

Hoy sus amigos, sus deudos, todos cuantos le quieren y admiran, que son muchos, le felicitan en sus bodas de oro con la profesión. Es muy justo y muy

grato y muy poco frecuente; que cuando uno vive mucho, cuando se *sobrevive*, se reciben más desengaños que halagos; pero usted, para ser una excepción en todo, lo es hasta en esto; bien es verdad que usted no es un viejo, sino un joven con muchos años.

Entre los que le admiran y, sobre todo, entre los que le quieren, ponga usted en primera fila a su buen amigo,

ANGEL F. CARO

Al doctor eximio Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo, en su jubileo profesional

Careciendo de sapiencia,
¿Qué diré yo en tu loor?
Que eres *vir bonus, señor*,
Et peritus in scientia.

Tu nombre pasa a la Historia.
¡Es galardón bien ganado!
Prócer ilustre, médico afamado:
Tibi sit honor et gloria.

BONIFACIO RAMÍREZ MORENO.

19 de mayo de 1920.

AL DR. CORTEZO EN SUS BODAS DE ORO CON LA MEDICINA

Por si la labor del Dr. Cortezo, durante toda su vida, en favor de la clase médica y del progreso de la Medicina no fuera bastante para nuestro reconocimiento, cualquiera de las dos últimas obras con que la ha coronado merecería, no sólo el culto individual de fervorosa admiración que ya se le debía, sino la cristalización de una manifestación colectiva (por Dios, que no fuera banquete) de nuestra eterna gratitud.

¿Qué menos puede hacerse por el que, como él, ha llegado a la realización práctica del Colegio para Huérfanos y conseguido, tras de doloroso calvario, la garantía de que los sueldos de los titulares puedan ser cobrados?

Hagamos algo digno de él y de nosotros.

ERNESTO BOTELLA

EN LAS BODAS DE ORO MÉDICAS

DEL DOCTOR DON CARLOS MARÍA CORTEZO Y PRIETO

Es la personalidad del Doctor Cortezo de tanto relieve, que es muy difícil describir las múltiples facetas que en él existen, contradictorias muchas veces unas de otras, lo mismo desde el punto de vista médico, que del social, que del político, que del profesional. Solamente abarcando en su conjunto dichas cualidades, mas las morales (incluyendo en éstas las familiares y de amistad), las de escritor y las de orador, podrá formarse una idea, aunque no exacta, de la compleja manera de ser del Doctor Cortezo.

Es más bien alto y grueso que bajo y delgado; cabeza artística, adornada hasta estos últimos tiempos por un pelo ensortijado; frente espaciosa, con eminencias frontales muy pronunciadas que denotan talento privilegiado, y ojos saltones, que indican excelente memoria, resguardados siempre por lentes de fuerte graduación.

Su gran entendimiento, memoria privilegiada e imaginación viva, con una cultura vastísima, casi enciclopédica, hacen que se le oiga con gran deleite, lo mismo en la Academia que en el Ateneo, en el Senado que en la conversación particular, pues en todas partes expresa, con gran facilidad de palabra, ideas y conceptos científicos en unos casos, literarios en otros y sociales en muchos, que al pasar por su robusta inteligencia les comunica cierto aire de originalidad, que hacen que se graben en el cerebro del que escucha con caracteres indelebiles. Puedo asegurar que siempre que Cortezo ha hablado en la Academia, en la conversación o en una consulta, siempre también he aprendido muchas cosas que yo ignoraba.

Cierto es que es el hombre más desordenado y olvidadizo que hay en Madrid, y esto le ha costado muchas contrariedades; pero en lo que se refiere a formar su entendimiento con las grandes conquistas del pensamiento efectuadas en las naciones más adelantadas del mundo, ha tenido una constancia enorme estudiando las lenguas vivas para recoger en sus naturales orígenes obras notables de Medicina y de Literatura, dominando el alemán, el inglés, traduciendo el Walsh, el italiano traduciendo el Bonis y el latín para traducir a nuestro Mercado. ¿Qué de particular tiene que al inaugurarse el Congreso Internacional de Medicina en el teatro Real recibiera una estruendosa ovación al expresarse en inglés, alemán, francés é italiano? Yo, y como yo muchos colegas, estábamos satisfechos y orgullosos del inmenso efecto que había hecho tan prestigioso compañero, tanto sobre el público no médico, como en los profesores extranjeros, que aplaudían a más no poder, al escuchar su propio idioma cuando menos lo esperaban.

Cortezo, con su inmenso talento, ha sido lo que le ha dado la gana ser; no había cumplido los treinta y dos años y había sido: Catedrático por oposición, Médico del Hospital de la Princesa y Decano del Cuerpo

de la Beneficencia general, Consejero del Real Consejo de Sanidad, Jefe de Administración Civil y uno de los Médicos de más fama y reputación de Madrid. En 1892 ingresó en la Real Academia de Medicina, de cuya corporación es hoy Presidente, y en 1918, en la Española. Entre otras condecoraciones posee las grandes cruces de Alfonso XII, Carlos III e Isabel la Católica.

Mas como su imaginación no le dejaba en paz, se le ocurrió la fatal idea de meterse a político, y aquí tienen a mi buen Doctor dedicarse a periodista en *El Tiempo*, ser Diputado a Cortes después, Director general de Beneficencia y Sanidad y Ministro de Instrucción pública en tiempos de Villaverde, para ser nombrado más adelante Senador vitalicio y Consejero de Estado de la Comisión permanente.

No era fácil que desempeñando tales cargos atendiera a su clientela, y, efectivamente, ésta le dejó en dos o tres ocasiones; pero ha sido siempre tanto su crédito, que en las dos o tres veces que dejó de visitar volvió nuevamente a recuperar lo perdido. No conozco otro caso semejante.

Es de un trato encantador; su conversación es amena, algo satírica, siempre instructiva, y narrador que se le escucha con interés. Muy aficionado a las bellas artes, sobre todo a la música, con una retentiva extraordinaria, así como también le extasia la literatura en general y, principalmente, nuestros clásicos. Tiene todas las buenas cualidades y defectos de los artistas; entusiasmo extraordinario por toda obra bella, que le encanta, que le seduce, que le extasia; en aquel momento no se acuerda de nada ni de nadie; ni existen enfermos, ni citas, ni reuniones, ni familia, ante la contemplación, bien de un Velázquez o un Goya, o bien si escucha las admirables composiciones de un Mozart, de un Beethoven o de un Wagner.

Esta exaltación de su fantasía, que no puede ser duradera, es la que explica su inconstancia en el ejercicio de la profesión; su variabilidad en las impresiones, que hoy se enamora de la política y mañana de los viajes; en una palabra, que lo que más le aburre es hacer siempre lo mismo, y lo que más le distrae es la novedad en todo.

Conozco a Cortezo como orador, como escritor, como político, como académico y como conferenciante de primer orden; pero tiene una cualidad envidiable, la de ser uno de los mejores *clínicos* de España; y, sobre todo, le conceptúo como de los primeros médicos consultores de nuestro país, por su experiencia, por sus vastos conocimientos, por su educación y porque el enfermo es para él el estímulo mayor que despierta sus poderosas facultades intelectuales que, partiendo de un diagnóstico seguro, señala las bases de una terapéutica conveniente.

Como *escritor* deja numerosas huellas de su talento original, buen estilo y juicio crítico excelente; sería tarea muy larga hacer mención de los numerosos trabajos que contiene la colección de *EL SIGLO MÉDICO*: de todos sus discursos académicos, de ininidad de

artículos y de numerosas obras traducidas a nuestro idioma, cuyo trabajo, que para otro sería colosal, no lo es para el Doctor Cortezo, por haberle dotado Dios de un gran talento y de una gran facilidad para hablar y para escribir. Discursos de mucho compromiso, los ha escrito en cuatro o cinco días.

Es la figura del Doctor Cortezo de las que más se destacan en nuestro país, tanto desde el punto de vista científico, como del profesional. Es de los que más han trabajado por el mejoramiento de la clase médica cerca de los Poderes públicos, ya como Director de Sanidad, ya desde los escaños del Senado o desde las columnas de EL SIGLO MÉDICO, creando el Colegio del Príncipe de Asturias para huérfanos de médicos, que tan humanitarios servicios presta a los pobres niños cuyos padres se sacrificaron por la humanidad, cumpliendo el hermoso deber de socorrer al prójimo.

Y yo, a mi vez, felicito cordialmente a mi antiguo y querido amigo el Doctor Cortezo y con mucho gusto escribo estas cuatro letras en su obsequio, como recuerdo cariñoso de *nuestras bodas de oro de conocimiento y amistad entrañable*, iniciados en 1870 en aquella célebre clínica de nuestro inolvidable maestro Martín de Pedro, y continuada hasta hoy, sin que en tan largo espacio de tiempo haya habido nubes que la obscurecieran.

SIMÓN HERGUETA

CORTEZO, ROMÁNTICO

De Cortezo clínico, de Cortezo catedrático, de Cortezo político, de Cortezo publicista, de Cortezo parlamentario, de Cortezo consejero, de Cortezo ministro, de Cortezo políglota y polígrafo, de Cortezo orador, de Cortezo periodista, de Cortezo organizador, de Cortezo sociólogo y de otra porción de Cortezos, todos ellos insignes, todos ellos brillantes, se ocuparán seguramente muchos de sus discípulos, bastantes de sus admiradores y los pocos que quedan de sus compañeros.

Pero tal vez nadie se ocupe de *Cortezo romántico*, y, sin embargo, esa condición de su temperamento, de su carácter, de su idiosincrasia, de su modo de ser y de actuar es lo que peculiariza toda la vida del eximio maestro, y a ello debe su renombre, lleno de gloria, henchido de gracia, pero exhausto, por lo desproporcionado, de aquellos bienes de fortuna con que tan ostentosamente viven y ruedan *clarineando* en la suntuosa morada, *bocineando* en los *boulevares* y *epatando* por do quiera tantos y tantos clásicos Sanchos Panzas de nuestra profesión, un día sacerdocio y hoy industria. El doctor Cortezo, D. Carlos, como le llamamos respetuosamente los que le queremos de verdad, los que nada le debemos y nada de él esperamos, porque la limitación de nuestras aspiraciones nos permite el lujo próspero de ser independientes, ha sido siempre un rebelde, un indisciplinado, un anticlásico en la vida profesional, científica y social de la Medicina española. Y esto, que es corriente en el principio de todas las

carreras, en los años mozos de todas las vidas, es muy raro y muy difícil y muy aventurado, y hasta muy aventurero, sostenerlo día por día, lustro por lustro, año por año durante los cincuenta que han transcurrido desde que tomó el título de médico.

Cortezo es romántico en la figura, en el vestido, en la palabra, en el pensamiento, en la acción; extravagante para algunos, original para muchos, genialísimo para los que saben paladear las mieles exquisitas del ingenio, de la ironía y de esa gracia especial que se llama *don de gentes*, que no es precisamente ninguno de los siete del Espíritu Santo; pero que es el *don* máximo, el *don* único del *sprit actual* siempre en renovación, siempre episódico, pasajero y fugaz, como una llama, como un sonido, como un aroma, y que está constituido por las esencias de los seis primeros *dones* y de los siete primeros *frutos* del Santo Espíritu. Es decir, todos los *dones* menos el de *Temor de Dios*, y todos los *frutos* menos la *Mansedumbre*, la *Fe*, la *Modestia*, la *Continencia* y la *Castidad*.

Por eso su romanticismo, más que *informado por el espíritu y gusto de la civilización cristiana*, según reza la primera parte de la definición que da el Diccionario de su Academia de la Lengua, es el *sistema de no ajustarse a los preceptos observados en las obras que se tienen por clásicas y forman autoridad*, según dice la segunda parte de la citada definición.

Es decir, un romanticismo exaltado en la *Ciencia* y deprimido en la *Fe* por efecto de la *Política*; una mezcla de *Romanticismo* y *Romanorismo*.

DR. ROYO VILLANOVA

AL DOCTOR CORTEZO

Celebra las bodas de oro en el ejercicio de la Medicina una ilustre personalidad de singular carácter, que se manifiesta por aspectos variados y brillantes de su actuación profesional y social.

Su lema constante ha sido *Altiora peto*, y para la realización y sostenimiento de cuanto exige la amplia significación de este lema, le ha servido su potente inteligencia, muy significada desde temprana edad. Maestro en la cátedra, diestro y perspicaz en la clínica, útil a la sanidad pública y a la clase médica desde los altos puestos que le reservó la política, deja recuerdo grato a la clase médica española por cuanto realiza en favor de nuestro progreso sanitario.

El aspecto para mí más simpático y que más enaltece la figura del Dr. Cortezo es el que cultiva con todo amor en la actualidad: tal es el de protector decidido de los pobres huérfanos de los que fueron nuestros compañeros de profesión.

Y es que siente en el fondo de su alma este anhelo de caridad, que ha llegado a realizar por su esfuerzo e influencia, determinando un resultado útil a los niños asilados en el Colegio de Huérfanos de Médicos y consolador para sus sentimientos de caridad cristiana, que le han hecho su tutor amoroso y decidido. Esta es la caridad que ejerceita y que distrae su espíritu, tan gran-

de para concebir como generoso para prestarse a la abnegación que se necesita para afrontar tamaña empresa.

La caridad produce un positivo efecto social cuando está iniciada y sostenida por el altruismo guiado por la ciencia; y como ambas cualidades se hallan reunidas en su personalidad, está asegurado el éxito de la obra que es en la actualidad su mayor ilusión.

Así lo han comprendido la clase médica en particular y otras clases sociales, que francamente se han aprestado a que sea un hecho el proyecto concebido de hacer que su memoria sea perpetuada en forma material, que signifique un justo premio a sus merecimientos.

Cruza su pecho la cruz de Alfonso XII, en donde se halla estampado aquel lema que fué su guía, y mucho hay que esperar de su honorabilidad, que le obliga a otras empresas útiles a la sociedad en general y a la clase médica, por la que se esfuerza para conseguir su bienestar.

Rendir homenaje a hombres de estas condiciones es significar la propia estimación y la obligada solidaridad profesional.

JESÚS SARABIA.

Mayo 1920,

El Dr. Cortezo profesor de Energía

La primera credencial que he disfrutado en mi vida, y que aun sin llevar sueldo colmó de gozo mi alma estudiantil, fué la de practicante en el Hospital de la Princesa, al servicio de la sala de Santiago, de la que era médico, al par que Decano, el Dr. D. Carlos María Cortezo y Prieto de Garibaldi, que así encabezaba yo los certificados que él suscribía más compendiosamente.

Mis compañeros inmediatos fueron José Francos Rodríguez y Alvaro de Blas, con más categoría burocrática y científica, y el jefe de todos los practicantes era Montalbán, a quien mirábamos como maestro, y cuya muerte precoz fué para mí uno de los pesares más recordados de aquellos tiempos.

Respetábase a *Don Carlos* como algo elevado e inasequible. No dejábamos de reconocer los méritos de sus colegas de Hospital: Ustáriz, Miguel y Viguri, Salazar..., pero D. Carlos tenía otro halo, otra envoltura psíquica que nos lo hacía más atrayente. Su prestancia, y no diré como los argentinos su *parada*, su vivacidad, lo vario de su conversación y ameno de su trato, siempre en un marco severo, hacían el efecto de un imán, de un campo de fuerza espiritual, atrayente en grado sumo para cuantos le rodeaban.

Yo no conocía entonces la exactitud de la frase lematemendiana: «El médico que no sabe más que medicina, ni medicina sabe»; pero tenía plena conciencia de que aquel hombre que curaba enfermos, recitaba tercetos del Dante, rimas de Zorrilla y párrafos de Castelar; que defendía el positivismo Comtiano en el

Ateneo, impugnaba a los meriátras en la Academia y hacía análisis en el Laboratorio; aquel hombre era algo extraordinario a quien se debía justo homenaje, sometándole corazón y pensamiento. Y eso que yo no estaba, ni podía estarlo, en las intimidades de su labor profesional y científica.

Pero lo que constituía las virtudes en Cortezo, constituía sus vicios. ¿Acaso no es un vicio el estudiar demasiado, demasiadas cosas?; ¿el derramar nuestra actividad por muchas sendas, no siempre libres de abrojos; el meternos en lo que no nos importa (como dice el vulgo); el asomarnos, en fin, a numerosas ventanas con ánimo de saber de *totum rerum et quibusdam aliis*?

Al cultivo de tanto anhelo debióse el que Cortezo alcanzase cierta fama de distraído. No había modo de que el Doctor visitara asiduamente. Se le buscaba para una consulta y le encontraban recitando versos con Grilo. Recomendaba el que no quitasen cierto revulsivo a tal enfermo y no volvía por allí en ocho días. Las familias de los clientes intentaban reducirlo *manu militari*; pero al verlo de nuevo junto al enfermo las iras se volvían sonrisas y las invectivas preparadas se transformaban en abrazos. «No se podía con él» (decían todos). «Este hombre tiene un ángel en la cara y no hay modo de enfadarse.»

Y ¿por qué será, me he preguntado yo muchas veces, que los hombres de valer desprecian lo que les sonríe?

Nada más antipático para Proudhon que los halagos de las muchedumbres, por cuyo bienestar luchaba; nada más odioso para Labouche, aquel diputado inglés que esgrimía su temible indiscreción contra todo y contra todos, que escuchar los aplausos; nada más agradable para un Tolstoy que sustraerse en su aldea de los murmullos que provocaba su gloria. Y así de tantos otros que han practicado el *odii prophanum vulgus et arceo*.

Cortezo fué durante algun tiempo el médico de moda en Madrid. Sin su permiso parece que no podía morirse la gente encopetada. Ya es sabido que los otros se van sin permiso de nadie. Y, sin embargo, Cortezo no cultivó su jardín y lo dejó secar, con evidente merma de sus intereses materiales y en holocausto a la santa independencia de su espíritu. Consecuente con su inconsecuencia, antes había abandonado un puesto envidiable en la Beneficencia general, y el no menos honroso de catedrático de Universidad. Parecía como que nuestro hombre despreciaba la gloria sazónada de fruto cierto que se le brindaba por sendos caminos.

Rompiendo un secreto sobre las causas de esta delincuencia contra el orden de la ciencia médica española, yo diré que había una *ella* de por medio, como en toda delincuencia existe. Era la política, que con pasión ardiente se le entró por las puertas del alma y le arrastró en su vorágine.

Cortezo fué diputado, inspirador de leyes, ministro, senador. Las Walkyrias parecían transportarle de uno a otro círculo celeste, sabedoras de que el maestro

poseía el anillo sigilario de los Niebelungos y no hay encantamiento que se le resista.

Yo no ignoro que el mayor homenaje que se puede tributar a este profesor de energía es el hacerle saber que tiene cerca de sí corazones y cerebros que palpitán y viven en tono armónico con sus sentimientos y su idealidad. En la hora de ahora está concentrada toda la ternura de Cortezo y todo su pensamiento en sostener el Colegio de Huérfanos de los médicos españoles.

Ofrendemos al maestro en la fecha de su jubileo una sola cosa: la de que seguiremos y afirmaremos esa obra, que es obra de su energía.

H. RODRÍGUEZ PINILLA

EXCMO. SR. DR. D. CARLOS MARÍA CORTEZO.

Presente.

Muy distinguido señor mío, preclaro maestro e ilustre compañero y altruista amigo:

Al acercarse la gloriosa fecha en los fastos de la Medicina española de vuestra consagración y coronación a la inmensa labor médica, social y política que habéis realizado durante dilatado período de cincuenta años, siempre con el corazón, cerebro y mirada muy altos a servir los grandes intereses de la patria desde los distinguidos puestos y altos cargos que habéis ocupado, debéis de sentir algo más que la satisfacción del deber cumplido, cual es las propias iniciativas, los frutos de vuestro singular talento en curso de desarrollo, siendo creador de una labor de tal altura y perfección y de índole tan general, que a todos nos comunica su savia por igual para conseguir un progreso tan necesario y sentido que vive y alienta en nuestras propias almas.

Al celebrar vuestras bodas de oro con la Medicina recogéis la flor más natural y hermosa del propio jardín que habéis desarrollado infundiéndole vuestra bienaventurada alma, y sentís la vibración calurosa, unánime de la sociedad entera y de vuestros compañeros, que envuelven vuestro glorioso nombre de los más bellos y puros emblemas, elevándoos en pensamientos a la más alta cima de los beneméritos de la patria, no haciendo más que confirmar así oficialmente y de manera pública el alto concepto o pedestal de fama forjado con vuestro talento, laboriosidad, experiencia, constancia en las iniciativas e ideales elevados, caballerosidad, compañerismo y caridad llevados a sus mayores y más completos límites, para bien y ejemplo de todo el mundo. Satisfacción y emoción con la bendición de los pueblos deben sentir en alta medida aquellas excepcionales personas que pueden dejar tales ejemplos, tan hermosos dones, estelas tan luminosas que sólo al acercarse a ellas hacen amar la vida y a sus creadores.

Entusiasta de poderos testimoniar mi total y sentida adhesión hacia vuestras especiales y maravillosas condiciones, ruego a usted que me tenga por representado y adherido moral, intelectual y materialmente en cuantos homenajes se os tributen, pues siendo como es muy pequeña y modesta mi humilde persona, siente gran satisfacción en asociarse al triunfo de cuantos representan el

máximun de cualidades positivas, tanto más, si éstas son lo más completas, como concurre en usted.

Con mis mayores beneplácitos y enhorabuena le reitero el testimonio de mi cariño y consideración más distinguida de este modesto admirador y más modesto aún compañero y amigo, q. b. s. m.,

FELIPE SICILIA

5 Mayo 920.

El jubileo del doctor Cortezo

«Tutto ei provó...», pudiéramos decir de nuestro ilustre amigo, aplicándole las frases que a Napoleón consagra Manzoni en su famosa oda *Il cinque de Maggio*.

Médico y decano del Hospital de la Princesa, a la edad en que otros salen de las aulas; catedrático, académico, director general de Sanidad, ministro de Instrucción Pública, representante de España en congresos y conferencias internacionales, condecorado con multitud de cruces y bandas, «pio, felice, triunfador Trajano» en tantas empresas y lances tantos, la vida, que desde ese punto de vista ha tenido para él sobradas caricias, no le ha librado del zarpazo de la adversidad, y ha padecido mucho, y ha visto morir a la flor de su descendencia, y ha estado a dos pasos de que la cruel ceguera robara la luz de sus ojos, de sus ojos a quienes tanto deleitara el arte y la belleza en sus diversas manifestaciones; pero como cristiano, injerto en estoico, sufriendo todo, sobrellevando dichas y penas con la inalterable calma del varón justo y tenaz que describe Horacio en una de sus composiciones líricas, el que

*Si fractus illabatur orbis,
Impavidum ferient ruinae.*

«Tutto ei provó...», volvemos a decir; y, no obstante, su corazón no se ha endurecido, continúa tan sensible y blando como pudiera estarlo en la adolescencia, en la edad de los idealismos y de las ternuras, y fruto de ello ha sido su mejor obra en todos los terrenos: la fundación de ese Colegio para huérfanos de médicos, con la cual, sin necesidad de ningún otro título, merecería pasar a la posteridad, no sólo como un hombre inteligente y culto, sino como un hombre bueno, que es lo primero que hay que ser en el mundo.

Quien le vea en aquel santo asilo, refugio de tanto niño desventurado, a los cuales sus padres, víctimas tal vez de su amor al prójimo, no dejaron más que un nombre honrado por todo patrimonio, rodeado de los pobres huerfanitos que en él saludan, con sus balbuceos inocentes, al padre común de todos ellos, es el que podrá apreciar todo el valer del insigne Dr. Cortezo, todo lo que de hermoso y bueno encierra aquel gran corazón que por tantas y tan nobles causas ha palpitado en su ya larga vida.

Así lo ha reconocido el Consejo Superior de Protección a la Infancia, el cual, en la última reunión de su

Comisión ejecutiva, acordó conceder un diploma de honor a quien tantos méritos ha contraído para la patria y la humanidad, y así lo reconocen y propalan las madres de tanto niño infeliz que le da el nombre de padre en la benéfica institución, la cual, con las lágrimas de gratitud de aquéllas, recibe, a no dudarlo, las bendiciones que, desde sus celestes moradas, envían las almas de los antes atribulados y ahora gozosos padres de sus protegidos.

Hoy hace cincuenta años que obtuvo el título de médico nuestro querido amigo y sabio compañero; hoy celebra, por tanto, sus bodas de oro con la profesión. Le deseamos aún más larga vida, que alcance a conmemorar sus bodas de diamante. Hace mucha falta todavía en el mundo. Pero cuando llegue su última hora, cuando rodeado de los suyos y en el lecho feliz del centenario vea aproximarse el fin de sus provechosos días sobre la tierra, no abrigue dudas acerca de su ulterior destino; no parodie el

*Animula, vagula, blandula,
Hospes, comesque corporis,
Quae nunc abibis in loca?*

con que se despedía de la vida nuestro escéptico compatriota el emperador Adriano. «Esta es mi obra», podrá decir al Eterno, a quien las oraciones de los niños, las lágrimas de las madres y los ruegos de sus malogrados padres tendrán ya propicio; y las puertas del cielo le serán al punto abiertas de par en par.

DR. NICASIO MARISCAL

El deber de la gratitud

Al festejar las bodas de oro profesionales del ilustre Dr. Cortezo, del hombre sabio y bueno a quien la clase debe eterna gratitud, siento a la par una alegría grande y una tristeza infinita.

Cincuenta años de ejercicio profesional no han sido para Cortezo la ingrata tarea de visitar y consolar enfermos, sino un continuo apostolado social, que a la par ha dignificado la profesión y engrandecido su prestigiosa figura. En esos cincuenta años está la historia de la Medicina contemporánea de España, porque Cortezo, cuando no protagonista, ha sido actor principalísimo en los sucesos que han puesto de relieve el adelanto de nuestra ciencia médica.

Encumbrado a las más altas posiciones oficiales, no derivó al cauce absorbente de la política, que hace estériles tantas buenas voluntades y merma a las profesiones inteligencias capaces de trabajo útil y fecundo. Nunca olvidó a los médicos y a ellos rindió lo más cordial de sus afecciones, aun sintiendo la amargura de verse incomprendido por aquellos a quienes consagraba sus esfuerzos y preocupaciones.

Hasta que Cortezo no dió la Instrucción general de

Sanidad, ésta se hallaba reducida en España a unas cuantas disposiciones sin nexo, que establecían una legislación anárquica y absolutamente ineficaz. Cortezo logró poner el primer jalón serio en el camino de la Sanidad oficial, labor improba por la falta de ambiente sanitario de la época, y que sólo pudo lograr por su prestigio médico y por su gran influencia. Esto no lo puede ni debe olvidar la clase médica española, pues sería ya bastante para merecer su gratitud imperecedera.

Cuantas veces tuvo ocasión Cortezo de favorecer a las clases sanitarias, no precisó estímulo ni petición para ello. Bien reciente está su triunfo en el Senado, logrando que la Comisión de Presupuestos aceptase una adición al dictamen, por virtud de la cual se asegura el pago de las cantidades que los Ayuntamientos deben a médicos, farmacéuticos y veterinarios. Para lograr este triunfo, que es reconocimiento público y oficial de las consideraciones que deben merecer las clases sanitarias, Cortezo puso toda su influencia, tenacidad y prestigio al servicio de tan justa causa, reivindicando para los olvidados de la atención oficial una actitud de resuelto y eficaz apoyo que les garantice sus poco cuantiosos emolumentos. Esto tampoco lo pueden olvidar los que hoy rinden a Cortezo público homenaje de admiración, gratitud y simpatía.

Llevado por su vasta cultura a la más prestigiosa Corporación oficial, a la Real Academia Española de la Lengua, Cortezo hizo su entrada en la docta Casa ensalzando y ennobleciendo la figura del médico. Cuantas ironías, sátiras e invectivas escribieron nuestros literatos contra la Medicina y los médicos, son recogidas y analizadas por Cortezo, poniendo de relieve su injusticia y sinrazón, cantando las glorias de nuestra ciencia y ensalzando la virtud, abnegación y sacrificio que nuestra profesión encierra.

Con ser todo esto mucho, por encima de cuantos motivos de gratitud tiene la clase para con Cortezo figura la fundación del Colegio para huérfanos de médicos. Esta obra humanitaria, tan merecedora de apoyo y simpatía, es digno remate a toda una vida de constantes ofrendas a la causa del compañerismo. Los que sabemos con cuanto amor y solicitud dió Cortezo vida a esa institución que honra a toda una clase, y con qué inquietudes paternas fomenta su prosperidad y engrandecimiento, sentimos una tristeza infinita al ver que Cortezo, inquieto y joven de espíritu, siempre al servicio de nuestra causa, celebra ya sus bodas de oro profesionales. Por afecto y admiración a su persona; porque nuestro egoísmo espera mucho de su labor y de sus entusiasmos, quisiéramos que, sin borrar su fecunda vida de trabajo, pudiese empezarla de nuevo. Comprendo que este egoísmo es una crueldad para quien merece y ha ganado el descanso, aunque su espíritu, siempre agitado por nobles inquietudes, le impulse a seguir laborando.

Al contemplar la vida de Cortezo podemos decir que es noble ejemplo a seguir, pues cuanto fué, por obra de su talento y de su virtud, lo puso a contribu-

ción de los más puros ideales. ¡Dichoso él, que puede repetir las palabras de Gonzalo de Berceo: «¡Para eso nos lo dió la Providencia: para esparcirlo como maná fecundísimo sobre todos los que quieran recibir la enseñanza!»

DR. SANTIAGO CARRO

Mayo de 1920.

JUBILEO DEL DOCTOR CORTEZO

El homenaje que se tributa al excelentísimo señor doctor D. Carlos María Cortezo es un homenaje de justicia, porque justo es que se glorifique a quien está fuera de la órbita vulgar y corriente, por haber podido llegar a la celebración de sus *bodas de oro* con la Medicina, conservando firme y serenamente las fuerzas intelectuales tan superiores, que le han permitido en las Academias, en la Prensa y en la cátedra ganar un nombre ilustre, que merece ser y que es admirado y ensalzado por la clase médica que en el Viejo y en el Nuevo Mundo habla el hermosísimo idioma castellano.

La *Gaceta Médica Catalana*, fundada por aquel insigne maestro que se llamó Rodríguez Méndez, saluda cordial y respetuosamente en tan solemne fausta ocasión al docto varón que tanta ciencia ha prodigado, y felicita efusivamente a EL SIGLO MÉDICO, que se honra con su ilustrada dirección.

DOCTOR ROSALINO ROVIRA Y OLIVER.

Director de *Gaceta Médica Catalana*.

Barcelona, mayo de 1920.

¡AUN RESURGIRÍA LA PATRIA...!

POR V. PESET.

Si España quisiera realmente regenerarse, bastaría para ello buscar hombres probos, sin salpicaduras de inmundicias, faena que realizaría quizá con mejor fortuna hoy que el histórico filósofo de la linterna; uno de los elegidos sería, sin duda, el ilustre Dr. Cortezo, fiel reflejo del *fuma volat* de la Eneida.

Apenas tuve ocasiones de tratarle personalmente, pero creo conocerle muy a fondo; paradoja explicable, porque los hombres de valía son mejor conocidos por sus obras. Allá en la década del setenta me admiró su oratoria fácil y castiza, elegante y ahita de profundas enseñanzas, en cierta polémica famosa mantenida en la honorable Academia Médico Quirúrgica Matritense; absorto quedé más tarde, cuando fui testigo de sus lucidísimas oposiciones a la cátedra de Granada, que lloró su renuncia; y he aprendido mucho de él, siguiendo siempre sus pasos como publicista, como médico de cuerpo entero, que, sin desdeñar los viejos cánones, sació su sed en las más cristalinas fuentes modernas, convencido de que los descubrimientos ac-

tuales se cimentan en las purísimas observaciones antiguas, porque nada brota por repentino impulso, todo tiene su historia, sus pródromos, de igual manera que las sombras de la noche desaparecen, grado a grado, en la claridad del nuevo día. Es, sin duda, Cortezo una autoridad de la clínica española, cuyo cerebro privilegiado y excepcional don de gentes le llevaron sin esfuerzo hasta las grandes alturas.

Es lástima que sólo fuese ministro efímero, miembro de uno de esos frecuentes Ministerios ráfagas que merecemos los españoles en castigo de nuestras culpas, pues encarna el prototipo de los hombres oportunos para hacer patria, máxime cuando suena ya la hora de cumplir aquel natural deseo del inolvidable doctor Mata sobre la necesaria colaboración del médico en el otorgamiento de las leyes, porque nadie puede conocer al hombre como quien lo desmenuza en la pila, lo escudriña sobre la platina y escucha sus palpitaciones junto al lecho. En tal concepto, todo el mundo médico está bien capacitado de la enorme obra científica, profesional y sanitaria que realizó durante los diez lustros que ostenta los emblemas facultativos, descollando, acaso, por encima de otros méritos, sus vigorosas campañas senatoriales por la salud pública y en beneficio de esos parias rurales sometidos aún—¡qué vergüenza!—a la impúdica voracidad de los cacicatos. Pocos como él, eco genuino del Dr. Méndez Alvaro, de grata memoria y venerable antecesor suyo en la dirección de EL SIGLO MÉDICO, si en la cima del Poder hubiera tenido tiempo bastante, oportunidad adecuada y visto libre de la cizaña de la ignorancia o inconsciencia ajenas, para llevar a puerto de salvación tantos proyectos laudables que en el oleaje malsano de nuestra política al uso abortaron, con olvido de lo que en todas partes representa el factor hombre, constituyendo ello verdaderos «delitos sanitarios», que dice Francos Rodríguez, y poniéndonos en ridículo ante las 33 naciones que firmaron con España el convenio sanitario. Ya se lamentaba Méndez Alvaro de que «las Cámaras temen a cualquier reforma sanitaria, porque la fatalidad hace que sobrevenga inevitablemente la crisis apenas se inicia un proyecto del género»; y otro eximio escritor, en vista de lo que acaba de ocurrir con los créditos de Sanidad, designa a la Comisión de Presupuestos del Congreso con el remoquete de «Doña Penélope».

A pesar de tan fatal sino, no es dudoso que, por entre la manigua de alabanzas o posibles vituperios parciales de algún obcecado, la sufrida clase médica sabe muy bien salir a tierras despejadas, hace siempre justicia distributiva, concede el *suum cuique* a derechas y considera a Cortezo como una gloria de la patria y faro que va disipando lobregueces profesionales. Su elevada alcurnia es muy distinta de esa vocinglera fama al uso que tantos ostentan fácilmente, porque bátales para remontarse—como dijo un cronista parisien—con la exhibición de la efigie durante una semana en los quioscos del *boulevard*, y en ocasiones con mucho menos: una simple caricatura o una caricatura

simple... La legítima gloria de Cortezo es la de todo cerebro superior en un *vir bonus*, que tiende la mano a la humanidad para ahorrarle infortunios y se asocia a las nobles aspiraciones de los médicos para mitigar sus amarguras.

Deseo que perdure en sus manos el usufructo de los simbólicos bastón y anillo, concedidos justamente a nuestro sacerdocio desde los tiempos de César Augusto, para brillo de la ciencia española; y que Dios ilumine de paso a este decaído pueblo para que, seleccionando varones preclaros, altruistas y justicieros, podamos abrigar la esperanza de que así ¡aún resurgiría la Patria!

Valencia, 7 de mayo de 1920.

A Carlos María Cortezo

Querido Carlos: ¿Conque vas a celebrar ahora tu cincuentenario profesional? Cuarenta y ocho años llevo yo también de médico; dos menos que tú, y parece que esté tocando con las manos los días aquellos en que a mí, estudiante aún, me daba envidia tu título precoz.

Con la claridad que presta a la memoria de cosas lejanas la edad madura evoco tu figura juvenil de médico bisoño que tanto prometía, aun estando en agraz. ¡Qué tiempos aquellos en que el mundo nos parecía pequeño para nuestro afán de engrandecernos! Los años lejanos tienen mucho de tristes por el largo trecho de vida que señalan, pero mucho también de confortantes por la satisfacción de haberlos vivido.

Y cuando, como tú, se sube alegre, aunque penosamente, la larga y áspera cuesta, dominando obstáculos a fuerza de ser tenaz y salvando riesgos a fuerza de no sentir desmayos, lo que más halaga es la sensación de haber ganado quizá la estimación ajena, y lo que más consuela es el convencimiento del deber cumplido.

Pasa con los años lo que con el alimento: sólo sirven para nutrir la personalidad humana si se digieren, y a ti te ha nutrido moralmente bien el tiempo; has aprovechado la vida porque has sabido digerirla. Pocos como yo pueden afirmarlo. Soy de tu época, y durante nuestra común existencia te he acompañado unas veces de cerca, en tus trabajos; y te he seguido, otras de lejos, con el pensamiento. Nadie como yo puede felicitarte tan seguro de rendirte un tributo merecido. Dentro de la profesión has sido lo que has querido; de cuanto cae fuera de ella no puedes quejarte... Y es que contigo, como con otros, la fortuna no ha querido ser siempre esquiva, sabiendo de antemano que no habías de contentarte alguna vez solamente con sus coqueteos, sino con su plena posesión. Verdad es que de los enlaces de los hombres con la fortuna puede decirse lo mismo que de algunos matrimonios no del todo felices: dan malos ratos. De estos malos ratos no debes hacer caso; tienes una tranquila serenidad de espíritu que te acoraza y defiende contra la ingratitud. Por eso también la discreción ha vestido siempre tus actos de forma conveniente; y gracias a ella no ha podido el éxito ser infiel a tu afán de llegar, ya que has sabido encadenarlo con perseverancia a tu deseo.

Quisiste ser profesor y lo fuiste. ¡Lástima grande que la cátedra no te atrajera con fuerza suficiente! Perdió por ello la Universidad española un maestro que lo hubiera sido de veras, y yo no tuve el gusto de ver constantemente en el escalafón tu nombre junto al mío. Médico de hospital, formaste con Ustáriz, Salazar, Mariani y otros la brillante pléyade profesional que absorbió la clientela de Madrid. Allí donde quisiste y has querido ir has llevado la clara luz de tu talento, la franca cordialidad de tu carácter y un espíritu de adaptación que te ha permitido vivir a tu gusto y al de los demás dentro de lo difícil, y, a veces, hasta dentro de lo imposible, al parecer.

A todo has atendido con solicitud; jamás has dejado de dar albergue en tu ánimo a la iniciativa. Ríete de los que digan que hubieras podido hacer más si hubieras querido; la medida de su fuerza la lleva cada hombre dentro de sí mismo; el metro ajeno no sirve para ello.

Has trabajado bien; la higiene española no perderá el recuerdo de tu «Instrucción sanitaria», que tendrá por corolarios las reformas venideras, si es que hay alguna vez en España Parlamentos capaces de entender lo que quiere decir *ley de Sanidad* y dispuestos a no malograr los esfuerzos de los que, como tú y como yo y otros queridos amigos nuestros, hemos procurado poner la política al servicio de la salud.

La Prensa profesional no olvidará tampoco nunca que tu actividad literaria, amamantada en el seno de *El Siglo Médico*, ha servido ahora para dar fuerte inyección de vida al sesudo órgano que lleva en sus columnas el sello inolvidable de hombres que fueron y el espíritu animador de los hombres que son.

Eleváronte tus propios méritos a los Consejos de la Corona, y honraste a la profesión en la poltrona ministerial, haciendo ver a las gentes que el médico, como el abogado o el ingeniero, sirve para algo más de lo que muchos suponen.

Y a fin de dar un mentís a los que pudieran creer que los años, a semejanza de las cenizas, apagan el fuego, o, por lo menos, lo ocultan, te levantas más fuerte que nunca contra el peso del tiempo, y demuestras que la voluntad no envejece, y que un espíritu bien templado puede mantener el alma joven debajo de las canas.

No me dejará mentir tu labor en la Academia de Medicina, que presides con aplauso de todos; pero si alguien pudiera dudar de tu constante afán de mantenerte siempre el mismo, pronto le convencería lo que acabas de conseguir en el Parlamento contra el caciquismo rural y, sobre todo, tu obra admirable, tu *opera princeps*, el mayor título a la gratitud de la clase: tu Colegio de Huérfanos de Médicos. Puedes estar envanecido y satisfecho. Lo último es lo que más te envidio. Contra el veneno de las malas lenguas y de los agrios corazones, roídos por la envidia, cuentas con una triaca: la bendición de las madres, cuyos tiernos pequeñuelos tienen y tendrán por ti el abrigo del cuerpo y el pan del espíritu.

Allá va un abrazo y muy de veras, mi querido Carlos; tus cincuenta años de médico son medio siglo que has sabido utilizar, más para el bien ajeno que para el propio. Es siempre tuyo,

AMALIO GIMENO



Las bodas de oro del Dr. Cortezo

El gran sociólogo, el político eminente, el bienhechor de la humanidad, y ante todo y sobre todo, el hombre bueno D. Carlos María Cortezo, va a cumplir sus bodas de oro con la Medicina.

Honda debe ser la satisfacción que en su interior ha de sentir el maestro de maestros, el que por su sala del Hospital de la Princesa vió desfilar varias generaciones de médicos que han destacado más tarde su personalidad prestigiosa.

Para los que, como el cronista, conocen al Dr. Cortezo, no ha pasado inadvertida la enorme labor llevada a cabo por el que ha sido uno de los *ases* de la Medicina; el que ha visto la actividad de este hombre multiplicarse atendiendo con especial cuidado sus deberes profesionales y aquellos otros, no sólo de índole política, sino cultural, educativa y particular, le ha considerado como un ser dotado de condiciones excepcionales, rara vez tan «bien invertidas», cuyos resultados no han podido ser ni más fructíferos, ni que mejor hayan respondido a los deseos del autor.

Ardua tarea representaría biografiar al ilustre doctor Cortezo; su figura está llena de hechos culminantes. Una mirada retrospectiva de la vida del célebre médico llenaría muchas páginas de esta revista, de la que es digno director; por eso hemos de desistir de tal empeño, concretándonos a dedicar unas breves líneas de homenaje al que, sin duda alguna, en medio de la satisfacción que experimente por el hecho de celebrar las bodas de oro de su carrera profesional, ha de sentir la tristeza del que ve que su vida está en el período de descenso, ya que la ley natural no respeta ni jerarquías ni dotes especiales, aunque éstas sean, como en el caso presente, beneficiosas para la humanidad.

Su característica más notable, la que le ha captado mayor número de adeptos, ha sido, sin ningún género de duda, la sencillez. El Dr. Cortezo, que ha gustado de toda clase de impresiones, que ha saboreado el néctar de la gloria, lo mismo en su carrera profesional que en la política, no ha sido nunca vanidoso. Consciente de sus deberes y de sus responsabilidades, ha mirado con cierto desdén los homenajes, y sólo ha procurado cumplir con lo que él entendía su deber en aquellos importantes cargos que se le confiaran.

Pero, lo mismo como médico que como político, Cortezo ha sido el compañero de sus compañeros, procurando por todos los medios a su alcance, pero sin ruido ni alharacas, como los falsos defensores que tan a menudo le salen a la clase, que los médicos obtengan todas las mejoras posibles, según demostró el 21 del pasado abril, asistiendo diez y ocho horas en el Senado para garantizar el cobro de los titulares.

Su influencia política ha servido para que muchos compañeros, merced a su intervención, hayan logrado el cobro de cantidades que los Municipios les adeudaban.

A labrar el bien se ha dedicado, y muchos podrían

citar casos que yo no me permito recordar para no caer en el enojo de tan querido como admirado amigo.

Pero donde se demuestra de manera fehaciente la grandeza de alma de Cortezo es en la creación del Colegio del Príncipe de Asturias, institución nacida al calor de su entusiasmo y destinada a albergar los huérfanos de los médicos.

De verdadera y amarga odisea puede calificarse la sufrida por el Dr. Cortezo con la fundación de esta institución, y bien puede decirse que a su voluntad férrea, a su decisión firmísima y a su trabajo personalísimo se debe la existencia de este Colegio, que tantas lágrimas enjuga y que tan combatido ha sido.

¡Yo sé las amarguras pasadas por Cortezo al ver la falta de apoyo de la clase a esta gran obra! Las situaciones difíciles por que ha atravesado la vida de aquella benéfica institución, salvadas, «¿por qué no decirlo?», gracias a los desembolsos realizados por el Dr. Cortezo, que, enamorado de su obra, no dudó para sacarle adelante en comprometer su fortuna; y, por si esto fuera poco, desde el primer momento se ocupa personalmente de cuanto con dicho Colegio se relaciona, interviniendo diariamente en su administración y poniendo en él sus amores todos.

Y a todos estos sacrificios se ha correspondido con acres censuras, con campañas insidiosas; pero que no han logrado entibiar su entusiasmo, toda vez que se considera sobradamente recompensado con el cariño que los huérfanos allí recogidos le profesan y a quien todos llaman «El abuelito».

En esta hora de revuelta, de sindicalismos, cuando se trata de lograr reivindicaciones dentro de la clase médica, no podemos menos de recordar que el doctor Cortezo redactó la Instrucción de sanidad, siendo director de la misma, en la cual, fielmente cumplida, tienen satisfacción, a pesar de su antigüedad, la mayor parte de las actuales aspiraciones de los médicos.

Al felicitarle con el fausto motivo de sus bodas de oro, hacemos fervientes votos por que su vida se prolongue luengos años y pueda seguir prestando su concurso a la humanitaria labor por él comenzada.

FRANCISCO LÓPEZ PRIETO.

Madrid y mayo de 1920.

Un médico de conciencia,
que es de bondad un tesoro
y en saber una eminencia,
celebra hoy sus bodas de oro.
¡Cincuenta años con la ciencia!

Yo estos versos le dedico,
y le doy mi parabién
al que quise desde chico;
ya cincuenta años también.
¡Ay, cincuenta años y un pico!

MIGUEL ECHEGARAY

Cortezo y las relaciones internacionales de la Medicina española

Siempre recordaré aquel septiembre del año 1903, y aquel día en que, abandonadas durante una breve interrupción las tareas del Congreso de Higiene, de Bruselas, fuimos D. Carlos Cortezo y yo a ver a Rubens y a la ciudad de Amberes. Envueltos en la tenue niebla otoñal, que extiende como un velario melancólico sobre las cosas, buscábamos, rompiendo el silencio de la admiración con breves comentarios, los lugares más íntimamente ligados con la historia de la ciudad, de sus grandezas y de sus glorias.

Me di cuenta entonces de un rasgo peculiar del espíritu de la persona, ya por tantos motivos ilustre, a quien yo acompañaba en aquella grata peregrinación.

Desde la «Plaza Verde», mirando a la estatua del Pintor, aparece alta, esbelta, hacia la izquierda, la torre de la catedral, una de las más bellas iglesias góticas de Bélgica. Las nubes, grises, plateadas, ribeteadas tímidamente de bordes luminosos, de rosa y de oro, parecían recibir y fundir en sus senos recónditos, en su masa incorpórea, la cúspide agujereada y acuminada, aspiración de las almas humanas hacia el puro azul de los cielos. El espíritu de mi noble amigo vagaba en un dulce abandono, en la sugestión de las armoniosas imágenes. Sin embargo, ni aquella vez, ni otras muchas veces después, los encantos del arte, del sitio y de la hora tuvieron jamás bastante fuerza para aprisionar su pensamiento en una abstracción absoluta, en un olvido de las relaciones que la hora, el sitio y el arte tienen con la historia del dolor humano, con la fatigosa marcha de la humanidad a través del tiempo. Y el comentario desviábase pronto, en sus labios, de las puras impresiones estéticas hacia las comparaciones con otras manifestaciones lejanas de la misma mística aspiración, hacia el recuerdo de la tierra española y del arte gótico español, y, de improviso, hacia la evocación de lo que hay de fondo común, de sentimiento universal humano en todas las expresiones artísticas, aun las más características del genio étnico o nacional. Y este tema le apasionaba. No era un tema, en verdad; no obedecía a ningún ejercicio lógico, a ningún esfuerzo dialéctico: surgía más bien como un motivo sentimental, sugerido por cualquiera imagen objetiva, con la espontaneidad de las cosas innatas. Todavía resuenan en mi oído los cuentos, las anécdotas, los datos episódicos, y con ellos la síntesis histórica y filosófica, las amargas reflexiones, la crítica serena, la complacencia o el despecho con que mi noble amigo seguía, a lo largo de las paredes de la gran sala de los Burgomaestres en el «Hotel de Ville», de Amberes, los personajes de los frescos de Leys y aquel juramento de Carlos V al en-

trar en la ciudad flamenca. Y esta misma capacidad de emoción, este mismo sentido de universalidad—España y el mundo abrazados en vibraciones comunes—tenían para él y tienen, por encima del valor inmediato de las impresiones sensoriales, todos los hechos objetivos, los fenómenos sociales o políticos, las pequeñas cosas vulgares de la vida urbana, las viejas calles estrechas del comercio antiguo, los grandes docks del Escalda, el vivir turbulento de la gran ciudad en la noche, la elegancia de la mujer que pasa, el gesto de los que corren presurosos a sus negocios o el vuelo de unas golondrinas que saludan a sus nidos veraniegos y preparan solícitas su partida, añorando las tierras del sol. En todo hay un doble sentido; y ninguna de las imágenes que pasan deja de despertar en este varón de clásica contextura y de alma romántica aquel sentido íntimo, enlazado con los problemas fundamentales del espíritu humano, que pertenece a un segundo plano, a un plano superior de la inteligencia.

He encontrado pocos hombres en que el sentimiento espontáneo de la universalidad, del cosmopolitismo, de la solidaridad humana sea más intenso, más limpio, más exento de esnobismos y de afectación que en don Carlos Cortezo. De allí, de esa visión—connaturada con su esencia moral—de los lazos íntimos que unen a las cosas y a los hombres, nace ese deseo constante, inquieto, de conexión, de intercambio, de colaboración internacional, de compenetración y de recíproca comprensión entre los pueblos depositarios de una tradición de cultura, que ha hecho de D. Carlos Cortezo, durante treinta años, con una modestia sólo igualada por el buen gusto y con una competencia sólo igualada por la modestia, un insustituible embajador de España, no sólo de la Medicina española, cerca de los ambientes profesionales y científicos de más relieve en los países de la Europa central y occidental.

El enlace, la comunión entre los hombres se establecen siempre, por encima de la erudición y por encima de la técnica, por medio del sentimiento. Cuando a una tan rica vena de sentimiento se unen, como en Cortezo, la erudición y la técnica, florece una personalidad humana predestinada para la divina misión de «crear el bien» a su alrededor; y en torno suyo parecen aquietarse en un acatamiento unánime las contiendas, y desaparecer las actitudes hostiles, y acercarse los corazones, y fundirse los espíritus. La persistente sonrisa de su optimismo supera las adversidades y domina los adversarios. Nadie, sobre todo, tan a propósito—como diría la pastora Marcela, de Cervantes, al amigo del muerto Crisóstomo—«para persuadir una verdad a los discretos» y a los indiscretos.

Quizá los médicos no nos hayamos dado cuenta cabal de lo que debemos a D. Carlos Cortezo en cuanto al afianzamiento de nuestro crédito científico y profesional en el extranjero durante estos últimos lustros, y, en suma, al establecimiento de lo que podríamos llamar las relaciones internacionales de la Medicina española. Año tras año llevaba él esa su sonrisa optimista, y su entusiasmo juvenil, y su anhelo de que

entraran en España los aires de fuera y de que fuera de España se estimara como es debido nuestra labor nacional; llevaba todo eso, y su actividad de perpetuo estudiante, y su cortesía de gran señor, y la seguridad de su juicio para la distinción y selección de cosas y personas, a París, a Berlín, a Viena, a Roma, a Venecia, a Bruselas. ¿Cuántos jóvenes enviados al extranjero por la «Junta de Ampliación de Estudios» no han encontrado en la «Charité», o en el «Virchow», o en las salas del viejo Beaujon, de París, al lado de su amigo Robin, o en «Cachin», con Vidal, o en el «Policlínico», de Roma, o en las aulas de las Facultades francesas, alemanas o austriacas, a este eterno joven, ligeramente encorvado, más bien en virtud de un gesto interior de acatamiento al Destino que por el peso de los años y de los acontecimientos? ¿Cuántos de esos muchachos, de esos doctores noveles, de esas esperanzas de la Ciencia española conservarán dentro de treinta, de cuarenta años —setenta cumple ahora nuestro noble amigo—, la misma sed de saber, la misma inextinguible curiosidad, la misma capacidad de emoción, la misma apasionada devoción a la Ciencia, la misma imparcialidad en la estimación de las escuelas, de las enseñanzas, de las tendencias internacionales, el mismo afán de engrandecer con el contacto de los extraños esfuerzos el horizonte de la Ciencia nacional, el mismo fervor en buscar el consorcio y comercio espiritual con el mundo entero, el mismo empeño en enriquecer incesantemente el caudal de sus conocimientos y las mismas ansias de remozarle y renovarle de continuo, con el ritmo perenne de todas las primaveras?

Este alto ejemplo ha traído también sus frutos. Del mismo modo como la obra formidable de D. Santiago Ramón y Cajal—*monumentum aere perennius*—, llevada a cabo en treinta años de investigación personal, animada por el mismo anhelo de grandeza para la Ciencia patria, ha rendido a los ambientes científicos del mundo entero, más que al elogio y al aplauso, a la admiración y veneración del maestro español; del mismo modo esta otra labor de persuasión, de penetración, de acoplamiento, de unión, de sugestión, de importación y exportación de ideas, convencimientos, costumbres, simpatías y amistades; esta obra de exploración, de vanguardia, de adelantamiento, de tanteo, de oferta y demanda intelectual, de trabazón espiritual practicada por D. Carlos Cortezo en los ambientes científicos europeos, y siempre traducida en ventajas de aplicación inmediata para la organización sanitaria del país o para la cultura profesional de la generalidad, ha traído, con la estimación profunda hacia su persona, una noción más exacta y más amplia de la vigorosa realidad del pensamiento y de la Ciencia española, que en él han tenido un nobilísimo heraldo. Como los antiguos reyes de la Reconquista, Fernando el Santo, Alfonso el Sabio, crearon y otorgaron a los varones próceres de sus tiempos aquel título, preñado de promesas y de responsabilidad, de «adelantado mayor» de las provincias, así podríamos

usar de la soberanía que corresponde a la colectividad, y otorgar a este varón de clásica contextura y de alma romántica el título de «adelantado mayor» de nuestra ciencia y de nuestro arte.

G. PITTALUGA

Madrid, 15 mayo 920.

EL DOCTOR CORTEZO

y la Real Academia Nacional de Medicina

Esta Corporación ha pasado por tantas vicisitudes, hasta el punto de haber época en que ni local tuvo, reteniéndose en casa ael Presidente que después de cerca de dos siglos cuenta hoy con suntuoso edificio propio, gracias a la oferta que en memorable día hizo pública nuestro animoso Rey D. Alfonso XIII, y al valimiento político del Dr. Cortezo unido al entusiasmo con que responde siempre a cualquier asunto de vital interés relacionado con la profesión médica.

El principio de esta docta Corporación fué modestísimo. Nació entre alambiques, retortas y tarros de una botica de la calle de las Huertas, allá por el año 1733, en que se reunían en amigable consorcio unos cuantos prestigiosos profesores de la ciencia de curar, en el local de la biblioteca del preclaro farmacéutico de la Corte, D. Joseph Hortega. En sus interesantes conversaciones sobre materias de su competencia se les surgió dar nombre a esta reunión, y la intitularon TERTULIA LITERARIA MÉDICO-CHYMICO-PHYSICA. Fué tomando calor esta asociación, compuesta de médicos, cirujanos y farmacéuticos, que en un principio sólo aspiraban a ilustrarse unos a otros y a excogitar aquellos medios de difusión que sirvieran a sus compañeros de otras comarcas del reino cuanto de notable se conociera en las tres Facultades, y con el fin de darla estabilidad oficial, consiguieron del Monarca D. Felipe V una Real Cédula, expedida en septiembre de 1734, que convertía dicha Tertulia en *Real Academia de Medicina*, cuya fecha la coloca en segundo lugar por su antigüedad entre sus hermanas las actuales Reales Academias (1).

Los estatutos y reglamento de esta nueva Institución fueron estudiados con detenimiento por aquellos sabios profesores de relevante mérito, que nombraron Presidente-Director a D. Juan Andrés de Bereterrechea, y Secretario, al iniciador, D. Joseph Hortega. Aprobáronse aquéllos, y adoptaron un sello muy significativo y emblemático (un concentrador cónico, en campo abierto, recogiendo rayos solares, que al reunirlos en un punto enciende unas astillas de madera) con la siguiente inscripción: MAJOR COLLECTIS VIRIBUS EXIT (con las fuerzas reunidas se obtiene mayor éxito).

En años sucesivos fué creciendo en importancia

(1) La Española fué fundada en 1718; la de Medicina en 1733; la de la Historia en 1738; la de Bellas Artes en 1744; la de Ciencias Exactas en 1847, y la de Morales y Políticas en 1857.

científica y estima social tan reputada Academia, y los Reyes la pusieron bajo su protección con nuevas reformas, como las de 1742, 1796, 1831, 1861 y 1876, otorgando a sus individuos prerrogativas y distintivos de gran relieve en nuestra sociedad.

En el reglamento de enero de 1878 se consigna ya un distintivo, la medalla que en la actualidad ostentan los académicos, y en ella aparece la diosa Higia, orlada de la inscripción: *ARS CUM NATURA AD SALUTEM CONSPIRANS*; emblema que, traducido libremente, podemos decir: LA NATURALEZA, AYUDADA DEL ARTE, CONTRIBUYE A DEVOLVER LA SALUD; y he aquí el complemento del símbolo de aquellos fundadores de la Academia, que si en su espíritu predominaba la idea de que la unión constituye la fuerza para los altos fines de la Medicina, hay que contar, a la vez, con la Naturaleza y el Arte para sostener el equilibrio anatomofisiológico normal del hombre.

Expuesta en pocas palabras la historia de nuestra Academia, veamos de reseñar, aunque someramente, la intervención de nuestro genial Dr. Cortezo en lo que se refiere al actual edificio de la primera Corporación médica de España y a los nuevos derroteros que ha impreso en su régimen interior.

En el palacio del conde de Oñate, hoy derruido, celebrábase en mayo de 1904 sesión pública y solemne para dar ingreso de plaza de académico de número al electo Dr. Huertas; Su Majestad se dignó presidir el acto; la Academia halló ocasión propicia para rogarle la conveniencia de poseer local propio; la súplica tuvo real asentimiento, y, desde ese instante, el Dr. Cortezo no cejó en su idea hasta ver realizada la justa pretensión.

Por sus grandes méritos, en 1905 fué encargado de dirigir el ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes; uno de sus primeros impulsos fué dotar a la Corporación de residencia propia; consiguió de sus compañeros del Consejo de Ministros proponer a Su Majestad la cesión de la mitad del solar de la antigua Biblioteca Nacional (calle de Arrieta), y dado el primer paso, ordenó que inmediatamente el arquitecto del ministerio, Sr. Cabello, planeara el nuevo edificio, cuyo encargo realizó en contadas semanas. Se cumplieron las formalidades reglamentarias hasta aprobar el proyecto; se fijaron las cantidades necesarias para su construcción, de las que en parte se deben al eximio académico Dr. D. Amalio Gimeno, que las consignó en presupuesto en el período en que tuvo a su cargo la cartera de Instrucción pública; quedó construido el edificio, y en junio de 1914 la Academia se hizo cargo de él.

Justo parecía que, siendo el Dr. Cortezo el esforzado campeón que puso todo su interés en que la Academia celebrara sus actos en local propio al fallecer el Dr. Calleja que entonces la presidía, se encargara de la dirección del alto Cuerpo médico, y en diciembre de 1914, al ser reelegido dos veces, sus compañeros le elevaron a la presidencia, que aún desempeña.

Ya en este honroso cargo ha podido modernizar sus

estatutos, y a su estudio se deben los que hoy rigen en la Academia desde enero de 1917. Ha implantado la innovación desde hace tres años de que en su local, además de las sesiones literarias celebradas los sábados, se den conferencias de extensión de cultura médica por los más prestigiosos individuos; y de su importancia en difundir lo sobresaliente del progreso médico nada tenemos que hablar, porque lo acredita el numeroso público que llena el salón.

Referir aquí la figura científica del sabio Cortezo que celebra hoy sus bodas de oro con el ejercicio de la Medicina sería repetir lo que en las páginas de *Le Correspondant Médical*, de París, dijimos en noviembre de 1915 de tan esclarecido varón.

[ENRIQUE SALCEDO
(Dr. Salcedo)]

Impresiones personales

La larga, fecunda y gloriosa vida de D. Carlos María Cortezo, sólo por su valer ejemplar merecía ser coronada con la efusiva adhesión de todos sus conciudadanos en esta hora de satisfacción y de melancolía, en que, desde lo alto, contempla el largo camino recorrido. Pero, además, ha hecho tanto por los médicos, y tanto tan noble y tan limpio de interés personal, que nuestra gratitud debía alcanzar formas de expresión de excepcional unanimidad y calor.

Así será. Aun cuando, como siempre que la sociedad pasa por horas de crisis, se debilitan en las muchedumbres estas virtudes delicadas y altruistas, que son como los frutos óptimos de la civilización y sólo florecen en una atmósfera de elevación intelectual y moral. Si alguno falta, después de todo, el espíritu de Cortezo, tan avezado a la lucha y tan experto en los achaques del corazón humano, sabrá tener la sonrisa «dolorosa y comprensiva» que Amiel daba como el verdadero distintivo de los hombres superiores, y se consolará con el número y la efusión de los que le acompañemos en sus bodas de oro con la Medicina.

Por mi parte, un íntimo impulso de respeto y de cariño y una reacción contra la beocia contemporánea me llevan, con verdadero entusiasmo, a rendir este tributo ante la juventud siempre renovada de D. Carlos.

Lo característico, lo admirable de su espíritu ha sido y es, en efecto, la juventud. Abierto a todas las ideas y a todas las audacias, fácil a todos los entusiasmos, optimista y jovial, lleno de ilusiones y de pasión y del anhelo constante de aprender y de renovarse, han pasado los años por él sin rozar el claro entendimiento y enriqueciendo, en cambio, hasta la máxima capacidad de valoración su sensibilidad, para ser hoy uno de esos hombres privilegiados, en los que la riqueza moral de la madurez se ha logrado sin detrimento de la frescura intelectual. A estos hombres, decía Tolstoi, con razón, que se debía, y no a los jóvenes, el progreso moral de la Humanidad.

Yo guardo y guardaré siempre de D. Carlos María Cortezo el recuerdo de dos momentos que no puedo

evocar sin honda y delicada emoción. Una tarde, en que después de enseñarnos el Colegio del Príncipe de Asturias, donde, gracias a su esfuerzo, viven y se educan en pleno bienestar muchos huérfanos desvalidos de médicos, los llamó a sus rodillas; y ellos, los pobres niños sin padres, le rodearon y acariciaron con tan cordial confianza y ternura, que nos hizo llorar a cuantos lo presenciábamos.

Y una mañana en que entré impensadamente en su alcoba... Creo que hoy no se molestará si lo cuento... Abrí la puerta sin que me anunciase. D. Carlos estaba solo en la habitación, echado en la cama, tan profundamente abstraído, que no me sintió llegar. Un instante le creí dormido; pero observé en seguida que sus dedos corrían ligeramente sobre un papel lleno de pequeños relieves, y que su rostro, tan expresivo bajo los cabellos blancos, sonreía inefablemente. Durante unos minutos le contemplé con la respiración contenida y los ojos empañados...

A la altura de la vida en que el alma de los hombres, ya sin curiosidades, empieza a replegarse en sí misma, D. Carlos, lleno del ansia de saber más, para no gastar el caudal disminuido de sus ojos, aprendía a leer con los dedos. Y en aquel momento leía—no podía ser otra cosa— el *Quijote*.

G. MARAÑÓN

Admiración y justicia

Toda mi vida he seguido con interés la actuación profesional del Dr. D. Carlos María Cortezo, por parecerme extraordinaria.

De estudiante conocí sus luchas para llegar. Al acabar la carrera, el año 1884, figuraba ya como médico prestigioso y en los primeros lugares. Su batallar, dando los debidos frutos, no había sido infructuoso; las repetidas pruebas de su valer le habían dado nombradía y posición de primer orden en el trabajo.

Al considerarle desde el desamparo en que comenzaba mi lucha por lo indispensable, me parecía que se encontraba en la cumbre. ¡Después he apreciado cuánto me equivocaba al estimarlo así! Porque le he visto seguir siempre ascendiendo, sin detención alguna, en consideración, honores y respeto; y esto con tal continuidad, que con ser ahora su posición la más elevada en la Medicina española, aún dudo si culmina o se encuentra en camino de mayor elevación.

Y tales hechos son, sin duda alguna, la mayor prueba de su valer real; ninguna otra podría equiparársela.

Porque el tiempo, con los hechos, circunstancias y accidentes múltiples de la vida, contrasta, prueba y selecciona a todos los individuos; y esto cada día y en tantos momentos, que se convierten en innumerables... Por ello, sólo las grandes personalidades son capaces de resistir, triunfando, esta continuidad de avaloramientos y desgastes.

Y es que, para que así pueda suceder, hacen falta condiciones excepcionales y extraordinarias en el su-

jeto, de inteligencia, talento, laboriosidad, educación, honorabilidad, amor a su profesión y hasta de vigor físico.

El Dr. Cortezo ha tenido la suerte de recibir unas de ellas de la Naturaleza y de crearse las otras por disciplina perseverante de voluntad.

Y esto le hace quien es. Y que su vida sea tan meritoria y constituya ejemplo digno de ser imitado.

La clase médica le es deudora por ello de gratitud, respetuosa veneración y la justicia de rendir homenaje a su valer y a sus virtudes.

Al hacerlo se honra y ennoblece.

En asociarme a ello, en el lugar que me corresponde, pero no con menos entusiasmo que el primero, tengo grande, íntima y perdurable satisfacción.

R. LUIS Y YAGÜE.

16 mayo 1920:

Don Carlos el azuzador

Esqueje para un estudio biográfico.

Al valer de D. Carlos Cortezo no se le ha hecho aún la debida justicia. A ello contribuyó sin duda alguna, el pertinaz zumbido del enjambre de *enemigos ilógicos* que nimba su historia.

Tiene D. Carlos gentes que no le quieren bien, porque las exigencias de la vida le pusieron frente a ellas; que estas personas no le aprecien es cosa natural y comprensible; que desconozcan su valía, que regateen sus méritos, que se resistan a concederle categorías excelsas, a nadie puede extrañar. Muchos, muchísimos de tales contrarios serán probablemente buenos señores, inteligentes, sensatos; pero enardecidos por la pasión de la pelea resultan incapaces de una opinión reflexiva, como seguramente le ocurrirá a D. Carlos con respecto a ellos.

Al lado de estos *enemigos lógicos* están los otros, los *ilógicos*, que ni lucharon ni tienen motivos inmediatos de resentimiento. Suman más que los otros.

¿Por qué? ¿Dónde reside la urdimbre de tan rara actitud? Nadie que haya tratado a D. Carlos podrá calificarle de antipático, grosero, vanidoso, pedante o infatuado. D. Carlos es un viejo alegre, espiritual, inquieto, romántico, humorista por encubrir su recalcitrante romanticismo, culto, afable, dulcemente bohemio, con una bohemia aséptica, aristocráticamente aséptica.

¿Entonces?

Es claro, sin embargo, el mecanismo. Para nadie es ya un secreto que el criterio de la especialización rigurosa ha facilitado en Medicina el triunfo de los mediocres; pero el mediocre, ni aun envejecido por el triunfo, deja de llevar clavada en el alma la espina de su inferioridad. Por ello su aspiración suprema es hacer creer que la limitación de sus fronteras intelectuales fué impuesta más por la cantidad de las materias que por la calidad del magín.

Mas como D. Carlos es un ilusionado peregrino de la belleza, a los mediocres especializados les molesta su señorial inquietud por explorar regiones donde ellos no acertarían a caminar, y el despecho, la envidia y el miedo a las disecciones psicológicas condúceles a intentar, restando beligerancia, alejar el peligro de ser *tañados*, que dicen los castizos del Avapiés.

Al tener que dejarlo solo se hizo una selección que les duele y humilla; así D. Carlos, el ingenioso conversador, el hombre de cerebro ágil, de caudal psíquico constantemente renovado, el consagrado infantil y ensoñador, por su dominio en el arte inconsciente de *calar sesos*, conviértese en un azuzador de sentimientos hostiles, faltos de todo fundamento que no sea el dolor de la mediocridad.

Nos atrevemos a pensar que D. Carlos no está disgustado de su condición de azuzador.

DOCTOR CÉSAR JUARROS.

El Doctor Cortezo

Me complace sobremanera poder asociar mi más ferviente adhesión al homenaje de jubileo, cariño y reconocimiento, que la clase médica tributa al sabio y por demás ilustre compañero Dr. D. Carlos María Cortezo, con motivo de sus bodas de oro con la profesión. Siempre fui un sincero proclamador de sus muy superiores cualidades, y estimé en lo muchísimo que vale, y ha valido, su obra en el enaltecimiento de la profesión médica, en la creación y desarrollo de las instituciones profesionales y en la labor inmensa que ha realizado, a lade ningún otro comparable, en el concierto de las actividades más eximias de nuestras eminencias político-médicas, para que nuestras leyes sanitarias tengan la excelencia y la eficacia que corresponde a un pueblo culto, digno de figurar al lado de las naciones más adelantadas. Cuantos honores y ensalzamientos le rindamos los compañeros los tiene merecidos. Su figura quedará en la historia de la Medicina española actual, correspondiente al último tercio del siglo XIX y principio del XX, como de las más brillantes y generalmente veneradas.

DOCTOR JAIME FERRÁN.

Barcelona, 10 de mayo de 1920.

Un rasgo del doctor Cortezo

No sería yo persona digna de ser considerada como tal, si en día tan fausto como el que hoy celebramos no dedicara unas breves líneas a expresar a nuestro querido director mis sentimientos de cariño, admiración y agradecimiento. Breves han de ser las líneas, no porque mi deseo no fuera el de llenar muchas columnas, sino porque la insignificancia mía haría que fuese orgullo imperdonable extenderme más; por otra parte, no puedo decir sino un caso particular de

los que todos cuantos conocen al Dr. Cortezo están hartos de verle realizar a menudo.

Es el hecho que cuando yo me hallaba comenzando la carrera de Medicina tuve la desgracia de perder el apoyo natural al fallecer mi inolvidable padre, y no encontrándome en condiciones de continuar mis estudios ya comenzados, si no me auxiliaba de algún modo que mejorase mi estado pecuniario, recurrí a quien pudiera prestarme auxilio en semejante ocasión. Como sucede con desesperante frecuencia, la mayoría de los conocidos pusieron reparos, y en estas condiciones, solamente el Dr. Cortezo, a quien no conocía ni había tratado jamás, me brindó apoyo. Presentado a él por la doctora Aleixandre, presidenta de la Junta de protección médica, bastó que supiera que yo era huérfano de médico para que al instante me acogiese en la Redacción de este periódico, en la cual, desde entonces, vengo actuando.

Dije al comenzar, y repito ahora, que lo que yo podía relatar no era sino un caso particular de lo que hace el Dr. Cortezo todos los días, y, por tanto, no soy sino uno de tantos y tantos huérfanos que debemos todo cuanto somos al buen corazón de nuestro ilustre director. Forzosamente ha de llegar un día en el que sus buenas obras dejen de ocasionarle sinsabores, que serían insufribles a no estar compensados por la satisfacción íntima que da el haber realizado el bien, y todo sea felicidad y ventura para quien tiene muy bien ganada esta recompensa.

ANTONIO FERNÁNDEZ MARTÍN

Madrid, mayo de 1920.

El Doctor Cortezo

La brillante actuación del Dr. Cortezo y Prieto durante cincuenta años acredita la pluralidad de sus aptitudes, puestas noblemente al servicio de la cultura patria y de la profesión médica.

Dos episodios de su vida, de los que puedo responder por testimonio personal, singularizan, a mi juicio, el valor efectivo de sus excepcionales condiciones de talento y elevación de sentimientos aplicados a la enseñanza y a la tutela beneficiosa de los huérfanos de los médicos.

El Dr. Cortezo en el Hospital de la Princesa compartió con su malogrado compañero el Dr. Salazar y Alegret las lecciones de Clínica médica. Muchos años han transcurrido desde entonces; pero la intensa y fructífera labor de Cortezo, el joven decano, valga la rara paradoja, y de Salazar, constituirá un timbre glorioso inolvidable del Cuerpo de profesores de la Beneficencia general.

La palabra fácil, amena y atractiva de Cortezo era escuchada con deleite por numerosa concurrencia de estudiantes y médicos, que apuntaban en su activo las adquisiciones prácticas recogidas con discernimiento severo y minucioso a la cabecera de los enfermos, bajo forma de conferencias magistrales.

Al recordar aquellos felices tiempos en que Cortezo se revelaba como el heredero indiscutible de la reputación docente y clínica de Martín de Pedro, D. Francisco Muñoz, profesores libres del Hospital general, continuadores, a su vez, de los doctores Escolar, Arce y Luque, Leganés y D. Pedro Espina, del mismo establecimiento, y del catedrático modesto y sabio D. Esteban Sánchez Ocaña, se afirma uno en el convencimiento de que la ciencia, la enseñanza libre clínica de los hospitales, tan conveniente y poco protegida por los poderes públicos, y el Hospital de la Princesa estuvieron de duelo cuando el Dr. Cortezo fué solicitado y seducido para encauzar sus privilegiadas dotes de orador y polígrafo en los derroteros de la política, en la que ha llegado a las ambicionadas alturas donde se ciernen los prohombres de la intelectualidad, de los cuales es un ejemplo, o los favorecidos por la chiripa.

Ha sido ministro, es consejero de Estado, senador vitalicio y está condecorado con grandes cruces, entre ellas la de Carlos III, de especial y eminente significación honorífica; pero permíteme el Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo si con leal franqueza de amigo, que mucho le quiere y estima, tengo la osadía de lamentar su coqueteo con la Medicina y la Política.

Su gran capacidad intelectual le ha permitido atender y reverenciar a dos Dulcineas, no hay duda; pero, ¿qué es preferible, pregunta mi poco pulida ingenuidad; ser maestro insigne consagrado por el aplauso entusiasta y espontáneo de muchas generaciones médicas y la gratitud de incontables enfermos de todas las clases sociales, o figurar como prócer político por la influencia circunstancial de un partido o de un amigo poderoso que sepa hacer justicia a los méritos demostrados? Mientras no se demuestre lo contrario, opino que el Dr. Cortezo, como tributo rendido a la Política, se ha desposeído de las ventajas positivas que le ha brindado la Medicina, como a todos a quienes acompaña la fama de sus prestigios clínicos extraordinarios.

La institución del Colegio del Príncipe de Asturias para Huérfanos de Médicos es debida fundamentalmente a la influencia del Dr. Cortezo. ¡Bienhaya la oportuna y generosa iniciativa del ministro de la Gobernación D. Julio Burell, que, en honor al pensamiento y como homenaje a la amistad y significación social del Dr. Cortezo, firmó el real decreto que sancionó las aspiraciones altruistas de la clase médica!

Hay que contemplar al Dr. Cortezo rodeado de los hijos de sus compañeros desaparecidos ejerciendo la misión cariñosa y patriarcal de un viejo médico que, por encima de los desengaños y las acometidas arteras de la envidia, dedica su tiempo y sus empeños al amparo de los huérfanos que ostentan la ejecutoria de ser hijos de médicos víctimas del deber cumplido.

La sensibilidad afectiva del Dr. Cortezo y las lágrimas que en alguna ocasión he visto en sus ojos, correspondiendo conmovido a las caricias que los huérfanos le prodigan inspirados por la gratitud, me impulsan a quererle cada vez más. Como antiguo amigo suyo,

conocedor de sus triunfos, le ofrendo en su jubileo mi apasionada enhorabuena; y como tesorero del Patronato del Colegio, mi devota adhesión.

El porvenir de la hermosa y útil institución será el que quieran los médicos encargados de su sostenimiento mediante el uso de las pólizas creadas; pero el hecho de haber sido constituida por el valimiento de nuestro eximio compañero, será siempre el broche de oro que cierre el libro donde se escriba la biografía del Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo, cuya vida guarde Dios muchos años, según arcaica fórmula ofinesca; pero que en este momento toma un valor imponderable, dicha en coro por las voces angelicales de los huérfanos del Colegio del Príncipe de Asturias.

DR. ISLA BOLÓMBURU

Al insigne doctor y hombre público Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo, en sus bodas de oro con la Medicina

Diez lustros van que conquistó su celo
la ciencia de Esculapio; diez que adora
cantos de Meditrina, protectora,
de la salud y diosa del consuelo.

Cincuenta años que lucha con anhelo
por ver si el esplendor de nueva aurora
disipa la penumbra aterradora
que aún nos envuelve con su arcaico velo.

De la docta Academia es presidente;
es en la Prensa sanitario egida,
y fué ministro regio de alta mente.

Tal es CARLOS CORTEZO, que así cuida
obtener de un Gobierno más consciente
la ley cicatricial de nuestra herida.

WENCESLAO BORRACHERO

Orgaz (Toledo), mayo 1920.

Al Dr. Cortezo, en sus bodas de oro

Medio siglo de vida profesional médica, con perseverante y diario ejercicio, brillando siempre en las más altas cumbres del saber humano enciclopedista como médico particular y como maestro, sobresaliendo, igualmente, en las múltiples jerarquías políticas que, por su talento y reputación social, ha figurado, lo mismo en el banco del diputado o senador que desde la presidencia en el Parlamento, en el Consejo de Sanidad que en el Consejo de Estado, son suficientes merecimientos para un homenaje de sus conciudadanos médicos. ¿Y cuánto no más merecido le tiene tan esclarecido médico si se atiende, en justa conciencia honrada, por lo muchísimo que siempre y en todo momento ha batallado de palabra, por escrito, privada y públicamente por la emancipación, el bienestar y

la independencia del Cuerpo médico y, especialmente, del de titulares de España, así como de la Sanidad del reino, como director general, como ministro, coadyuvando a la elevación notable del presupuesto nacional sanitario en cuanto las contiendas políticas de partido se lo han permitido? ¿Qué decir del hombre que acoge paternal y casi beatíficamente, como pastor evangélico, en las postrimerías de su vida, a la orfandad desamparada, desvalida y sin esperanza de la caridad individual particular, de los médicos fallecidos en aras del deber, creando el Colegio de reciente y exquisita organización, en que es él el alma que, evocando la ternura de la de los padres de aquellos niños sin consuelo, los acoge, va de puerta en puerta implorando la caridad, logra sus propósitos y es destello de esperanza consoladora para todos ellos, que corren al abuelito, como ya le llaman, como pájaros, rodeándole radiantes de alegría y de contento, como representación genuina espiritual de los propios padres que aparecieran ante ellos? ¿Qué del caballero que, siempre sonriente, siempre complaciente, con esa sencillez aristocrática de los espíritus escogidos y educados, os recibes y os habláis, y con una democracia admirable de bondad y de llaneza os escucha, analiza y desmenuza en el instante los conceptos que le expresáis en el pro y el contra de vuestras pretensiones u opiniones particulares, y os vais encantados, y os sirve si puede? No tiene las arideces de la extravagancia de algunos geniales, genios a machamartillo, con autoaureola de insultante petulancia e ineducación social; es la bondad ingénita, el espíritu genial, ecuaníme y humano, sin vanidad alguna; es todo un alma ingenua, toda espiritualidad del sentimiento casi ascético, en bien de la humanidad como de los suyos; y por esto es y ha sido, además de sus altas representaciones políticas y profesionales, cariñosamente popular en Madrid y en España entera; es el hijo de Madrid clásico de la clase media, nacido entre flores, como son los efluvios espirituales de su portentosa inteligencia doctísima y su corazón nobilísimo.

Nadie como el Dr. Cortezo podría vanagloriarse de

su altísima ejecutoria profesional y política y haber obtenido lícitamente una fortuna; y nada más lejos de esto: su honradez y escrupulosidad y su filantropía sólo le permiten hoy, en el ocaso de su vida, después de tanto y tanto batallar y tantos merecimientos, vivir decorosamente nada más. Al Dr. Cortezo le han costado el dinero, directa e indirectamente, cuantas representaciones ha tenido y cargos ha ostentado en comi-

misiones de la nación ante propios y extraños. A los que le conocemos desde estudiantes como maestro excelso y ya fríamos en la madurez de la vida no se nos han olvidado aún, ni se nos olvidarán nunca, las enseñanzas clínicas y el mérito de sus conferencias. La sagacidad, prontitud y acierto de sus juicios clínicos, como catedrático agregado en San Carlos y de los hospitales, son dignos de todo encomio y veneración, hoy más que nunca, en que la más lamentable confusión pedagógica, en que la verdadera didáctica y métodos de enseñanzas nos van pareciendo una torre de Babel, ante la barahúnda de opiniones contradictorias, y hasta indoctas muchas veces, que oímos y leemos con una ligereza y desaprensión dignas de mejor suerte. La opi-

nión serena, reposada, fundamentada en la observación, la experiencia y la investigación, con ese eclecticismo necesario para la enseñanza sólida y verdaderamente pedagógica, cimiento de la cultura profesional de anchos cauces, sólo la tienen los grandes maestros como lo es el Dr. Cortezo y lo ha sido brillantemente. Ahí le tenéis presidiendo la Real de Medicina. A ver quién ha organizado como él los cursos de conferencias de los más conspicuos maestros de la Medicina nacional. Donde ha vislumbrado un buen catedrático, un buen clínico, un sabio, allí le ha reclamado para honra de la clase culta y docta. Pues, admirarse: a ese hombre bondadoso, con todos sus merecimientos, con toda su ejecutoria personal y profesional, a ese apóstol de la Ciencia, del deber y del altruismo que sólo admiración produce y reclama, en que la consideración social es indiscutible para él por sus obras, no deja de ser objeto de asechanzas e insidias inicuas, particularísimas de algunos indios



Conjunto del monumento construido por el escultor Sr. Blay.

sin cultura, sin educación y sin conciencia honrada y digna, y tienden con sus abalorios salvajes y sus plumajes selváticos, a empañar lo impañable y lo que ya ha cristalizado con brillantes destellos en el crisol honrado de los humanos que le conocemos y le vemos, y distinguimos algo de colores y diferenciamos los cerebros privilegiados de substancia gris exquisita y de los romos legítimos de Alcorcón y malos hombres y peores conciudadanos.

¡Gloria, pues, al insigne Dr. Cortezo!

ANDRÉS LANCH A Y ARIAS

Madrid, 17 de mayo de 1920.

Mi amigo Cortezo

Desde los primeros días de mi vida profesional vengo siendo amigo entrañable, admirador sincero y un auxiliar de buena y perdurable voluntad, del doctor Carlos María Cortezo, al extremo de que hoy, fallecidos Ustáriz, Miguel de Viguri y aquellos queridos compañeros que con él estudiaron en las aulas de San Carlos, no creo haya ningún colega que lo sea tan antiguo, leal y afectuoso como yo.

Hemos convivido, en íntima y jamás obscurecida amistad, cuanto la vida da de sí durante cincuenta años. Dos años más joven que él, y dos posteriores en la carrera escolar, muy pronto EL SIGLO MEDICO juntó nuestros destinos, y por eso puedo asegurar que han sido comunes, y como por sola un alma recogidas, sus alegrías y tristezas, sus exaltaciones y desfallecimientos, sus esfuerzos y campañas, y cuanto ha podido realizar, emprender, perseguir y proyectar durante su última, inquieta y gloriosa vida de cincuenta años. Por esto, ¿quién mejor que yo, ni siquiera en tan bien dispuestas y apercibidas condiciones, podría escribir su biografía, narrar con prolijidad y exactitud sus trabajos, sus encumbramientos, sus éxitos y decepciones, sus días de inefable ventura, como los de cuando unió su destino al de su adorada y dignísima esposa Ascensión, su familia, que, como si fuera la de un Patriarca bíblico, se vió bendecida del Cielo por una serie larga de hijos, que unas veces sumieron su alma en las hondas aficciones del dolor, por muertes prematuras, y otras en la ventura de los floridos destinos y bellas colocaciones, siempre acreditando ser dignos hijos de tan esclarecidos y virtuosos padres?

Yo le vi ingresar en la Beneficencia general, y, siendo niño aún, casi imberbe, destacarse ya como maestro, decano, autor de publicaciones, renombradas aun antes de salir de la imprenta; y ser médico de vasta clientela, entre lo más aristocrático de la sociedad madrileña conquistada. Yo celebré sus triunfos en oposiciones que le llevaron a cátedras más de una vez. Yo aplaudí las producciones de su ingenio, apto para brillar en la prosa y en la poesía. Yo le vi presidir Corporaciones veneradas siendo muy joven; ingresar en la Real Academia de Medicina; admirar en EL SIGLO MEDICO; triunfar en los comicios poli-

ticos, conquistar renombre en el Parlamento y ser elevado a los Consejos de la Corona, después de haber creado una Sanidad oficial, que en él tuvo su primer representante capacitado y prestigioso, y el primer legislador de competencia reconocida en el extranjero; ocupar la presidencia de la Real Academia de Medicina; sentarse con autoridad en el Real Consejo de Estado; informar y persuadir, en actos y resoluciones de grande interés público, al Soberano y a los jefes de partido; dirigir con discursos el Parlamento, con artículos la Prensa, con gestiones en los Centros administrativos y su consejo en las instituciones sabias, como el Real Consejo de Sanidad, las Academias de Medicina y de la Lengua, los intereses y destinos de altos ministerios profesionales. Y, por último, fundar, ya en su avanzada edad, ese conmovedor y utilísimo Colegio de Huérfanos, que nunca puedo visitar sin que mis ojos se llenen de lágrimas, y mis sentimientos y discursos admiren y bendigan a su creador, cuando le veo rodeado de cien niños, mitad de uno y otro sexo, quienes a él acuden, apenas le ven, como los polluelos a la madre, para acariciarle, besarle y atestiguar a su padre de misericordia y fortuna el bien que les lleva en su desgracia y el refugio que les proporciona en su desamparo.

Cortezo es como una duplicación especial, indecible, de mi existencia, en la cual ha influido por modos varios, trayéndome ese distinto y contrastado juego de emociones, intereses y empresas que encierran las vidas largas, intensas y de indestructible solidaridad. Por eso, en mi conciencia íntima, muchas veces, decirme yo mismo Cortezo, es como decirme Pulido; es evocar penas y alegrías suyas; es llevar en seguida lágrimas a mis ojos y voluptuosidades variadas a mi alma; es pensar en su familia; es concordar con ella la evolución de la mía, y examinar sus ascensos por los ásperos caminos de las aspiraciones y los éxitos; es renovar la serie de esfuerzos, menos gloriosos y afortunados ya, del compañero suyos, que iba tras de él y le convertía en ejemplo de sus propias empresas y en confortación de los propios desalientos.

Banquetes, grandes cruces, presidencias, monumentos públicos, todo me parece bien. Merece que su ancianidad sea venerada, bendecida, felicitada por la Sociedad y la Profesión. Debe ser coronada su cabeza de rosas; debe oír, vivo, el testimonio de gratitud de una humanidad, a la que ha deseado servir; y debe sumirse en el Señor, arrullado con el conmovedor canto de ese coro de niños, cuyas voces angelicales, cuyos juegos puros y sentidos recrean a menudo su alma, embriagan sus melancolías y abatimientos con el más hermoso y sacrosanto de los elixires espirituales, y producen en nuestras almas, agobiadas por los años, las decepciones y las luchas, la compensación y el consuelo de los sublimes ocasos conque nos aleccionan aquellos Patriarcas que nos hace conocer, admirar y bendecir el más admirable de todos los libros: la Biblia.

ANGEL PULIDO.

Al Dr. Cortezo en sus bodas de oro con la profesión

Estar cincuenta años desposado con la ciencia de Esculapio es ya un mérito grande y elevado. Pero lo es mucho más grande todavía si en ese consorcio dilatado se han cumplido aquellos mandamientos de amor, fidelidad, fecundidad y desinterés que idealizan toda unión intelectual de un espíritu noble y alto con la idea, finalidad y rumbo que se persigue.

Y en verdad que el noble espíritu del Dr. Cortezo ha sido pródigo en estas cualidades y fecundo en resultantes beneficiosas al unirse de por vida a la actividad de la profesión médica, para él tan querida.

Todo amor, todo fidelidad, todo desinterés, todo fecundidad ha sido la norma del Dr. Cortezo en sus relaciones con la profesión. Todo amor, porque a ella dedicó los más nobles afectos de su alma sensible; todo fidelidad, porque nunca desertó del campo médico, a veces tan lleno de obstáculos, asperezas y tribulaciones; todo desinterés, porque siempre le sirvió de norte el mejoramiento de la clase, en la ciencia y en la profesión; todo fecundidad, porque a él debemos en gran parte la difusión cultural médica de la época presente, consecuencia de su labor en el periódico profesional, en la Academia y hasta en sus relaciones sociales y particulares.

Yo venero, además, al Dr. Cortezo por haber sido amigo constante y entrañable de aquel espíritu selecto y distinguido que tanto bien hizo a sus discípulos y a la clase, que se llamó en vida D. Alejandro San Martín. Sentía éste hondo y profundo afecto por Cortezo; y por esto mismo, todo lo que distinguía San Martín era para nosotros digno de ser imitado y alabado, pues debía llevar en sí aquel matiz de distinción y nobleza que caracterizaba al maestro.

La felicidad de todo hombre parece residir en la normalidad física y psíquica de todas las funciones en cada momento o etapa de la vida. Porque es infeliz aquel, que joven aún, perece prematuramente o enferma o se hace viejo y valetudinario, o no alcanza aquel alto puesto con que soñó, por debilidad en el esfuerzo o falta de perseverancia, que, al fin y al cabo, son consecuencia de defectos intelectuales. Y en cambio, es feliz en el aspecto de nuestra profesión el que trabaja intensamente los primeros años, en la visita o en el laboratorio, que todo es laborar en beneficio de la Medicina, y publica su observación, primero informada por un espíritu analítico, resumiendo después en amplias síntesis el producto de una mayor experiencia y madurez mental, o dirigiendo, por fin, su actividad al aspecto elevado y alto de los intereses generales de la clase o a los problemas sociales y políticos relacionados con la Medicina.

En todos estos aspectos brilló y brilla el Dr. Cortezo como médico de numerosa y distinguida clientela, como aplicado publicista y como constante luchador

en la defensa de la clase y de sus intereses materiales y morales.

No se contentó el Dr. Cortezo con ser el padre orgulloso de sus buenos hijos, que hoy le veneran para su satisfacción, cumpliendo así uno de los fines del hombre en esta áspera vida, el de immortalizarse corporal y espiritualmente, pues los hijos son a modo de un jirón del cuerpo y del alma de sus padres. El doctor Cortezo cumplió, además, con otro de los fines, el de dar a los demás el producto sazonado de sus creaciones intelectuales; es decir, de sus ideas, que son a modo de hijos de la mente, por medio de las cuales se perdura en el alma y el recuerdo de los demás.

Pero es también el Dr. Cortezo el padre adoptivo de numerosos huérfanos de médicos, porque su generoso corazón está lleno de amor a la memoria de aquellos infortunados que han dejado aquí en el desamparo a lo más querido y entrañable, ¡que nada hay que se quiera tanto como lo que a uno sucede y perpetúa!, y el perpetuarse y querer a los hijos es sólo una forma del propio instinto de conservación.

La ruda y prolongada lucha amortiguó el vigor de sus sentidos; pero, ¡qué importa!, si ya sus sentidos habrían aportado a su entendimiento aquellos elementos suficientes para elaborar en su pensamiento ideas altas y nobles.

¡Que viva muchos, muchos años el Dr. Cortezo, y después, cuando llegue el término natural de sus días, en día lejano, al anularse ya su vida, al llegar a lo que será para él su gran liberación, si es creyente, o su reposo y eterno descanso, si es filósofo, persistirá, entre cuantos le sobrevivan y le quieran, el recuerdo duradero que lo immortalizará en el corazón, y en el bronce y mármol de su efígie el símbolo del hombre grande de corazón y elevado de alma!

DR. J. GOYANES

Mayo 1920.

Ante el jubileo del Dr. Cortezo

Ya es hora de que hagamos justicia los médicos titulares a este noble anciano.

En aquella Instrucción general de Sanidad, que mereció el aplauso del Congreso Internacional de Higiene, de Bruselas, y de la Conferencia Sanitaria de París de 1913, están contenidas las más caras reivindicaciones del proletariado médico rural; pero de la Junta de Gobierno y Patronato, ideada por el Dr. Cortezo, que pudo y debió ser nuestra verdadera Junta de defensa, no queda ya más que una covachuela burocrática, sin arrestos y sin bríos, huyendo de la luz del examen y la crítica, que acaso pudiesen salvarla todavía.

Ella, sin embargo, nos trajo la inamovilidad, cuyos beneficios desconoce el proletariado médico joven, que no ha pasado por el calvario de las renovaciones de los contratos, y ha olvidado ya el proletariado médico

viejo, sin habérsele ocurrido demostrar públicamente su gratitud.

La envidia y la impotencia hincaron sus afilados colmillos sobre ese cuerpo de sana doctrina, destrozándole por completo, y la impotencia sola se ha bastado después para acumular sobre sus cimientos altas pirámides de balduque, dejándolo inútil del todo.

El Dr. Cortezo nos señaló el camino; pero ni los Gobiernos ni la clase médica hemos hecho nada por que pasen a ser viva realidad aquellos tres capítulos, VI, VII y VIII, de la Instrucción, que después han servido, en fragmentos, de base para razonar las conclusiones de nuestras Asambleas.

Nadie tuvo como él una visión tan clara de nuestras necesidades, y nadie, hasta hoy, pudo, supo o quiso llevar a la *Gaceta* soluciones más completas y acertadas; pero, ¡ay!, es nuestra sólo la culpa de que en la *Gaceta* duerman el sueño de los justos.

¿Estarán condenados a la misma desgracia el Colegio del Príncipe de Asturias y la colegiación obligatoria, que, a pesar del antipático calificativo, ha producido el más extenso movimiento societario que jamás hemos conocido, despertando a los indiferentes y capacitando a los iniciados?

Afortunadamente, en la redención del proletariado médico hoy colaboran, no sólo la justicia y la santidad de nuestros anhelos, sino el propio instinto de conservación de cada uno, que, viendo en peligro el minimum de subsistencia, apela a la inagotable virtud de la solidaridad para salvar a todos del hambre que ya se asoma descaradamente a la puerta de los médicos de partido.

Si este noble anciano, que supo y quiso orientar el proletariado médico, despreciando las dentelladas de la envidia, acertase a formar, fuera de la *Gaceta*, una *Caja de Socorro a parados forzosos* que sirviese de punto de apoyo a la colegiación o al sindicalismo, habría rematado su obra generosa, poniendo en marcha al obrerismo médico hacia la conquista indiscutible del ideal.

DR. MARTÍN HURTADO,
Director de La Medicina Rural.

El Dr. Cortezo y el Colegio del Príncipe de Asturias

Fué en una hora romántica, cuando los últimos copos de nieve, de la nieve de los años, iban cubriendo la cabeza del médico, del sociólogo, del pensador; enfriando la vida, pero robusteciendo las exhalaciones del alma. Luchador invencible, llegaba a la cima de la senda de la vida con el gesto triunfante y voluntarioso, cubierto de trofeos y de galardones. Muy avanzado el caminar de nuestras vidas, fatigados del esfuerzo y de la penosa jornada, nos encontramos en esa hora romántica de los hombres cuando el crepúsculo de los años se inicia y las pasiones más puras son nuevos estímulos y nuevas esperanzas.

Allá, entre los que lloran, vimos la desconsoladora amargura de los más desamparados e indefensos. Presintiendo las desgarrantes escenas del infortunio, el médico, el hombre bueno, acudió una vez más a su remedio, en alto el espíritu, desbordante de sentimientos y humanidad.

Eran hijos de intelectuales víctimas de la ciencia ingrata, huérfanos de los que, como él, lucharon entre las lacerias del cuerpo y los dolores del alma; y el médico, el sociólogo, el pensador llevó a esos pobres niños el mágico consuelo de la caridad y del paternal abrigo.

Hoy, al conmemorar las bodas de oro de la Ciencia, cuando la labor del médico, del maestro aparece espléndida y fecunda, el hombre sentimental, el pensador y el sociólogo sentirá palpar en su alma la esencia de la obra espiritual y tierna como el alma de los niños. En la satisfacción de la empresa ideal y romántica habrá el recuerdo del compañero profesional, luchador y abnegado, que por dar todo a la humanidad doliente dejó desvalidos a los suyos.

Fatigados por el luchar de la vida, ya muy avanzado el camino. conocí al hermano que conmigo presintió la amargura de esa infancia, víctima de la ciencia ingrata, de la abnegación y del sacrificio. Y en el Colegio del Príncipe de Asturias se cristalizó nuestro pensamiento. La obra del Colegio de Huérfanos, amparo de los pobres niños, será un estímulo constante para los hombres de corazón y buena voluntad.

Fué en una hora romántica, cuando los últimos copos de nieve, de la nieve de los años, iban cubriendo la cabeza del médico, del sociólogo, del pensador.

JOSÉ PANDO Y VALLE.

Mayo, 1920.

En el homenaje al Dr. Cortezo

«Hoy ha sido aceptada la dimisión de médico decano del hospital de la Princesa al Dr. Cortezo», le oí decir al eximio poeta Campoamor, a la sazón director de Beneficencia, en el despacho de mi respetable amigo Romero Leal, director entonces de Administración local; y confieso que la noticia me llenó de pena, porque las esperanzas de toda la clase médica de entonces habían sintetizado en el joven Cortezo como augurio de genial maestro de Patología y Clínica médica.

A partir de entonces, Cortezo se vió privado del medio natural y preciso para seguir demostrando sus singulares aptitudes como profesor libre, emulando con eficacia la corriente científica que venía de Francia con las obras maestras de los Trousseau, Petter, Dieulafoy; las de Alemania, con Wirchow, Nimayer; las de Inglaterra, con Graves, entre otros muchos, cuyos nombres omito, y que entonces eran los paladines más significados en la controversia de las nuevas doctrinas que tanto han influido luego con la ratificación de hechos trascendentales para la Clínica, emanadas de la Histología, Bacteriología y Química biológica.

Era esta una época de transición, un período verdaderamente crítico, en que se luchaba con singular ardor entre la teoría y la especulación imaginativa con-

tra la experimentación e investigaciones del Laboratorio; era la época en la que ya alboreaba la fecunda labor del gran Cajal, y en la que también laboraban con fruto en las distintas disciplinas de la Medicina Martínez Molina, Mata, Yáñez, Martín de Pedro, Olavide, Castelo, Federico Rubio, Letamendi, Sánchez Ocaña, lumbreras nuestras que ya no existen y que, a su vez, se han eslabonado con otras que viven, y que no nombro respetando la modestia y por temor a sensibles omisiones.

A partir de entonces, y aunque siempre fué solicitado por numerosa y escogida clientela el ilustre Cortezo, cual merecía su envidiable y justificada reputación, y a pesar también de asidua labor en la Prensa profesional y en la Real Academia, sentía la nostalgia de la enseñanza clínica del hospital, y quizá como remedio para esta nostalgia siguió los escabrosos derroteros de la política. Y aunque es verdad que en ese campo ha laborado con verdadero acierto para los caros intereses de la Patria, llegando a ser *verdadero consejero de la Corona* en el ministerio de Instrucción pública, verdad es también que la Medicina perdió un maestro en el aspecto docente, y que este maestro, demostrando las ideas de su claro talento y prodigando con el altruismo que le caracterizan los sentimientos de su gran corazón, hubiera hecho una labor de trascendencia más humanitaria.

* * *

En el homenaje que tan justamente te ofrece hoy la clase médica quiero que recibas un cordial abrazo de tu antiguo amigo.

F. HUERTAS.

El Dr. Cortezo

Mi ausencia de Madrid, durante treinta años, dedicado a la enseñanza de Patología general de la Facultad de Medicina, de Valencia, hasta mi reciente jubilación, no me han permitido seguir de cerca la brillante labor del Dr. Cortezo en el orden científico y profesional. Así, que he de evocar como recuerdos imperecederos algunos muy remotos de los primeros años de nuestra carrera.

Los hechos más antiguos que recuerdo son las experiencias de análisis de orina, que, aún siendo estudiantes, hacíamos en el laboratorio de la clínica de D. Ramón Torres Muñoz de Luna, en unión de mi querido amigo Mariano. Dirigía nuestros primeros pasos de laboratorio el que después fué nuestro maestro y sabio catedrático D. Benito Hernando, ayudante, a la sazón, de la cátedra de Química del Dr. Luna. Esto sucedía en el año 70. Después, ya médicos, pasó Cortezo, joven aún, en el Hospital de la Princesa, de médico de sala a decano, siendo maestro en seguida de un plantel de jóvenes alumnos y profesores que acudíamos a oír sus sabias lecciones de Medicina interna a la cabecera del enfermo.

En aquella época se efectuó la repatriación de fuerzas de la primera guerra de Cuba, si no recuerdo mal, y tuvo ocasión de presentarnos bastantes enfermos sospechosos de fiebre amarilla, que se confirmó en la autopsia de los

que primero fallecieron, contagio adquirido bien en la isla o a bordo de los buques de la repatriación.

Luego..., yo no voy a recordar el interés con que seguí las polimorfas aptitudes de su esclarecido talento; pero de las del corazón sí que recuerdo: la cariñosa carta que recibí de él contestando a la mía por la prematura muerte de su querido hijo.

Hoy, jubilado, habiendo tenido muchas generaciones de alumnos, a los que pude transmitir algo de lo que aprendí de él, me es muy grato hacer público testimonio de mi gratitud al Dr. Cortezo, como presidente de la Real Academia de Medicina, y a los demás compañeros académicos, mi nombramiento de académico corresponsal y hacer votos por su longevidad.

Su antiguo discípulo y compañero le rinde tributo de admiración.

ENRIQUE SLOCKER DE LA POLA,

Catedrático de la Facultad de Medicina,
jubilado, y ex presidente de la Real Academia de Medicina, de Valencia.

Madrid, 21 mayo 1920.

* * *

Hago constar, a los efectos de la celebración del cincuenta aniversario profesional del Dr. Cortezo, mi agradecimiento como médico por las iniciativas, mejoras de orden científico y profesional, que tantas amarguras le proporcionaron, y, como amigo, mi reconocimiento por el constante estímulo que ha proporcionado a cuantos se acercaron a él en demanda de consejo o de alientos, y, finalmente, el considerarme honrado al saber cómo recuerda el Dr. Cortezo, con nostalgia, su paso por el decanato del Hospital de la Princesa, a cuyo Cuerpo facultativo pertenezco hace quince años.

DR. ENRIQUE SLOCKER

Del Instituto Rubio y Hospital
de la Princesa.

EN LAS BODAS DE ORO DEL INSIGNE DOCTOR CORTEZO

¿Algún hombre buscáis que represente
el concierto de todos los valores?
Pues, eso, aunque es milagro, mis lectores,
existe en esta tierra decadente

y de esa decadencia píamente
nos consuela, mostrando los fulgores
del hombre a quien rendimos hoy honores,
saldando así una cuenta preferente

en la que a figurar va este soneto,
que, aunque escrito sin numen y sin maña,
la admiración contiene y el respeto

debidos a la inclita calaña
del ilustre doctor Cortezo y Prieto,
que, en mi opinión, es honra y prez de España

MARCELINO RIVERA

Médico titular de Piedrahita (Ávila).

El anciano blanco

I

—¿Quiere usted hacerme un favor, amigo Albiñana?

—Usted dirá, D. Carlos.

—Pues verá: estoy haciendo un estudio histórico, relacionado con mi tocayo el padre de Fernando VII; todas las mañanas voy al Retiro; allí, entre la arboleda que circunda el establecimiento de las aguas oxigenadas, paso un par de horas entregado al examen de antecedentes; ahora le doy vueltas a la *Historia de España*, de Lafuente; como estoy casi ciego, no puedo leer y me valgo de un amigo, que lo hace por mí; este amigo se halla ausente y no puede seguir en sus funciones. ¿Quiere usted ayudarme?

—Con mil amores, querido maestro; estoy a sus órdenes.

Y alentado por nuestro sincero ofrecimiento, don Carlos continúa:

—Verá usted una cosa sorprendente, amigo mío: los pájaros me conocen; estoy por asegurar que aguardan todos los días mi llegada.

—¡Pero hombre...!

—Sí, sí; no lo dude usted; me conocen los pájaros; y yo, que lo sé, no quiero dejar de hacerles mi cotidiana visita.

Así nos hablaba el buen Cortezo un día del verano último, a partir del cual, todas las mañanas acompañábamos al viejecito a su improvisado gabinete de estudio; un par de sillones de mimbres y un velador de latón constituían los muebles del rústico *despacho*; el perfumado follaje de unas acacias que juntaban sus ramas en un beso de amor servíanos de techo, a través de cuyo espeso fondo no osaban penetrar los ardientes rayos del sol estival.

II

En la dulce calma matutina leíamos al maestro la deplorable historia de Carlos IV y su veleidosa compañera; la sombra de Godoy desprendíase del libro para vagar en torno de María Luisa, en uno de aquellos galanteos regios que tanto escandalizaron a la Corte. Desfilaban por el texto de Lafuente, uno por uno, los afrentosos detalles que precedieron a la invasión napoleónica: el trato desdeñoso del Emperador; las humillaciones vergonzosas del Rey; la entrevista de Bayona; las epístolas amorosas de la Reina, suspirando por su D. Manuel, mientras el pueblo rugía en Aranjuez contra el valido... De pronto, D. Carlos impone silencio:

—¡Calle!

—¿Qué pasa?

—¿No oye usted el canto de ese gorrión?

—Sí, señor.

—Pues no tardarán en venir.

—¿Quiénes?

—¡Los pájaros!

Y en efecto: cual si la dulce voz de su compañero les hubiera servido de toque de llamada, unas cuantas docenas de gorriones, bajando de los árboles, precipitáronse en torno del viejecito, alegrando el espacio con chillonas melodías; colocábanse unos en su cabeza, en sus hombros, en sus rodillas; otros saltaban sobre el velador, y los más deslizábanse por el suelo, inquietos, nerviosos, con el *pio, pio* emitido incesantemente por sus picos de alfiler.

—Quieren pan—dijo D. Carlos—; todos los días les traigo su ración, y en cuanto se aperciben de que estoy aquí corren como demonios y arman esta gritería. ¡Ya voy, ya voy! ¡Silencio, que para todos hay!

Y sacando un panecillo, lo desmenuzó en migajas, arrojándolas al suelo; tras ellas se lanzaban aquellos bohemios del aire, disputándose a picotazos la posesión de una partícula. ¡Oh, fiel remedo de la lucha humana! ¡Así pelean los hombres para conquistar una miserable migaja en el festín de la vida!

Don Carlos hablaba a los pájaros como si lo entendieran:

—A ver, tú—decíale a un gorrión gordo que engullía deprisa—; déjales un poco a tus compañeros.

—¡Largo de aquí, que ya has comido bastante!—le decía a otro más glotón y atrevido, sacudiéndoselo del brazo.

Y los animalillos, consumido el pan, volvíanse a sus ramas, alegres y gorjeantes, a esperar, con el nuevo día, la visita del anciano blanco, pródigo y sonriente.

III

Tarde otoñal.—Estamos en el patio del Colegio del Príncipe de Asturias.

Los huerfanitos corretean, persiguiéndose en sus juegos infantiles; hay alegría; la piadosa mansión parece protegida por los manes de tantos héroes anónimos como cayeron en la obscura lucha profesional, y cuyos retoños, tiernos, débiles y pobres, hallan cobijo en este techo santificado por la Caridad.

No todos los niños ríen; algunos hay seriecitos, graves, con una sombra de dolor, producida acaso por la evocación del hogar perdido.

El anciano llega. ¡Viva D. Carlos!—exclaman los chicos alborozados con la presencia de su protector—. Y como los gorriones en el Retiro, así los niños se pegan a su persona, sentándose en sus rodillas, colgándose de sus hombros y de sus brazos.

Hay un infante triste. El anciano lo llama... ¿Qué te pasa, chiquito? ¿Por qué pones esa cara? ¿No ves cómo todos tus amiguitos juegan? Anda, hijo, no te pongas tan serio, que estás muy feo. ¿Quieres que te cuente un cuento? Te lo contaré. ¿Sabes aquel de *Capercita roja*...? Pues verás, verás... Qué, ¿te gusta? Pues, ¡hala, a jugar! Y como no te diviertas te llevarás un tirón de orejas. Toma este caramelito.

Y aquel chiquitín, que momentos antes estaba apesadumbrado y sombrío, se desprende de las piernas del abuelo, donde ha escuchado su cuento, y, olvidan

do su pena, parte escapado a unirse a sus compañeros, que le aguardan para jugar al toro.

IV

De cuantos homenajes reciba este glorioso anciano ninguno halagará su espíritu como el que le ofrecen los pájaros y los niños; los gorjeos en el Retiro y las caricias en el Colegio de Huérfanos pregonan la naturaleza romántica de su alma sencilla. ¡Condición selecta, en estos tiempos siniestros de prosaico positivismo!

Así fué Cortezo durante su vida toda. De la misma manera que el multimillonario, desde la dorada cumbre de sus riquezas, desestima por insignificantes pingües negocios que le parecen pequeños, cuando cualquiera de ellos podría hacer la felicidad de otros aspirantes a la fortuna, así Cortezo, gran señor del éxito, ha desdeñado cátedras y direcciones clínicas; pero no con el despecho del impotente que se reconoce incapacitado para llegar hasta ellas, sino con la olímpica satisfacción del conquistador que abandona por su capricho la plaza sitiada, después de haberla rendido en gallarda lid.

Medio siglo de grandezas profesionales y políticas, remontando todas las cumbres, no han logrado ensoberbecer el carácter helénico de este hombre original, que recuerda a los filósofos de la Ionia; pasó la vida científica cosechando lauros y preeminencias; y cuando en el ocaso de su laboriosa existencia—que muchos años dure—pudiera ufanarse contemplando desde la cima el largo camino recorrido, quédase gozoso en el llano, hablando a los pájaros como si fueran niños, y cuidando a los niños como si fueran pájaros.

DR. ALBIÑANA

SANIDAD RURAL

POR F. MURILLO,

SUBINSPECTOR DE INSTITUCIONES SANITARIAS

Al eminente y sabio Dr. Cortezo, que, desde hace medio siglo, viene siendo el campeón infatigable de la Sanidad, y que tanto se ha desvivido por dotar a España de leyes e instituciones sanitarias capaces de dignificarla y llevarla a la altura que su acendrado patriotismo anhela, han de serle gratos los temas de higiene pública, aun aquellos de contenido tan modesto como el que yo le ofrezco en conmemoración de sus bodas de oro con la Medicina. Acéptelo el maestro como tributo de admiración a sus grandes iniciativas.

* * *

En nuestras estadísticas demográficas, lo mismo que en las de otras naciones, aparece la población separada en dos grupos: el urbano y el rural, si bien en el primero sólo se incluyen, de ordinario, las capitales de las 49 provincias, excluyendo, indebidamente, centros populosos que no tienen categoría de capitalidad.

Si se compara la mortalidad global de las capitales

con la que arrojan las provincias, llama, desde luego, la atención el hecho de que la mortalidad media de las primeras es proporcionalmente mayor que la media de las segundas, y si la comparación desciende al capítulo de las enfermedades infecciosas, la diferencia subsiste y aun se agrava. Y aquí surge, con espontánea naturalidad, la pregunta siguiente: ¿Quién influye más y peor en la difusión de las enfermedades infecciosas y en la persistencia de las endemias, la población rural sobre la urbana o la urbana sobre la rural?

Tiempo atrás llevé a cabo algunas observaciones sobre el terreno, recogiendo datos de varios pueblos de los alrededores de Madrid, y entonces pude ver que la mortalidad de Getafe, Leganés, Móstoles, Parla, Torrejón de Ardoz, Villaverde, Arganda y Ciempozuelo era, proporcionalmente, inferior a la de Madrid, y que, en cuanto a la morbilidad, tomando la fiebre tifoidea como índice del estado sanitario, sin poder establecer proporción determinada, nunca faltaban en los pueblos circunvecinos enfermos de dicha infección.

En el adjunto cuadro presento la mortalidad comparada de Madrid con la de los pueblos comarcanos, para el decenio de 1906 a 1915. Los citados datos revelan que, mientras la mortalidad en los pueblos varía del 14 al 21 por 1.000, la de la capital es de 26 por 1.000; hecho que tiene su expresión demográfica en la columna del crecimiento vegetativo, puesto que los lugares vecinos aumentan su población en proporciones bastantes aceptables, mientras que en Madrid el crecimiento desciende de nulo a negativo, de forma que, a no ser por la corriente inmigratoria, iría decreciendo el número de habitantes hasta quedar reducido a cero.

MADRID

Mortalidad y crecimiento vegetativo de la capital y de algunos pueblos de la provincia durante el decenio de 1906 a 1915.

PUEBLOS	Mortalidad por 1.000 habitantes	Crecimiento de la población
Arganda.....	18,10	550
Ciempozuelo.....	17,17	381
Parla.....	15,98	133
Leganés.....	14,29	423
Getafe.....	21,98	239
Móstoles.....	21,24	(Faltan nacimientos.)
Torrejón de Ardoz.....	20,08	(Idem id.)
Villaverde.....	20,64	142
Madrid.....	26,11	En Madrid los nacimientos fueron 152.225, y las defunciones 160.832, dando un déficit de 8.607 óbitos para el decenio.

A la vista del cuadro precedente surge de nuevo la interrogación anterior, circunscrita a la zona madrileña: ¿Es la capital la que difunde el contagio a los pueblos limítrofes, o son éstos los que incesantemente llevan a Madrid la semilla del contagio?

Los enfermos tíficos y de otras infecciones vienen, con frecuencia, a Madrid a hospitalizarse, o a las consultas públicas y particulares; de los pueblos afluyen grandes cantidades de leche en condiciones pésimas; carros de verduras, en cuyo cultivo se emplean aguas y abonos sospechosos; en fin, motivos más que suficientes para el continuo acarreo del bacilo tífico y otros patógenos, desde la periferia al centro.

La corriente inversa es también real: muchos convalecientes, convertidos en excretores de gérmenes, marchan a los pueblos en busca de «buen aire» para reponerse; los mismos carros que traen las verduras regresan a las huertas cargados de estiércol, y no pocas ropas de enfermos infecciosos que murieron pasan a poder de la gente campesina, como obsequio predilecto a la criada antigua o al pariente pobre.

Hay, pues, un intercambio continuo de contagios entre la ciudad y el campo, una doble corriente centripeta y centrifuga que, sin cesar, lleva y trae los males de la ciudad a las aldeas, y los males de las aldeas a la ciudad. En consecuencia, higienizando las ciudades—que realmente son las que más lo necesitan—se lograría dar un gran avance en favor de la Sanidad nacional; pero no quedaría resuelto el problema, porque es seguro que de los pueblos circunvecinos vendrían, como ahora ocurre, gérmenes de contagio sobrados para mantener viva y perenne la plaga de las infecciones. Para que la obra resulte completa es menester que, a la par del saneamiento de las urbes, el Estado piense y dedique algún esfuerzo al saneamiento rural.

Al hablar de sanidad rural no aludo, como seguramente entenderán muchos profanos, a la lucha antipalúdica. Esta, por su importancia y complejidad, forma capítulo aparte. Yo me refiero, exclusivamente, a las condiciones higiénicas de las aldeas consideradas como núcleos de población; a su régimen sanitario interno. Desde este punto vista habría que examinar las condiciones de los mataderos, cementerios y escuelas públicas; el servicio de aguas, el estado de las fuentes y de los pozos, la situación y condiciones de las cuadras y estercoleros, la vigilancia de mesones y posadas y el cuidado y policía de las vías públicas, convertidas muchas veces en albañales o interrumpidas por charcas hediondas que suelen ser el pudridero municipal de toda suerte de despojos e inmundicias.

Pero hay todavía otro factor más importante que cualquiera de los enumerados, y a él voy a dedicar breves líneas, en la imposibilidad de tratarlos todos de momento. Aludo a la vivienda rural, y de ella, al punto que más directamente se relaciona con el transporte de las infecciones intestinales.

Nos quejamos, con razón, de la insalubridad de las habitaciones modestas, que son la mayoría en los grandes centros urbanos, y, sin embargo, no es exagerada la afirmación de que el obrero de la ciudad tiene poco que envidiar al jornalero del campo. No sólo los jornaleros: familias de regular posición habitan en los pueblos casas inverosímiles por lo malas. Prescinda-

mos ahora de que en España hay regiones donde los obreros viven hacinados en cuevas, a usanza del hombre primitivo de los tiempos protohistóricos, y prescindamos, igualmente, de otras regiones más prósperas y adelantadas, en que el régimen de la propiedad ha hecho que la mayoría de las familias cuente con viviendas salubres. Fuera de estos extremos, el término medio general y dominante es el de la casa fabricada de terrones, pequeña, baja de techos, mal ventilada, de cubicación y luz insuficientes, húmeda, sombría y desprovista de las más rudimentarias condiciones higiénicas. No vamos a pedir el lujo de que tales misérrimos albergues posean conducciones de agua a domicilio: niños y mujeres van por ella a la fuente o al río, y, con más frecuencia, al pozo, que adosado a la casa atiende, mejor o peor, al servicio de una piña de vecinos.

Pasemos por alto lo relativo a la calidad bacteriológica de las aguas y reflexionemos que, si las zahurdas campestres carecen de elementos tan fáciles de agenciar como el aire y la luz, sería absurdo suponer que disponen de retretes o de algún artificio que cumpla los mismos fines. La familia entera depone sus excretas en la cuadra, que, generalmente, es una habitación más de la casa, destinada a alojar el borriquillo o la cabra o el cerdo, amén de algunos conejos y hasta media docena de aves. En pacífica promiscuidad, animales y personas utilizan el mismo recinto para satisfacer análogas necesidades. Esta costumbre, inveterada en España, tiene, a mi modo de ver, participación copiosa en el sostenimiento de las endemias tíficas, y constituye un problema de solución difícil, que del sector rural trasciende a la sanidad de toda la nación. En un trabajo publicado en marzo de 1919 tratábamos de explicar uno de los aspectos de este mal con las siguientes palabras (1):

«Todos sabemos cómo se prepara el estiércol en España. La inmensa mayoría de nuestras villas y aldeas agrícolas carecen de retretes, y la familia entera acude a la cuadra a juntar sus excrementos con los de las bestias que la ocupan. Y esto lo hacen, no sólo por necesaria costumbre, sino también por la avaricia de enriquecer el tesoro de substancias orgánicas, que luego se traducen en abono. De la cuadra sale el magma compuesto de paja fermentada, residuos de todo género y excrementos varios, para formar montones hediondos al aire libre, que luego se distribuyen por las tierras de cultivo.

Es natural que si en la familia hay un tifódico o un portador o excretor de gérmenes, con el estiércol irán miriadas de bacilos a difundirse por hazas, huertos y jardines. Este mecanismo, establecido desde hace siglos, no puede estar mejor calculado para perpetuar los focos endémicos en los pueblos y aun para mantener la corriente circulatoria del contagio

(1) F. MURILLO: «Fiebre tifoidea y hortalizas».—(Estudio experimental).—*Boletín del Instituto de Alfonso XIII*, número 57, 1919.

desde las aldeas a las ciudades y desde las ciudades a los campos.

Cabría pensar que el bacilo de la fiebre tifoidea no prospera largo tiempo en el estiércol, sujeto a la concurrencia de los numerosos y robustos microbios de la putrefacción; mas, desgraciadamente, la experiencia demuestra lo contrario.» Etc., etc.

No van sólo por este camino los perjuicios que la tradicional costumbre de formar y utilizar el estiércol traen a la salud pública: los malos olores que vician la atmósfera de las viviendas pueblerinas y envenenan los cacareados aires puros del campo; los enjambres de moscas que nacen y se suceden en el inagotable vivero de las cuadras y la suciedad cerril que de aquí se deriva y da carácter a la mayoría de los poblados lugareños de nuestro país, son motivos que, añadidos a los ya citados, explican la mortalidad rural, que, siendo naturalmente inferior a la urbana, debía diferenciarse, ahora y siempre, por cifras de mayor volumen.

Hay, pues, que pensar en la reforma sanitaria de villas y lugares, para lo cual convendría dividir la operación en dos partes: una, que afectaría a lo que (en pequeño) podríamos llamar servicios públicos generales (abasto de aguas, policía de mataderos, saneamiento de vías, etc.) a cargo de los municipios, y otra, de cuenta de los particulares, que obligaría a la higienización de las viviendas con dos condiciones esenciales: 1.^a, establecimiento de retretes, y 2.^a, producción del estiércol fuera del domicilio y en forma que cada montón de basura no sea un criadero de moscas.

Tengo por seguro que para ambas innovaciones no habría obstáculos técnicos ni aun siquiera financieros. Hoy existen modelos de retretes sencillísimos y de ínfimo coste, y se sabe también cómo ha de perfeccionarse el estiércol en condiciones de que no sea una ofensa al olfato y a la salud. Las dificultades vendrían de las malas costumbres, de los hábitos rancieros y de las preocupaciones ancestrales entre gentes que, ignoro si en broma o en serio, aseguran que la *suciedad engorda*.

AL DOCTOR CORTEZO, mi maestro querido e inolvidable

¡Oh edad feliz, edad de los amores,
muerta ya para siempre; en la que apenas
del corazón turbaban las serenas
horas, tristezas, duelos ni dolores!

Eran los años del vivir bendito...
Cumplí los diez y seis por mayo hermoso
del año cantonal, y, presuroso,
con sueño largo y amplio el apetito,
de Murcia del Segura
vine a estudiar aquí la Medicina,
trocando la bonanza levantina
por la temperie fría, seca y dura.

En familia de toda confianza
encontré honesta casa y buena mesa,

y hallé en el Hospital de la Princesa
maestro sabio, afecto y enseñanza.

Fué fortuna muy grande mi fortuna;
pues apenas llegué a esta del Oso,
tuve ya por ambiente el estudioso
de aquellos camaradas de «la tuna».

¿El maestro?... Nervioso y sin sosiego,
satírico y zumbón, hombre ocurrente,
de elegante y airoso continente,
de puro ser miope, casi ciego;

de cara corta y frente de alta meta,
rubio de pelo y de bigote rizo,
de hablar correcto y de escribir castizo,
y un encanto en el cuento y la historieta.

Entre miel y aguijón, no se llegaba
a saber si era abeja o si era avispa
su palabra brillante como chispa,
ya que a la par hería y endulzaba.

Joven—acaso cinco lustros cuenta—,
en picardías era más que viejo,
pues hasta el sano y salvador consejo
lo «echaba» con su sal y su pimienta.

Poeta y humanista, danle a coro
las letras y la música sus frutos.
A Ovidio y a Musset rinde tributos,
Cervantes y Balzac son su tesoro.

Quevedo es de sus sátiras alcaide;
a Beethoven lo escucha embebecido;
Gayarre fué su artista más querido,
y después de Julián Gayarre... ¡«naide»!

Su alma selecta adora la pintura,
expresión de lo bello la más bella.
Admira a Zurbarán, Coello y Maella;
y Goya es su ideal en la factura.

Idolatra a Velázquez y a Murillo.
A Rosales coloca en los primeros.
Mas de escultura... quiere los «santeros»
Montañés, Berruguete, Cano, Salcillo.

Por Calvo y Vico al «Español» se abona.
A la Matilde aplaude en «Novedades».
Llévanle por la risa a «Variedades»
la Valverde, Luján, Vallés y Arjona.

Madrileño de cepa, bien temprano
va a la plaza los días de corrida.
Su «trinidad» nos era muy sabida:
Lagartijo, Frascuelo y Cayetano.

Amigo de Chironi, el del cencerro,
uníase a la crítica sonora.
Entonces no había trampas como ahora...
Por toro... echaban toro, no becerro.

El sabía lo que era un par de frente,
al quiebro, al cambio, al sesgo y al relance...
Pedía los pies quietos en el lance,
suelos los brazos, alto el continente...

Vió matar recibiendo a Desperdicios,
y al Tato, a volapié; y aún recordaba
la muerte de Pepete; y alababa
del recto Buñolero los servicios.

Tiene la libertad por fin y base
su alma individualista:
nunca admitió la idea socialista
ni tiranía de ninguna clase.

Se imagina señorero como el río
que baja de la cumbre a la llanura,
sin más que la moral por atadura

al querer y a la acción de su albedrío.

Aun librepensador, es religioso;
mezcla común de espíritu elevado:
el ateo es demente o es malvado,
y el fanatismo vínculo oprobioso.

A Luis Vives entrega el pensamiento,
por su sano y cabal filosofismo...
Jamás entró en eso del krausismo,
ni aceptó ningún otro estragamiento.

Y—en secreto—un rumor me cuenta
si fué o no fué tenorio afortunado...
Mas, callemos aquí... Ya hemos pasado
discípulo y maestro los sesenta.

¿En Medicina?... ¿Qué decir del hombre!
Habló el tiempo, testigo irrecusable,
y él proclamó con fallo inapelable
que la fama al pavés alzó su nombre.

Al maestro tan dado a la ironía
el enfermo lo cambia y transfigura,
el numen en su frente refulgura,
y entonces su palabra es santa, es pia,
dulce, piadosa, plácida, serena,
palabra de consuelo y de enseñanza:
ella instruye al que aprende y da esperanza
al que sufre del mal la dura pena.

¿Cómo explora, señor; con cuánto esmero
sus delicadas y sutiles manos
interrogan del pecho los arcanos
y hacen que sea el corazón sincero!...

¿Qué método tan claro y provechoso!...
—Lo mucho de lo poco que sé hoy día
me lo enseñó la gran sabiduría
de este maestro ilustre y generoso.—

A veces ensimismase un momento;
queda un instante su palabra muda...
¿Es la duda, la vacilante duda
que trampantoja allá en su entendimiento!

¡Vence, por fin! La idea luminosa
sale otra vez al labio sonriente...
Calma el dolor y angustia del paciente,
y explica una lección maravillosa.

El, latino por raza y convicciones,
de la ciencia alemana las primicias
trae a España, que luego, entre delicias
de ingenio y de dicción, en sus lecciones
las enseña de balde y gratamente.
Pues no esquivó viaje al extranjero,
y gastó su reposo y su dinero
para cumplir con su misión docente.

Así fué mi maestro. ¡Así es hoy día!
Parece viejo, y siempre será un niño;
un alma en la que aunáronse el cariño,
la bondad, el talento y la alegría.

Es honra de la Patria y de la Ciencia.
¿Verdad, D. Carlos?... ¿Niégalo?... ¿Se engaña!
¿Si esta es cosa que sabe toda España
por prueba de larguísima experiencia!

Falta a mi pobre pluma alarde y estro
para escribir historia tan notoria.
Otros más doctos nos darán su historia.
Mi pluma pone al pie: ¡Gloria al maestro!

TOMÁS MAESTRE

Madrid, 18 de mayo de 1920.

Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo,
presidente del Patronato del Colegio del Príncipe de Asturias,
para Huérfanos de Médicos



Nuestro querido protector: El último día del mes actual celebrará las bodas de oro de vuestro sacerdocio en la Medicina.

Después de una vida consagrada al culto de la ciencia en beneficio de la humanidad, los dilatados senos de vuestro corazón, siempre caritativo para con los desgraciados, os han proporcionado el más precioso florón que vuestra corona, ya esmaltada con las piedras preciosas de la constancia y del sacrificio, puede ostentar: la protección y el cariño para con los huérfanos de malogrados compañeros médicos, nuestros queridos padres, que sucumbieron a la ley inexorable en el cumplimiento del deber.

Por eso los huérfanos del Colegio del Príncipe de Asturias guardarán en su corazón recuerdo imperecedero del año 1920, en que, al celebrar esas bodas, les habéis proporcionado un Centro digno de los hijos de los que, como vos, cultivaron la ciencia médica, en el que nada les falta de todo cuanto hubieran podido recibir de sus propios padres, porque en vos tenemos padre, protector y maestro.

Recibid, pues, en ese día el homenaje más sincero de estos inocentes niños, que quedan rogando a Dios por vos, por vuestra santa esposa e hijos, pidiéndole acepte el título de hijos adoptivos que hoy de corazón le ofrecen, por sí y en nombre de nuestros compañeros huérfanos que le abrazan,

CLOTILDE PÉREZ, BLANCA P. RUIZ, FRANCISCA GUTIÉRREZ, FRANCISCO SÁNCHEZ, ISAAC GALLEGU, CARLOS GÓMEZ.

Madrid, 19 mayo 1920.

Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo y Prieto.

Querido amigo: Acudo placenteramente a sumarme a los que os felicitan en vuestras bodas de oro con la Medicina, impulsado por la sinceridad de mi afecto para con usted; afecto que, incubado en los albores de nuestras respectivas prácticas profesionales, ha venido, en el transcurso de los años, ahondando más y más su arraigo hasta hacerse invulnerable a la cada vez mayor huracanada impetuosidad en el enorme egoísmo de los momentos presentes, en los cuales las velocidades del tren, del automóvil, del aeroplano, han borrado el horizonte de aquellas ingenuas exquisiteces de la amistad que fueron el *alma* de la afectiva sociabilidad que regentaba al mundo cuando nos correspondió en él nacer. Hoy día, la energía química, fuente abastecedora del substrato, de que emerge todo nuestro dinamismo corporal, no se la puede desviar para que coadyuve al fomento de los sentimientos de cordialidad, de desinteresado cariño hacia el amigo; es de perentoria necesidad que, restringiendo su combustión por el ansia del goce máximo con el mínimo de trabajo, toda ella se metamorfosee en los actos funcionales, capaces de rendir la inmediata utilidad de lo que se ha convenido en categorizar de positivo. Como *creación* y *aplicación* son dos cosas distintas, resulta, en la época actual, mucho más fácil producir y atesorar todo cuanto redunde en individual beneficio que no encauzar,

lo hacia la institución de una civilización de amor, de concordia, de fraternal consorcio entre los hombres, que respondiera al ideal de perfección dictado por la verdad, la justicia y la belleza, establecidas por fuero propio de la razón, que es la fuerza de la inteligencia y el motor de la voluntad.

El calórico dispersado por la intensa luminosidad, reflejado por las relevantes cualidades de la persona, suele fluidificar la glacial indiferencia de los conciudadanos. A este exiguo grupo de privilegiados pertenece, por derecho propio, Cortezo, cuya laboriosidad y peculiares atributos de carácter, de cultura, de afabilidad, han ido proyectando siempre detrás de sí la refulgente estela de simpatía, de agrado, y, con frecuencia, de admiración de sus convivientes, y que de mí se adueñaron desde que fui, en el segundo quinquenio de la séptima decena de la pasada centuria, testigo presencial de sus notorios éxitos como clínico perspicaz del Hospital de la Princesa y de sus entusiastamente aplaudidos ejercicios de oposiciones a cátedras.

Recibid, querido amigo, con el fausto suceso de vuestro cincuentenario profesional, mi afectuoso homenaje, simbolizado en un tan efusivo como cariñoso apretón de manos, que muy de corazón os da vuestro compañero,

Dr. R. ABAYTUA.

Madrid, mayo 15 1920.

Un día del Dr. Cortezo como estudiante en Berlín

En el recuerdo de los venturosos tiempos de vida universitaria germana he de conservar siempre, entre los de más grata memoria, aquellos periodos de los meses, generalmente de mayo o septiembre, en que casi todos los años me llegaba de España un condiscípulo, que, viejo profesional allá en su país del meridión, subía a las tierras del Norte a remozarse en las aulas estudiantiles de esotros países, para hacer vida común con los hijos que alimentaban las *alma mater* alemanas, con corazón joven y ánimo entusiasta como el que por primera vez pisara las aulas, pabellones y laboratorios de las Facultades de Medicina.

Este condiscípulo, que ya había llegado a ser estudiante apreciado en muchas Clínicas y templos de investigación germanos, era el Dr. Cortezo, que hoy, en las páginas de este número de EL SIGLO MÉDICO, conmemoramos sus admiradores y amigos el año quincuagésimo de su incansable y fructuoso sacerdocio médico, que plumas mejores que la mía intentarán con más capacidad panegirizar.

No queriendo, no obstante, dejar de llevar mi modesto óbolo al recuerdo de esta vida, toda actividad, altruismo, inteligencia y corazón, lo haré procurando reflejar un día de su vida, de los que quizá sea yo el único testigo que haya tenido ocasión de poderlo relatar.

Y digo un día, porque al ocurrírseme la idea que en estas líneas pudiera el que las escribe contar algo de las actividades del Dr. Cortezo como averiguador y estudiante incansable en Alemania (amén de otros

países de Europa), me quedé acobardadamente impuesto de la tarea que me incumbiría realizar si, aunque fuera sólo someramente, hubiese de ejecutarla. Sería un libro de memorias biográficas el que habríamos de escribir si quisiéramos seguir al biografiado estudiando por los países del Norte las más diversas cuestiones relacionadas con la Medicina, y habríamos de verle: unas veces, asistiendo a las visitas de los pabellones nosocómicos y siguiendo las clases de los grandes clínicos; otras, de espectador en las salas de experimentación de los Institutos científicos universitarios; otras, haciendo disecciones de los Museos, y otras, las más, estudiando modernas cuestiones de la Patología o Terapéutica, que, como los problemas de la investigación del cáncer, el de algunas infecciones de la terapéutica por hiperemia, iniciada por Bier, etcétera, le habían impulsado a algún viaje especial, y en cuyos estudios, como entre filetes, mezclaba el de tomar noticias visuales, sacar apuntes de muchas cosas de higiene, sociología médica, instituciones de previsión, etc.

Conservamos los apuntes de muchas de estas excursiones de estudio que, ya para ver Hospitales, Institutos científicos, Academias para perfeccionamiento de médicos, Museos, Instituciones de Higiene y Demografía, Sanatorios, Casas de huérfanos, lancancia, por Berlín u otras poblaciones habíamos hecho.

Era en mi cuarto de estudiante de un quinto piso de la Karlstrasse o en su habitación del hotel, cuando no en una mesa de la Kaiserkeller o del restaurant Stadt sun Pilsen, o Kempisisky, o Bersaglieri, adonde, en añoranza de los arroces latinos o del Asti, algunas veces nos dirigíamos; donde por las noches, las que no nos atraía la ópera, algún concierto, y, por qué no decirlo, también algún circo o varietés, si no habíamos sido invitados a cenar con algún «professor», reuníamos las notas cogidas al vuelo sobre el terreno durante el día, y confeccionábamos rápidos apuntes, que hoy, entre los papeles del Dr. Cortezo, deben formar un montón que aún ha de continuar siendo interesante.

Unas hojas cortadas de estos apuntes, tal como yo allí las encuentro confeccionadas, y correspondientes a uno de los días de mayo del 1907, al que hoy, en 1920, las hojeamos de nuevo, puestas sin retocar su forma, para que se aprecie más el espíritu de la ocasión, y que se refieren a un día dedicado a la visita de algunas instituciones de higiene urbana de Berlín, constituyen las que siguen, cuya resurrección del fondo del armario en que yacían reposadas quisiéramos fuera solaz recuerdo que haga sentir en el corazón de nuestro amigo, ex condiscípulo y maestro muy querido, algún aroma de aquellos sus días de entusiasta actividad estudiantil.

Antes de sujetar en las cuartillas el recorte de ese diario queremos transcribir la siguiente lista de excursiones a instituciones y organizaciones de higiene popular y urbana que encontramos consignadas en las hojas de los apuntes de aquellos mismos días de mayo

de 1907, para que por ella sólo pueda verse el deseo de ver y aprender que incesantemente bullía en el cerebro de nuestro hoy homenajeado Dr. Cortezo. Eran estas visitas de estudio, que procuraba hacer en días y horas que no debía dedicar a los objetos más estrictamente médicos que llevaba en plan.

Encontramos las siguientes excursiones en aquella semana del 10 al 17 de mayo:

A unas instalaciones de baños de sol y aire del Oeste de Berlín. Extensiones de terreno arenoso descubiertas, emplazadas en los bosques en una extensa superficie talada, rodeada de una empalizada de madera y vegetación. Había cercado para hombres y cercado para mujeres. Contenían plazas de juego, de tennis, pelota, de aparatos gimnásticos, pistas accidentadas para correr. Duchas y piscina de natación. Pequeño restaurant.

A un club (vecino a estas instalaciones de baños de sol y aire), titulado «Club para excursiones en traje de baño por los bosques». Una institución (muy suigéneris, como muchas de Alemania) que tenía por objeto organizar excursiones, cuyo reglamento era llevar traje de baño, sandalias o zapatos de Adán y libro de las canciones de reglamento. Acompañan estas excursiones unos transportes de cerveza, sobre animales de herradura.

A campos de desagüe del alcantarillado y letrinas de Berlín (Rieselfelde), obras gigantes de drenaje agrícola subterráneo que fertilizan extensas regiones de cultivo, aprovechando por vía subterránea todos los desagües de la capital.

A la Central de recolección neumática de los desagües de letrinas y alcantarillas de Berlín. Sistema de alcantarillas y bombas para recolección e impulsión semihermética de estos productos.

A las Instalaciones de filtro del lago Tegel, para el abastecimiento e higienización de las aguas de Berlín.

A la Sección de reconocimiento de carnes a triquina del Matadero de Berlín, donde trabajaban 300 señoritas, con 300 microscopios, reconociendo las muestras de carne que recibían de los veterinarios que verifican sobre las reses la exploración macroscópica.

A los Comedores municipales económicos del Norte de Berlín, donde por una cantidad muy reducida se sirven comidas a cargo y bajo la inspección de la municipalidad.

A las «Salas calientes» (Warme Stuben). Locales municipales calentados y con biblioteca, para dar albergue durante el día a personas que quieran utilizarlos.

A un Establecimiento público municipal para análisis de alimentos.

A unas Casas parque de convalecientes para los hospitales del seguro obrero.

A una Colonia de verano para obreros.

A una región de los «Garten-Lauben» (campos con centenares de parcelas, o puestos, o jardincitos, que, por 10 a 25 marcos, alquilan cada uno por año); están a disposición de todos los habitantes de la capital que

quieran utilizarlos, y que los utilizan como recreo higiénico, cultivándolos y construyéndose cada uno por sí sus cobertizos y casitas rústicas con mayor o menor arte.

A una Institución de «Gota de Leche», en la que el Dr. Cortezo encuentra casi exagerada la asepsia con que se procedía en todo el manejo de las leches, biberones y personal, que, incluso a los visitantes, se les obligaba a vestirse la bata blanca para entrar en el local.

Al Museo del Trabajo, donde está expuesta la historia y evolución de la mayor parte de industrias y artes y oficios, y se dan informes gratis para toda clase de oficios e industrias, y existían una biblioteca y sala de lectura con todo lo concerniente a las diferentes artes y oficios, y, además, fotografías y reseñas de las escuelas de los mismos que existen en toda Alemania, y hasta de los clubs de trabajadores de cada ramo, donde nos llamó curiosamente la atención la extraordinaria organización de cada gremio, con sus escuelas, sus seguros, sus centros de información de trabajo, sus tribunales, sus clubs y sus diarios, como por este tenor: «Semanario del gremio de des-hollinadores del distrito Noroeste de Berlín», «Revista quincenal del Centro de maestros curtidores de Steglitz», «Idem de los obreros del trabajo de maderas para construcciones subacuáticas del Spree» y otros innumerables por el mismo estilo, cuyas publicaciones, algunas bastante extensas, contienen casi todas sección de noticias del gremio, sección científica del arte o de perfeccionamiento, sección de trabajo, secciones de amenidad y anuncios de oferta y demanda.

Visita a dos establecimientos de baños del pueblo; una, a uno de los muchos que hay en cada capital, y otra, a un inmenso establecimiento llamado «Palacio del Almirante», que, con un lujo romano, contiene todo lo que se ha conocido en variedad de hidroterapia, de baños turcos, rusos, romanos, piscinas enormes de natación con agua caliente o fría y pista de sport sobre hielo para patinar en verano e invierno.

Visita al depósito del Este de Berlín para limpieza urbana.

Visita al Asilo de niños de pecho de la Kurassierstr, donde se guardan y cuidan durante el día los niños de clase trabajadora mientras las madres están en las fábricas.

Excursión a las Estaciones de convalecencia y recreo en los bosques «Walderholungstatten».

Visita al primer Instituto de Higiene de la Facultad.

Y para no relatar más visitas, que podríamos en muchos prolongar su lista, y no usurpar espacio a otras plumas que sabrán mejor que la nuestra hacer honor debido a la actividad realizada por esos cincuenta años de vida médica, de vida de cerebro, trabajo y corazón, hacemos gracia a la dirección de la revista de tener que publicar las notas íntegras tomadas de todo un día, y damos sólo un apunte de una excursión: la penúltima de las arriba citadas, a unos bosques sa-

natorio para las horas de día, de la que aún conservamos algunas vistas fotográficas:

«Berlín, 12 mayo 1907.

»Instalaciones para convalecencia, reposo y recreación de personas delicadas, en bosques de Berlín, «Sanatorios para el día».

»A veinte minutos del ferrocarril elevado desde la estación del Zoologischen Garten. Hemos visitado la del «Jungfernheide» (páramo de las Doncellas). Hay varios otros bosques dedicados para estos originales y prácticos sanatorios en otras regiones de Berlín. Parecen tenerlos la mayor parte de las poblaciones alemanas. Están en los bosques o campiñas cerca de las poblaciones, a las que pueda trasladarse fácilmente con tranvías o tren. Se reservan sólo para enfermos. Merecen el nombre de verdaderos sanatorios. Se les puede llamar como les llaman, «Tages Sanatorien in Walde». «Sanatorios para el día, en los bosques». Son, en parte, la obra de la Sociedad para Higiene de las viviendas.

»Se debe esta idea de los sanatorios de día al doctor Wolfrang Becher y Dr. Lennhoff, que buscaban la manera de procurar que los tuberculosos no hospitalizados en sanatorios pudieran pasar el día en mejores condiciones que en sus propias viviendas.

»Como aquí generalmente ocurre, pronto encontró acogida la idea, y en 1899 tenían ya el primero. Y, como por encanto, viendo su utilidad y buenos resultados, brotaron en casi todas las capitales estos «Sanatorios de día»; unos para mujeres, otros para niños o para hombres, con terrenos y ayudas proporcionados por Municipios, o por Sociedades benéficas y por las Cajas de obreros, o por particulares, etc.

»Su instalación la compone un área mayor o menor de bosques que no estén privados de sol. Una empalizada o, en su lugar, unos letreros con el «Verboten» (prohibido), para los a quienes no está destinado el sanatorio, y que suplen la barrera en este país mejor que si fueran alambradas de espino; unos, cubiertos para caso de lluvia, otros, para frío o viento, muchas sillas largas de tela de saco o estera. Casitas o barracas de madera, que constituyen cocina o restaurant a precio sumamente reducido: 20 céntimos el litro de leche, o 35 céntimos una comida, o, lo más frecuente, gratis, a costa de la Caja de Sociedades (los enfermos o convalecientes pueden, además, llevarse la comida); algunas camas, baños, lavabos o duchas, báscula de pesar; mantas de lana y algunos medios de recreo y distracción constituyen toda la indumentaria. La instalación fundamental, y calculada para 150 enfermos, de este sanatorio de la Jungferheide ha costado 1.800 marcos. Verdad es que reciben muchas cosas regaladas, como un gramófono, una nevera muy grande y otras cosas más, amén remesas de quesos, salchichones, algún dulce y algunas cajas de cerveza.

»Los enfermos tuberculosos tienen sector aparte. Una hermana, dos enfermeras, dos personas para cocina y un policía forman el personal. Tienen botiquín y facilidad para traer rápidamente un médico. Hay

numeración de los objetos de cada enfermo y mucha desinfección. Los tranvías o trenes hacen descuento para los que han de ir a estos sanatorios, o son a cargo de las Sociedades benéficas, que es lo usual.

»En los alrededores de Berlín hay siete de estos sanatorios de día. Cada uno parece estar costado, en parte o totalidad, o por una Sociedad de Damas, que preside alguna «frau minister» o alguna señora consejera de Estado (esposa del ministro o de un consejero de Estado), o por alguna Sociedad de seguro o Caja de pobres de un Municipio.

»Existe un Consejo de dirección general de estos sanatorios, y muchos médicos conocidos están en su dirección, encargándose, además, de la vigilancia de cada sanatorio uno determinado.

»Como tasas de alimentación y estancia por día que puede pagar el enfermo, o lo más frecuentemente se lo pagan, he visto 50 céntimos por día para niños y 1,50 a tres marcos por adultos, incluido el travía o el tren.

»De los niños hemos visto que aquí, en los bosques de Berlín, pueden tomar aire de mar, que les dan, amén de pan, patatas, manteca y otros alimentos, un litro de leche como mínimo y 200 gramos de carne por día. Hacen cinco comidas. Tienen, además, algo de escuela al aire libre.

»Hay establecimientos o instalaciones de éstas calculadas para trescientos enfermos.

»Están inscritos como funcionando en Alemania actualmente (1907) más de cien de estos sanatorios de día. Hay algunos para niños de pecho.

»La Cruz Roja suministra al año 110.000 marcos para el sostén de algunos de estos establecimientos.

»Las Cajas de enfermos, de Berlín, pagaron el año pasado (1906) 20.000 marcos para alimentación.

»Los médicos ven resultados muy satisfactorios y los enfermos acuden con mucha afición. Además del resultado del momento, adquieren una educación higiénica no menos importante.

»El plan que siguen todas estas instituciones al aire libre es el de sus fundadores: la sencillez en la instalación y el que sea fácilmente asequible su utilización por todos para quienes están destinadas.»

Terminada esta jira recordatoria de una mañana de mayo berlinesa, de una mañana de los días de vacaciones del Dr. Cortezo, que así vemos cómo los dedicaba al descanso el mismo que hoy, después de cincuenta años de su vida de trabajo oficial, manifiesta que ahora cree empezar a trabajar, réstanos sólo desear que la pequeña satisfacción que le traigan estos recuerdos sea algo de compensación a la que no acostumbra a recibir el médico por sus esfuerzos, aunque lleven éstos toda la inteligencia del que mucho la ha cultivado, todo su celo, toda su caridad, y durante cincuenta años.

Barcelona, mayo 1920.

DR. JOSÉ M.^a ROSELL

El doctor Cortezo, padre de los huerfanitos

Plumas de mérito de varones ilustres se encargarán de hacer honorable justicia al hombre de ciencia, al prócer de inagotables virtudes, al activo e incansable Dr. Cortezo, que después de cincuenta años de lucha constante, escudriñando los secretos de la Ciencia médica para mitigar los padecimientos de sus semejantes; poniendo al servicio de la humanidad el inagotable manantial de sus nobles sentimientos, germina aún en su sangre, apesar de sus setenta años, el fuego impetuoso de la hidalga juventud española, puesta, sacrificada siempre al bien y a la Ciencia.

Pero la aureola más grande de su existencia, la que tiñe su venerable frente de excelsa nobleza, la que hace resaltar su honorable figura del tapiz de la vida con la majestad de mártir de la bondad y el amor, es la del Dr. Cortezo padre; padre amantísimo de esa legión de desgraciados huerfanitos que, al perder a quien les dió el ser, reciben como misero legado las más tristes miserias, angustioso desamparo, y tal vez, en su mayoría, como final de esta escalinata de desventuras, el hospital, la cárcel o arrastrar un infortunado sino.

Enérgico paladín de estas desgraciadas criaturas, son las únicas que hoy al Dr. Cortezo hacen surcar en su noble frente las arrugas de la meditación dolorosa al no poder él, de un amoroso abrazo, estrecharlos a todos contra su bondadoso corazón y a todos ellos donarles el cariño y protección paternal que perdieron.

El Dr. Cortezo, con un hogar feliz, rodeado de una amantísima esposa, con unos hijos dignos descendientes de tan ilustre padre, con una reputación de merecida fama y disfrutando de una posición social envidiable, yo he visto empañarse sus ojos por el llanto al hablar de *sus huerfanitos*, yo le he contemplado contraer su faz por el dolor al recibir lamentables desen-

gaños de aquellos que, obligados a ayudarle a fomentar tan loable empresa, por sentimientos bastardos, impropios de recordarlos en este lugar, intentaron demoler tan cristiana empresa; yo le he visto luchar denodadamente con los Poderes públicos para arrancar unas migajas del erario del Estado y ofrendárselo cariñosamente a *sus huerfanitos*. ¡Cuánto ha trabajado y cuánto no ha sufrido...! ¡La felicidad del Dr. Cortezo en la actualidad está velada, por no poder con los recursos que cuenta cobijar bajo humanitaria protección a todos, todos los huérfanos de sus desgraciados compañeros...!

Si alguna vez la clase médica española pensara rendir un nuevo homenaje a este ilustre varón, a este probo maestro, el mejor agasajo que podrían tributarle consistiría en que todos los médicos, en una sola voluntad y en unisono noble impulso, se agrupasen incondicionalmente en su redor para llevar a cabo la gran empresa de sus constantes desvelos, que estribaría en que no hubiera ni uno solo de *sus huerfanitos* privado de su paternal tutela.

Admiremos al maestro hoy que cumple sus bodas de oro con la Medicina patria; rindamos justísimo homenaje al infatigable hombre público que, incansable, intenta por mil medios dignificar la clase médica española, garantizándola en la legislación del Estado (de ese Estado que tan desamparada la tiene) la condición social a que es

acreedora por su abnegación, sacrificios y cultura; pero rindámonos de rodillas ante el *padre de los huerfanitos* de esos millares de médicos que sucumben en el cumplimiento de sus sagrados y peligrosos deberes, dejando por toda recompensa a sus sacrificios sus hogares en la más espantosa de las miserias, y, por ende, a sus hijitos en el más desconsolador de los abandonos; mandemos nuestras bendiciones al Dr. Cortezo, como los compañeros difuntos desde ultratumba se las enviarán al protector de sus pequeños, de esos cien niños que hoy, en el Colegio del Príncipe de Asturias, están recibiendo el alimento



Detalle del monumento de Blay

del alma, del cuerpo y el de la inteligencia, y las innumerables caricias de su *abuelito*, como le llaman esos ángeles.

¡Ayudemos todos a este bondadoso hombre para que llegue a ser realidad lo que en realidad existe hoy en sus nobles anhelos! Sería ello el más agradable homenaje para el Dr. Cortezo, para el *padre de los huerfanitos*.

SALVADOR PECHE Y JIMÉNEZ

EXCMO. SR. DR. D. CARLOS MARÍA CORTEZO:

Mi ilustre amigo: Enterado de que en el presente mes celebra usted sus *bodas de oro* con la Medicina, le felicito cordialmente, asociándome al merecido homenaje que le ha de tributar la clase médica, que así sabrá demostrar que no es aplicable a usted la frase del poeta: *Llegaste a la cumbre? Estás solo y tienes frío*.

Le saluda muy afectuosamente su admirador y amigo,

EUGENIO MESONERO ROMANOS

EL DR. CORTEZO

Hace cuarenta años quiso mi buena estrella que, al ingresar de practicante en el Hospital de la Princesa, fuese destinado a las salas del Dr. Cortezo, decano por aquellos tiempos de aquel establecimiento. Después le seguí, con otros compañeros, en su consulta particular, gabinete de estudio y en aquel laboratorio de la calle de la Gorguera, que para sus investigaciones costeaba con otros cinco entusiastas amigos.

En todos estos lugares sus ayudantes y muchos profesores, algunos de más edad que él, escuchaban aquellas lecciones teóricoprácticas en las que, empleando los métodos de exploración más modernos, exponía, con diáfana y sencilla claridad, los temas más abstrusos, aplicaba tratamientos eficaces diagnosticando con precisión casi matemática.

Si el espacio me lo consintiera citaría algunos casos en los que su vista médica y sus vastos conocimientos, reunidos, resolvieron problemas causales insospechados, que, una vez aclarados, dieron lugar a la rápida curación de los enfermos.

No es mi propósito, porque no tengo autoridad para ello, juzgar su altísima personalidad científica. Otros nos contarán los frutos de su constante actividad en la clínica, la cátedra, el laboratorio y en las Sociedades y Prensa profesionales. Nos relatarán sus valientes propugnaciones por la cultura y sanidad españolas lo mismo desde la tribuna del mitin, del Ateneo o del Parlamento, que desde la poltrona de ministro o el sillón de director de la Academia Nacional de Medicina. Nos dirán cuánta energía cerebral, dichosamente todavía en pleno vigor, ha puesto y pone al servicio de la Ciencia y de la Patria.

Sólo me he de permitir en este grato día, ya que conviví en su intimidad largos años, recordar la sana

influencia de su espíritu generoso en todos los que le han rodeado, lo mismo deudos que familiares. Recordad que tan grande como su cerebro es su corazón; que si mucha es su ciencia es mayor su bondad, y que es tan espontáneo su altruismo, tan innato su amor al prójimo, que hizo cuanto bien pudo, siendo el único en no percatarse de los beneficios hechos.

Por su exquisita sensibilidad es un ferviente enamorado de la Música y de las Letras. Cuántas veces en las soledades de su despacho, después de largas horas dedicadas a la redacción de trabajos técnicos, se interrumpían éstos para recitar y comentar a Virgilio, Ovidio, Aristófanes, Musset, Víctor Hugo, Dante, Ariosto, Herrera, Garcilaso y tantos otros.

A su lado, insensiblemente, nos aficionábamos a la Ciencia, a las Artes y a las Letras. Oyéndole aprendíamos de todo, con una sola excepción que he de confesar para ser sincero. No aprendíamos lo único que se aprende al lado de otros hombres: a ganar dinero, a estrujar el oficio.

El Maestro no tenía *espíritu práctico*. En el apogeo de su crédito profesional olvidaba la visita del aprendiz rico para atender a un desgraciado que luchaba con la muerte. Abandonando clientes poderosos dedicaba horas enteras, cuando el caso lo requería, a salvar la vida de sus discípulos, o de la familia de éstos, si una grave enfermedad la ponía en peligro. Aún gozan de buena salud muchos que en las circunstancias dichas a su generosa intervención se la deben.

Concluida mi carrera fui de médico director a un puerto. Dos años llevaba allí, sin haberle siquiera escrito, cuando ocurrió un gravísimo accidente herniario a mi padre. Llegaron a un tiempo a mi noticia el percance y la salvación, debida a D. Carlos, que, al enterarse, no se separó del enfermo las horas que tardó en vencer la crisis. Gracias a su bondad, repetida en otras ocasiones, conservé a mis padres algunos años más.

Su generosidad y desprendimiento son tan efusivos que se comunican en mayor o menor escala a los que le rodean. Así ha ocurrido que sus discípulos han llegado, según sus respectivas capacidades, a catedráticos, clínicos estimados, investigadores, publicistas, gobernadores y ministros; pero ni uno solo, que yo sepa, a capitalista. Todos como él siguen viviendo de su trabajo.

El resorte mayor de su influencia ha sido la afectividad. Nunca corrigió con palabras duras las faltas o defectos de sus subordinados. Bastóle una admonición tolerante y cariñosa.

Las injusticias e ingratitudes sufridas han inspirado a su vivaz ingenio epigramas y frases agudísimas; pero con esto siempre ha dado por terminado su odio y su venganza.

Ha tenido el supremo arte de ser el mejor amigo de sus hijos, que le han confiado, antes que a nadie, sus pensamientos, amarguras y alegrías, y de ser el alegre compañero de sus deudos, discípulos y ayudantes. Y, a pesar de esta íntima familiaridad, unos y otros he-

mos sentido, cada vez más grande, la veneración y respeto que nos inspira.

Quizá estas líneas pequen de indiscretas. No me importa. Su eterna tolerancia las disculpará. Pero en este merecido jubileo que alegra nuestros corazones, el mío se postra ante el sabio Maestro, el hijo amante, el padre modelo, el amigo afectuoso y el bienhechor de quien tantos favores he recibido.

Tal vez alguien piense que lo dicho es solamente una manifestación particular de mi gratitud. ¡Qué le vamos a hacer! Yo, como aquel titiritero de Anatole France, aportó lo que tengo. Después de todo a él se lo debo, porque a su lado aprendí a no ser ingrato.

LUIS LASBENNES.

CORTEZO, MAESTRO

La figura del eximio Dr. Cortezo, excelentísimo e ilustrísimo, no por obra de las condecoraciones que posee y de los cargos que ha ejercido y ejerce, sino por serlo de manera espontánea y natural, es tan relevante y se destaca tan vigorosamente de entre las que han dado esplendor a la Medicina patria, que bien merece el homenaje de todos los médicos españoles, que, unánimes, deben reconocer los méritos del hombre que hoy conmemora el cincuentenario de sus desposorios con la profesión de que, por fortuna, todavía es prez y gala.

Su vida científica puede y debe comentarse y enaltecerse desde múltiples puntos de vista, ya que la labor de este hombre se ha distinguido por revestir numerosos aspectos. Hablen otros de Cortezo estudiante, de Cortezo médico de clientela numerosa y selecta desde sus primeros años profesionales, de Cortezo opositor a cátedras, de Cortezo médico del hospital de la Princesa, de Cortezo académico, de Cortezo publicista, de Cortezo bienhechor de la clase médica y de los huérfanos desvalidos, pues de todas estas distintas modalidades, y aun de otras, puede hablarse mucho en loa de tan relevante personalidad; yo he de limitarme a escribir algunas palabras de Cortezo maestro, ya que tuve la honra de que oficialmente lo fuese mío en el último año de mi carrera.

La enfermedad que acabó con la vida del doctor D. Esteban Sánchez de Ocaña fué motivo de que se encargase de terminar la explicación del programa del segundo curso de Clínica Médica el Dr. Cortezo, allá en los primeros días del año 1889, y la noticia se recibió por mis condiscípulos con delectación y agrado indecibles. Nos era familiar el nombre del clínico que de tan gran prestigio gozaba en la corte, y nos apresuramos con avidez a recibir sus enseñanzas. Y, ciertamente, no quedamos defraudados. Su verbo persuasivo, correcto y elocuente; sus lecciones de sabor manifiestamente clínico, repletas de datos y de ideas, no adquiridos en los libros, sino elaborados en su privilegiado cerebro como amalgama de lo leído y de sus reflexiones sobre lo por él observado, así como su pers-

picacia a la cabecera de los enfermos, nos hicieron atesorar en cuatro o cinco meses más conocimientos de los que suelen adquirirse en dos cursos. Con tanta complacencia escuchábamos sus lecciones, que su cátedra, a pesar de darse a las ocho de la mañana, era, con la de otro sabio maestro, cuya muerte aún lloramos a pesar del tiempo transcurrido desde que acaeció, el Dr. San Martín, la más concurrida de las que integraban el grupo.

Seguramente mis condiscípulos recuerdan como yo, entre otras, las maravillosas lecciones que sobre las enfermedades del corazón y las de los pulmones tuvimos la suerte de oírle, abarrotadas del reflejo de la práctica del profesor y llenas de experiencia aprovechable, que de tanto nos sirvieron luego en nuestro ejercicio profesional.

Cortezo era maestro porque no se limitaba, como algunos otros que con este nombre padecemos en mi época de estudiante, a recitar, bien o mal, más comúnmente mal que bien, lo que la víspera habían leído en cualquier libro, por lo general bastante trasnochado, sino que lo era de verdad, por poseer esas aptitudes pedagógicas que tan necesarias son para que los alumnos escuchen con agrado las lecciones, las asimilen y puedan luego recordarlas en el momento oportuno.

A sus talentos de clínico unía entonces, como hoy, extraordinarias dotes de afabilidad, sencillez, corrección y buen decir, que, no sólo en la misión docente, sino en todos los momentos de su vida, han servido para captarle simpatías y granjearle amistades.

Las relevantes condiciones de maestro que adornaban a Cortezo en su época de profesor oficial trascendían, y trascienden aún, fuera de los ámbitos del antiguo Colegio de San Carlos; puedo afirmar que después del año en que fué mi catedrático de Clínica, en las diversas ocasiones en que tuve la suerte de celebrar con él consultas, aprendí algo, porque con ese estilo suyo modesto, llano, sin ampulósidades, siempre Cortezo es el maestro que con intuición asombrosa recoge un síntoma aparentemente desprovisto de valor para deducir de él datos aprovechables en el diagnóstico, el pronóstico o la terapéutica, o con intuición genial interpreta un signo del paciente de una manera nueva, reveladora de su potente inteligencia.

Todo esto, que es hijo de mi sentimiento, que borbotea en mi cerebro desde que conocí a Cortezo, sin haber salido aún al exterior, se desborda hoy con motivo del jubileo que celebramos, llega a mi pluma y toma forma en estos renglones como humilde flor del haz que sus compañeros le dedican; pero antes de concluir quiero que conste que no he recibido de Cortezo más favor que el de su amistad, para mí muy honrosa, y que cuanto de él digo no es regurgitación de estómago agradecido, sino fiel expresión de mi leal sentir, ya que quienes me conocen bien saben de sobra que nunca he servido para adular a nadie.

DR. JOSÉ GONZÁLEZ CAMPO.



El doctor Cortezo

Un cerebro potentísimo, de intenso y equilibrado funcionar, que produce y produce siempre labor excepcional y concienzuda, nos causa admiración, entusiasmo verdadero; pero si unido a esa prodigiosa mentalidad hallamos un corazón repleto de todas las bondades y generosos alientos para practicar el bien por el bien mismo, entonces aquella admiración crece, se exalta en nuestra alma, y a la suprema admiración se une la veneración más profunda, que nos hace bendecir repetidamente la existencia de tan superiores espíritus, cuya actuación bienhechora nos consuela de los egoísmos y sinsabores crueles que atormentan sin piedad nuestro vivir.

CONCEPCIÓN ALEIXANDRE

Madrid, mayo 1920.

PROTESTA

Ante el Dr. D. Carlos María Cortezo y Prieto.

¿Bodas de oro anuncian vejez, cansancio, paralización? Pues retírate del altar; no puedes celebrarlas. Ante el ara ofreces historia dilatadísima; pero los años pasaron por tu existencia como el caudal de agua pasa junto al terruño, para darle fecundidad y poner en sus entrañas lozanía. Tú no eres viejo; llevas sobre la cabeza el *polvo del camino de la vida*, según la hermosa frase del olvidado escritor, pero las canas que peinas están indecisas; no saben si acrecentar su blancura o volver a los matices juveniles. El Tiempo les aconseja lo primero, pero la Realidad les pide lo segundo, y el Tiempo es rey del planeta, pero la Realidad, si no reina, gobierna a los humanos.

Tú no eres viejo. Llevas cincuenta años de médico; puedes relatar mil hechos gloriosos de tu acción personal; has brillado por la Ciencia, por el talento, por el amor al bien, en los lugares de más grande suposición, en trances de la mayor importancia. Cuando se cuenta la historia de la Medicina española, desde la revolución de 1868 hasta la fecha, ni el mayor necio de cuantos forman en la caterva de envidiosos puede prescindir de tu nombre; has vivido mucho, has trabajado mucho, has sonado mucho, pero no eres viejo: en tu alma percíbense las creadoras palpitaciones de energía, los alardes vigorosos que sirven de base a las clasificaciones definitivas de la edad. En algunos casos el mundo permite a la Aritmética ciertas infidelidades, para que la Justicia y la Razón no sufran agravios.

No eres viejo; nos lo dicen tu palabra segura y firme, tu pluma ágil y esplendorosa; nos lo desmienten tu opinión autorizadísima, tu saber indiscutible, tu carácter iluminado por continuas alegrías, que son para el espíritu lo que las flores para la planta. No eres Viejo. Hay en toda tu persona el ardiente romanticis-

mo engendrador de Fe, de Amor, de Esperanza, sutil aleteo que inspira pasiones nobles y destruye las ruinas. No eres viejo, no; al serlo, no estuvieras en lugar de combate ni te hallarías, como aún te encuentras, expuesto al choque con el intrigante y perverso, miembros todos de la bullidora familia contra la cual esgrimimos la punta de la pluma, olvidándonos de que sólo merece la punta de la bota.

Celébrese tus bodas de oro, puesto que así lo autoriza el calendario; pero conste mi protesta con arreglo a lo que dispongan las prácticas en uso y como mejor proceda en Derecho. Testigo del acto solemne, no le considero justo en cuanto se insinúa como prólogo de reposo. No eres viejo. No puedes divorciarte de la actividad y contraer nuevas nupcias con la quietud. Celebra tus bodas profesionales, pero la luna de miel has de invertirla en lo que consumiste medio siglo: en el trabajo, en ese trabajo incesante, esforzado, labor continua para el hogar, para los hijos, para la Patria, para muchas cosas que, como están guardadas en el arca santa del deber, no brillan al sol, ni las proclaman las lenguas, ni las escriben las historias; pero que dejan en el corazón de quien las cumple el hondo surco de los pesares silenciosos.

Asiste a tus bodas de oro, pero protesto contra ellas, y apenas terminen seré de los que te arranquen del templo, exigiéndote que vuelvas a lucir tu inteligencia, tus extraordinarias aptitudes. No eres viejo, no; tampoco eres rico; eres inteligentísimo y pobre; luego te están vedadas las confortadoras pompas que constituyen epílogo feliz de una vida meritoria. No puedes cerrar el capítulo largo y brillante de tus hechos. Seguirás con el pensamiento vivo, la voluntad poderosa y el ánimo bien templado, cumpliendo tus afanes cotidianos. El maestro, el estadista, el clínico, el académico y el escritor, proseguirán desempeñando su papel. Es preciso. ¿Quién habla de reposo, de placideces, de recrearse en lo pasado? Cada día continúa con el afán que le corresponde, y es el destino de muchos morir en la la trinchera oprimiendo las armas todavía humeantes.

J. FRANCO RODRÍGUEZ.

En el homenaje al Dr. Cortezo

En el coro de merecidas alabanzas que hoy se entona en loor del Dr. Cortezo no podía faltar mi voz. Cuantos se interesen por la cultura y la dignidad de España, por la seriedad en el trabajo, por la modernización en los métodos, han de ver en Cortezo un ejemplo de austeridad y de dedicación que estimule a las jóvenes generaciones.

Aquí, donde es tan frecuente la prematura vejez espiritual, por la cual el que llegó se adocena y se desentiende de toda curiosidad, y renuncia a cualquier intervención que cueste algún esfuerzo, el caso Cortezo debe interesarnos y reconfortarnos. Se trata de un



anciano siempre joven; en él han hallado cordial comprensión los que van siendo los más sólidos prestigios de la moderna Medicina española; él remozó la Academia y abrió sus puertas a los aires de fuera; él consolidó la tribuna bien eficaz que es EL SIGLO MEDICÓ, y él, finalmente, se sirvió de la influencia política en bien de los demás, de los compañeros, de la clase, no en provecho propio.

Justo es que saludemos a tan egregio colega en los días triunfales; y yo abrigo todavía una esperanza de su ductilidad intelectual: volverá de sus convicciones uniformistas, de su acendrada posición centralista y formará con los que creemos con todo fervor que el porvenir, que la grandeza de España estriba en la organización adecuada a la realidad; que las nuevas y salvadoras normas políticas habrán de ser aquellas que respondan a lo que es España, no a lo que se quisiera, por puro racionalismo, que fuese. Y si viene a nosotros el Maestro, lo consideraremos una gran victoria. ¡Tanta es nuestra estima y tan profundo nuestro respeto!

AUGUSTO PI SUÑER.

Barcelona, 19 mayo de 1920.

SINCERAMENTE

Cuando en el mundo de los afectos adquiere alguno en nosotros una máxima intensidad entorpecese la palabra si se pretende expresarlo, y al forzado silencio exterior va unida solamente la emoción de nuestro sentir interno.

Cuando en la vida de las ideas concentramos nuestro pensamiento en la personalidad de uno de esos hombres cumbres, cuyo talento y cuya cultura les elevó a un nivel que nuestra mirada no alcanza, la admiración que nos produce al silencio nos obliga.

Y cuando el ecuaníme y no equivocado concepto de la pequeñez propia nos veda satisfacer el deseo de analizar, de escudriñar, de comentar la gloriosa vida de un gran maestro, por parecernos que el hacerlo constituye una profanación, bajamos la vista al suelo y el profundo respeto mándanos callar.

Que hable quien quiera, o quien pueda, o quien deba de esa gran figura de la Medicina española que se llama Cortezo. Yo no sé, ni puedo, ni debo hacer otra cosa más que respetarle, admirarle, quererle... y callarme.

F. GONZÁLEZ AGUILAR.

Consejero de Instrucción pública.
Médico director del Instituto Cervantes.

UN MÉDICO HUMANISTA

El desarrollo de los trabajos de investigación ha tenido la obligada consecuencia de acrecentar la intensidad del esfuerzo, pero restringiendo la extensión del campo en que se ejercita. El exclusivismo de las especialidades, mutilando la unidad orgánica de la doctrina general científica, es tan pernicioso para el espíritu como la somera cultura enciclopédica del que es huésped en muy varios conocimientos, sin tener en ninguno dominio propio.

Los verdaderos sabios, cultivando intensamente su especialidad, nunca desatendieron los fundamentos generales del saber humano, interesándose por todos los problemas científicos y filosóficos y extendiendo su interés a las cuestiones literarias.

Así fueron los grandes humanistas del Renacimiento, progenitores de la moderna cultura científica, y de ello es en nuestra patria representación gloriosa el Dr. Cortezo, profundamente versado en las disciplinas médicas, disertante con criterio personal de cuestiones científicas y sociales, y siempre exquisito y refinado en el ejercicio de la crítica y en la exposición de sus ideas sugestivas, por la substancia del fondo y la belleza de la forma.

No es aspiración arcaica instaurar los conocimientos técnicos en el seno de la cultura humanista, sino infundir savia espiritual a las ramas que, desgajadas del tronco, pierden vigor y lozanía por aridez; y una mentalidad tan castizamente humanista como la del Dr. Cortezo debe ser enaltecida, no sólo por su mérito relevante, sino también como ejemplo y enseñanza de lo que debe ser la formación profesional médica en su más digno y elevado concepto.

JOSÉ R. CARRACIDO.

CORTEZO

No hay médico español que no conozca al Maestro por su inteligencia portentosa, por su exquisita moral y alma de artista. Es inútil decirlo una vez más.

Daré cuenta de un hecho muy sencillo, que prueba el concepto que la clase médica tiene del Maestro.

Estábamos en Lisboa, en el Congreso Internacional de Medicina; andábamos apuradillos con D. Carlos una mañana buscando una cama blanda que nos permitiera descansar; él, la encontró; yo, no. Después fuimos a la Facultad de Medicina, donde funciona el Congreso. En la sección de Higiene, médicos cubanos y americanos discutían la profilaxis de la fiebre amarilla. Fernández Caro sostenía el peso de la discusión con los médicos extranjeros; en el ambiente se sentía una crítica a España. No había verdaderamente incorrección, pero la atmósfera era molesta. La raza que había dado un mundo para bien de la civilización era fustigada y olvidada. Callábamos todos. El asunto era muy nuevo y muy técnico. Cortezo pide la palabra. Confieso que quedé maravillado cuando le oí hablar, porque, en un rato, se había asimilado todo lo que sabían aquellos especialistas en hemotazoarios y mosquitos, colocando la discusión en el terreno sereno de la ciencia, llegando a ocupar la presidencia de la sección y cantar discretamente un himno a la justicia y a la armonía, que hizo sentir, y excitar a todos un ¡Viva España!

El día que la Medicina española simbolice el homenaje a Cortezo por medio de la obra que ejecuta el artista Blay deberemos los médicos haber conseguido tres cosas: 1.º, que la ley de Sanidad, inspirada en la Instrucción general, sea un hecho y se llame ley Cortezo; 2.º, que la autoridad y la sanción sanitaria

sea una verdad encarnada en los médicos y no en los caciques; 3.º, que el Gobierno faculte a Cortezo para estudiar y proponer un plan por el que se haga pronto y con intensidad la Medicina original española. La ciencia práctica llegó aquí a una altura que necesita de modo urgente el investigador nacional. Urge hacer patria desde la altura, y nada más indicado que un técnico ex ministro de la Corona.

A los compañeros que están en las alturas les brindo estas ideas; más hacen hoy los obreros sin tantos medios.

Mientras esto llega, no olvidemos que Cortezo es paternal en Medicina y que tiene muchos nietos espirituales que atender. Son los huérfanos de los infortunados; son tal vez, nuestros hijos, aunque esto hoy no nos parezca fácil ni posible; enviemos cada médico español 5 pesetas a la Redacción de EL SIGLO MEDICO, y con su importe, que ayude Cortezo a los huérfanos de médicos que no tengan fortuna. Uno de ellos, débil y enfermizo, puede mandarlo al Sanatorio de Pedrosa; así tendríamos ocasión de enseñar a los niños lo que es un homenaje a un sabio.

Si con estas ideas y sueños no he sabido haceros justicia, es falta que a mí corresponde; pero pensad, mi querido amigo, que cuando pienso quien sois os encuentro sencillo como un niño, pero con alientos de un gigante, capaz de hacer grande a su Patria.

MORALES RILLO,
Inspector Provincial de Sanidad y director
de los Sanatorios Peña-Castillo y Nacional
de Pedrosa.

LA BUENA VÍA

R. TURRÓ

Para valorar el presente científico de España hay que mirar a un pasado relativamente próximo, y comparar; de la comparación resulta un saldo no despreciable a su favor. Ciertamente que no cabe vanagloriarse todavía de haber creado una ciencia española, que cosas de tanta monta se hacen siempre muy despacio; pero camino de ello vamos, si el peso muerto que llevamos encima y el desvío de nuestras clases directoras no malogran el esfuerzo del noviciado que entre nosotros se ha formado con este objeto. Su desarrollo progresivo y creciente depende del número y calidad de los que a la noble tarea se consagran, y depende, de otra parte, del número y calidad de los hombres de corazón sano y entendimiento abierto que amparen su labor y la valor en debidamente, por ser la pura verdad que si la investigación científica no ha de servir para abrir las cátedras y los altos cargos técnicos del Estado a los que con ella triunfen, ninguna trascendencia ha de ejercer sobre el país ni ningún beneficio ha de reportar a los que con ella pierdan su tiempo y su juventud. De ahí que en esa sociedad nueva que se va formando en el seno de una sociedad caduca, destinada a des-

aparecer si realmente hemos de salir a nueva vida, ni hay que escasear los elogios a *los socios profesionales*, ni hay que escasearlos a *los socios protectores*, por ser tan importante un factor como otro. Bajo este aspecto, y aparte de otros, el homenaje que con este número extraordinario dedica EL SIGLO MEDICO a su ilustre director, con motivo de sus bodas de oro con la Medicina, me parece tan justo como merecido. Yo no he de probar que los amores y los entusiasmos del Dr. Cortezo son para los hombres nuevos que aspiran a crear ciencia original en España; que su espíritu ha evolucionado con los tiempos y está tan compenetrado con lo que exige el momento actual, que, con ser ya viejo, lo ve como si fuera joven. No hay que probar lo que a la vista está.

Nuestro problema, se dice y se repite con una monotonía desesperante, es un problema de cultura; de lo que apenas se habla es de la clase de cultura de que estamos más necesitados y de cómo hay que implantarla si se quiere renovar la mentalidad española. Pensamos en cosas muy diferentes de las cosas en que pensaban nuestros abuelos; pero seguimos pensando de ellas con la misma tónica con que aquéllos pensaban de las suyas. La forma ha variado; el fondo subsiste igual. A poco que se escarbe en el racionalista más desvariado, se encuentra al mismo dogmático de otros tiempos. La cultura que ha de levantarnos del mísero estado en que vivimos no estriba en cambiar los objetos del conocimiento, sino en cambiar nuestro modo de enfocarlos y comprenderlos; que mientras sigamos pensando como siempre hemos pensado seguiremos siendo lo que somos, por mucho que cambiemos de vestiduras.

Concretamos, para dar a esta idea una mayor plasticidad y un relieve más ostensible. Hace unos treinta años, en plena época precalina, los espíritus que más descollaban sobre la masa docente, tan inerte entonces como ahora, aceptaban sin crítica las novedades científicas y sin el anhelo de comprobarlas y ver y tocar lo mismo que explicaban, como si para nada necesitasen de la pericia técnica que les faltaba; a su juicio, les bastaba con saberlo. Nuestras corporaciones científicas, después del boato de la sesión inaugural, se pasaban el curso dormitando en la discusión de un tema general, vertiendo con gárrula elocuencia lo que se había aprendido aprisa y corriendo en los libros recién aparecidos en los estantes de la librería. Con sólo esto, universitarios y académicos creían estar a la altura de su tiempo. Y no lo estaban. La mentalidad creada con la lectura, aunque sea de obras magistrales, no es como la mentalidad del que investiga y hace la ciencia pasando por dolorosos trámites, cayendo aquí con un fracaso y levantándose allí con un éxito, sufriendo hoy las murrias de la duda y alentado mañana con las nuevas claridades que la disipan. Quienes no saben cómo la ciencia se hace no están ni medianamente capacitados para valorar la ciencia hecha, precisamente porque no la vivieron. Ellos la trasuntaron de moldes yertos, y como la sedimentasen bien en la memoria, allí quedó clayada dogmáticamente, sin bríos para la duda ulterior

que ha de modificar progresivamente el proceso al empalmar los hechos nuevos con los viejos, creándose así la clase de profesores herméticos, que son una calamidad para los alumnos que han de aguantarlos; quienes así no sedimentan y todo lo llevan prendido con alfile-

potencias del entendimiento, ya que lo que mejor las refuerza es el aprendizaje de afianzar el juicio o dejarlo en suspenso, hasta crear el hábito de esa forma de pensar las cosas. En el laboratorio es donde mejor se practica *la virtud del buen pensar* cuando se comprue-



Un detalle del monumento.

res parecen espíritus abiertos a lo nuevo que el progreso traiga, y no son más que espíritus livianos, tan frívolos al entusiasmarse con la última novedad como al desecharla y sustituirla por otra. No es así la mentalidad de los que fueron educados en la investigación. Ellos vieron, ellos tocaron, ellos comprobaron, ellos presenciaron la embriogenia de la nueva verdad y asistieron a su alumbramiento. El perfecto dominio del asunto les hace fácilmente accesibles a la duda y a la reforma de lo que es susceptible de nuevas interpretaciones, y pesan el pro y el contra de los temas, admitiendo lo cierto como cierto y dejando lo dudoso en el aire en espera de la solución definitiva. Y así es como enseñan a discurrir a sus discípulos, abriéndoles las

ba la verdad conocida o se investiga algo nuevo. Allí el juicio siempre está en suspenso, en espera de lo que salga; en lo que hay que ingeniarse, *caldeando el cerebro hasta la congestión*, es en la invención de los medios adecuados para que lo que se busca salga.

De esa reforma interior, producto de una reeducación muy costosa y difícil, los hombres de ciencia de España no tuvieron la menor noticia hasta que con Cajal comenzó a crearse el noviciado de los hombres nuevos, primero para una sola disciplina y después haciéndose extensiva a otras esferas del saber humano. Y esta es la razón de que la labor de aquéllos resultase estéril para la ciencia y más estéril aún para modificar la mentalidad de la raza. De la moderna univer-

sidad española no han salido más que doctrinarios rígidos apegados a lo suyo como la ostra a su concha, incapaces de rectificarse por amor a la verdad, que elevaron a la categoría de virtud, la virtud de la consecuencia, no siendo más que un vicio abominable. Si alguno escapó a la influencia de esa mala crianza mental y se desarrolló libremente, fué a pesar de ella y por reacción personal. Tiempos con tiempos, yo prefiero mil veces el espíritu que informaba la antigua universidad española que el que informa la de nuestros tiempos.

Si de verdad deseamos renacer a otra vida, saliendo de esos vanos formalismos en que siempre quedamos como estamos, aunque en apariencia cambiamos, hay que fomentar en la juventud que más despunte las tendencias a la investigación original. Con ello no sólo se persigue el fin de crear ciencia española, dejando de ser una excepción vergonzosa entre los pueblos cultos, sino otro fin más inmediato y tangible: el de reeducarnos y ser otros de lo que somos. Mas esto no se conseguirá mientras a la juventud que en ello se afane no se le abran los caminos a un porvenir más brillante del que actualmente se le depara tras tanto esfuerzo. Si los cargos técnicos no son confiados a los que son realmente técnicos; si a los más conspicuos de entre ellos no se les facilita el acceso a la cátedra y a las corporaciones científicas, y seguimos confundiendo, y aun identificando, el hombre que sabe hacer ciencia con el verborreico que la explica, las generosas tentativas acometidas de unos años a esta parte quedarán frustradas y todo seguirá como está. Hay, sin embargo, en nuestra generación hombres abnegados que tienen de eso una noción muy clara, y en la sombra trabajan en apoyo de las nuevas instituciones que en su esfuerzo crearon, sin mira alguna al propio lucimiento, y eso infunde esperanza para un porvenir todavía lejano. ¡Que Dios bendiga su obra! Ellos hacen patria, o, al menos, se lo proponen. Los que no van por este camino se entretienen en deshacerla sin que lo adviertan.

LAS BODAS DE ORO DEL DR. CORTEZO

Entre los numerosos homenajes tributados en estos últimos tiempos, ninguno seguramente tan justificado como el del Dr. Cortezo.

Cincuenta años de vida profesional, enalteciendo a la Medicina y prodigando el bien, merecen, ciertamente, que se exteriorice de alguna manera el agradecimiento latente de la clase médica, que, sea cualquiera la forma que este homenaje revista, siempre será inferior a los méritos del agasajado.

Como español, como médico y como antiguo y viejo amigo del Dr. Cortezo, me uno con entusiasmo a la idea de festejar efeméride tan gloriosa, pues a nadie cedo la primacía en la admiración al hombre bueno, honrado y sabio, y por eso al coro de alabanzas, tan universales y tan justas, uno las mías, muy modestas, pero mucho más sinceras.

JUAN CISNEROS.

19 mayo de 1920.

El Dr. D. Carlos María Cortezo

.....

Cuando se dedicó a la Clínica eran pocas las horas del día para atender a los enfermos; de médico de hospital llegó a decano; encauzado en la política le fué fácil alcanzar una cartera; un día que la enseñanza le atrajo fué catedrático; dejando correr su pluma por las cuartillas mereció un puesto en la Academia de la Lengua...

Y ahora todo ello es para él secundario, para no ser más que una cosa, para no responder más que a una vibración de sus afectos, para dejar en pleno desborde el caudal de sus sentimientos. Hoy es el alma de nuestro Colegio de Huérfanos. Hoy es el padre de las criaturas que nuestros hermanos dejan solas en el mundo. Y D. Carlos obtiene por ello un premio envidiable: la bendición de aquellos que, desde un más allá, contemplan al venerable maestro besando las frentes de sus seres más queridos, y el amor de los chicos del Colegio, que reciben su visita ofreciéndole el alma candorosa en esta frase: «¡Viva el abuelo!».

DR. JOSÉ DE ELEIZEGUI.
Director de España Médica.

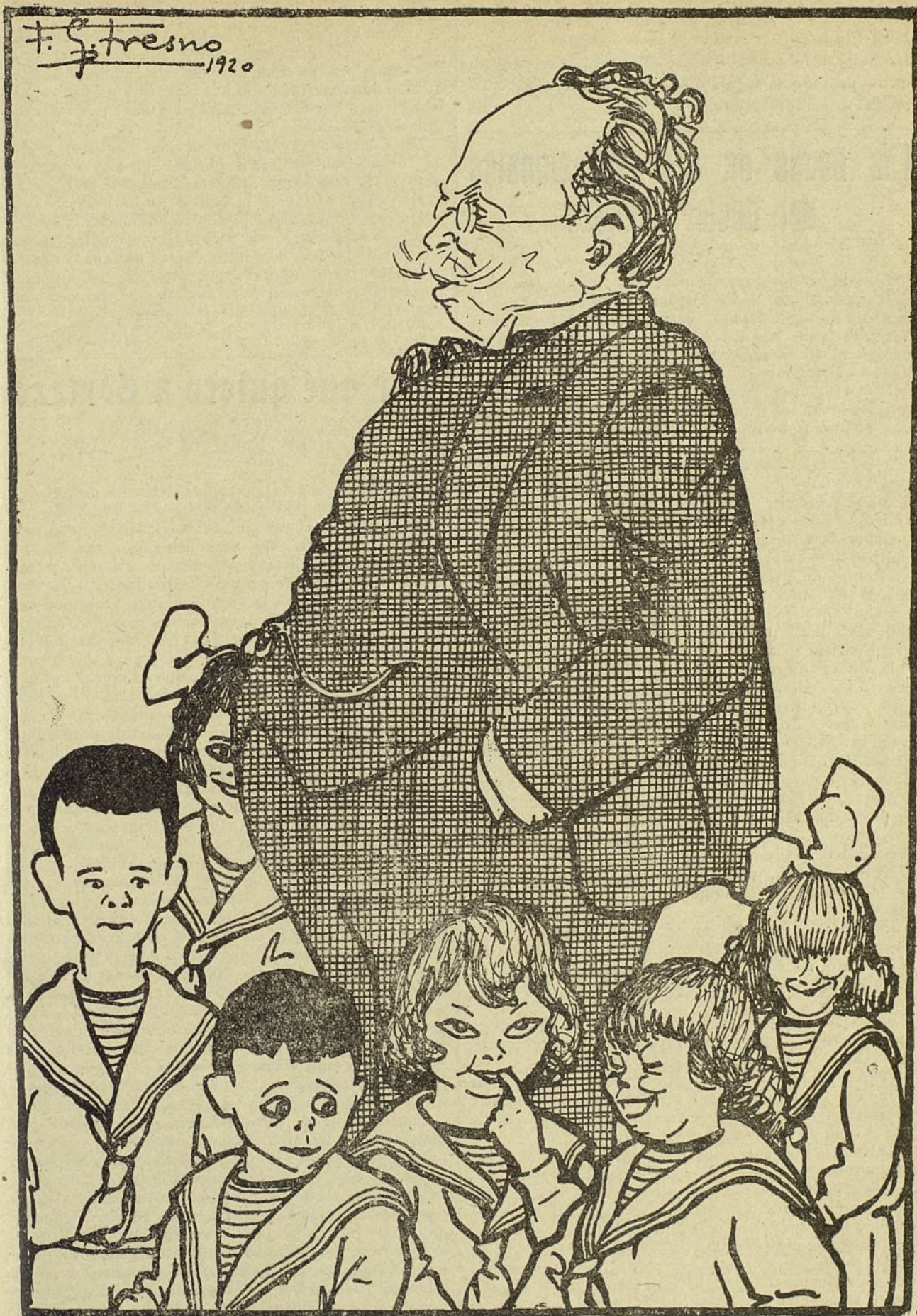
La extracción "in toto" de la catarata, y la extracción clásica con quistitomia (POR EL PROFESOR MÁRQUEZ)

.....

Las cosas que a primera vista nos parecen más lógicas no suelen parecernoslo después a un examen más detenido. Así ha pasado con los procedimientos de extracción *in toto* de la catarata, en relación con el de extracción extracapsular. Los primeros operadores, Daviel mismo, Lafaye, Pellier, hicieron, o intentaron, antes lo primero que lo segundo. La realidad les llevó luego a adoptar el procedimiento con quistitomia, que es el más lógico para la inmensa mayoría de los casos en los que la cápsula no se opacifica.

Así la extracción *in toto*, varias veces considerada como «ideal» en el curso de la Historia, ha sido otras tantas veces abandonada y sustituida por el de la abertura capsular. Lo mismo que en los primitivos autores citados, en el de los hermanos Pagenstecher, en los «procedimientos españoles» de Laso, Benjumeda, del Tora, en el del mayor Smith..., etc. Otro tanto pronosticamos que ocurrirá, y muy en breve, con el procedimiento de Huleu-Barraquer del empleo del vacío, el cual tal vez quede para algunos casos excepcionales; pero en modo alguno como procedimiento general y sistemático, por estar en contra de aquel principio quirúrgico de «extirpar todo lo que estoroe; pero nada más», principio que sólo admite excepción para las neoplasias malignas.

Y no se nos diga—abusando de la comparación—que el cristalino opacificado es un quiste y como tal hay que extirparle totalmente, pues en los quistes comunes lo más importante es la membrana y lo de menos el contenido, mientras que en la catarata ocurre



Caricatura dedicada por Fresno al fraternal amigo de su padre

lo contrario, y las opacidades capsulares secundarias, aparte de ser muy raras, se combaten fácilmente por medio de pequeñas intervenciones. Además, llevando la comparación a sus límites extremos, el ojo entero es un quiste, que, según tan peregrina teoría, deberíamos extirpar totalmente.

Las bodas de oro profesionales del doctor Cortezo

Al cumplir hoy los cincuenta años de vida profesional, seguramente el Dr. Cortezo se detendrá un momento a mirar el pasado, y su sensibilidad exquisita encontrará una lágrima para aquellos de sus compañeros que con él anduvieron parte del camino y en él fueron quedando.

Pocos le habrán acompañado hasta el fin, y contadísimos serán los que, en el momento presente, puedan compararse con el Dr. Cortezo en arrestos y energías.

Y no porque éste se haya *ahorrado*. Al contrario: su espíritu complejo, y un tanto dado a la aventura, le ha proporcionado de todo, y en la intensidad de su vida las satisfacciones anduvieron mezcladas con los sinsabores en proporción variable con las circunstancias del momento. Hombre de pelea, su juventud tuvo por campo de acción el Ateneo, la Academia, la cátedra, el periódico, el libro...

Ganó oposiciones, hizo conferencias, escribió mucho, tuvo discípulos numerosos y discutió y luchó en todas partes.

Más adelante, cuando este tumultuoso período formativo fué sedimentando y llegó el momento de cristalizar y recoger tanto fruto sembrado, obtuvo abundantísima cosecha de toda clase de honores y de cargos, y fué director de Beneficencia, jefe del hospital de la Princesa, catedrático de Fisiología, presidente del Consejo de Sanidad, ministro de Instrucción pública, consejero de Estado, presidente de la Real Academia de Medicina. En una palabra: tantos honores, condecoraciones y preeminencias, que hasta a él mismo le sería difícil recordarlos todos.

El Dr. Cortezo, por su propio esfuerzo, llegó a todo, lo obtuvo todo, lo consiguió todo..., todo, menos tener dinero.

Parece que Dios, que tan pródigo anduvo con él, descuidó un poco este aspecto tan importante de su vida. Pero, no sólo fué Dios el culpable, porque él también hizo todo lo que pudo para que así sucediese.

Siendo, como fué, durante muchos años la primera figura médica de su tiempo, y ganando, como ganó, muchísimo dinero, nunca acertó a guardarlo.

Claro que un hombre como Cortezo, que escribe «sonetos» tan buenos como los mejores de Quintana, necesariamente ha de tener una psicología económica más propia de cigarra que de hormiga.

Tal vez le pese hoy, que, cambiadas sus orientaciones morales, pero no mitigado el vigor de sus pasiones, le gustaría disponer de todos los tesoros del mundo, para emplearlos en toda clase de instituciones benéficas que suavizasen y alegrasen la vida de sus semejantes, especialmente si eran médicos.

Por eso le quieren éstos tanto. Por eso se regocijan tan cordialmente cuando le ven pasar, ¡a los setenta años!, satisfecho y contento, con su flor en el ojal y canturreando alguna canción alegre, en la que el amor,

la juventud, la esperanza..., es siempre el motivo que la inspira.

Porque el Dr. Cortezo no es de esos hombres eminentes que creen dejar de serlo si no se envuelven en una atmósfera, siempre antipática y muchas veces ridícula, de austeridad mal educada, que para ellos mismos, y creo que también para el vulgo, pasa por originalidad genial.

No; Cortezo es como los demás hombres; mucho más agradable, por ser superior a la mayor parte de ellos; pero está seguro de sí mismo y no se le ocurre apelar a esos artificios de mal gusto para dar relieve a una personalidad que le tiene en sí misma.

Al celebrar sus bodas de oro profesionales será tal vez su satisfacción más íntima saber que sus compañeros todos le aplauden respetuosamente como técnico, por su labor fructosa, y le estiman y le quieren como hombre porque siempre ha sido bueno.

RICARDO PÉREZ VALDÉS.

Por qué quiero a Cortezo

POR EL DR. POBLACIÓN,
DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Acababa yo de regresar de Alemania, de un viaje de estudios, allá por el año 908, y fui al encuentro de mi familia, que veraneaba en una playa portuguesa. Pronto supe que en una linda estación veraniega próxima, en Granja, descansaba de su continuada y fructífera labor el ilustre profesor Carracido; fué bastante el saberlo para que a la tarde siguiente fuera en busca del eminente maestro, cuyas lecciones de Química de la sangre había yo escuchado con tanta avidez dos años antes, y la visita dióme ocasión para saludar por vez primera al doctor Cortezo, que en aquel apacible retiro buscaba un lenitivo a una dolorosa pérdida de familia, de la que aún no se ha consolado. No ha sido suficiente el ya largo tiempo transcurrido para borrar de mi memoria, donde perduran con toda la fidelidad de detalles con que se graban las fechas señaladas de la vida, las impresiones de mi primera entrevista con este español esclarecido que hoy celebra el cincuentenario del comienzo de su vida profesional.

Acogiéndome Cortezo con esa cordial afabilidad suya, que brinda simpatía e invita a la espontaneidad y a la confianza; indagó detalles de mi visita a las clínicas de Berlín; preguntóme noticias de nuestro común amigo el Dr. Rosell, de Barcelona, que habíame facilitado los primeros pasos de mi estancia en la capital alemana, y me dejó sorprendido de la precisión con que me señaló los detalles de aquella organización de la enseñanza, de la que yo hablaba con tanto entusiasmo. Al terminar nuestra conversación, insensiblemente prolongada, no hubiera podido decir si era mayor mi admiración por lo que oí decir a Cortezo en el fluir de su charla amenísima y sugestiva, o mi gratitud por la cariñosa deferencia con que escuchaba mis opiniones y alentaba mis deseos de trabajo. Así conocí a Cortezo, y aprendí a respetar y a querer a esta gran figura de nuestra Medicina contemporánea, cuyo nombre pronunciamos con veneración y cuya vida entera es motivo de orgullo para nuestra raza.

El Dr. Cortezo ha influido poderosamente en mi orientación profesional; solía verle, no con frecuencia, que no es mucha la de mis viajes a Madrid; pero de cada una de mis visitas a su alegre despacho de hombre artista salía con la voluntad robustecida por su ejemplo de trabajador incansable y con un sentido optimista de la vida, que surgía de las frases de estímulo que escuchaba siempre. No olvidaré nunca las nobles

palabras con que me recibió cuando, terminadas las oposiciones a la cátedra que desempeño y cuyo tribunal había presidido, fui a verle, en despedida: «Estoy muy contento de haberle votado — me dijo —; tanto, como sería mi sentimiento por usted, si mi deber de hombre justo me hubiera obligado a votar a otro opositor.» ¡Cómo he de olvidar tampoco que, gracias a la bondad de Cortezo, el nombre modesto que firma estas líneas fué incluido en la lista de conferenciantes de las organizadas por él en la Real Academia, con el propósito elevado de estimular la producción científica española en estos trágicos años de la guerra! ¡Quién ha de extrañar, por tanto, que ahora, después de tantos años en que me ha honrado llamándome su amigo, yo no sepa decir si mi adhesión a Cortezo proviene de la admiración que me inspira su talento genial o del agradecimiento que guardo y que quiero expresar públicamente en este periódico, al que ha consagrado sus desvelos, al hombre ilustre que nunca se ha cansado de ser bueno para mí!

Pocas personalidades científicas como el Dr. Cortezo prestan una tan grande multiplicidad en las manifestaciones de su inteligencia poderosa. Su labor científica queda atestiguada por sus publicaciones incontables, por las actas de la Academia, por las páginas del viejo SIGLO MEDICO, por el prestigio inmenso de que goza, adquirido en tantos años de un intenso ejercicio médico. Su obra como legislador, como guía intelectual de la nación, se refleja en la Instrucción de Sanidad que él concibió y logró que fuera puesta en vigor y que hoy nos rige todavía. Pero con ser tan grandes los títulos mencionados para merecer el respeto de todos los españoles, hay algo todavía más hermoso, más envidiable en la vida de este hombre admirable: es su amor, nunca desmentido, por la clase médica; sus campañas tenaces y perseverantes, que la edad no ha restado vigor a su voluntad, en pro de los médicos titulares; es el aprovechamiento de sus relaciones políticas para ponerlas siempre al servicio de la Sanidad y de los médicos. El mismo, con esa encantadora sencillez que hace tan sugestivas las líneas salidas de su pluma, nos cuenta semanalmente, en la Sección Profesional de EL SIGLO, sus visitas a todo ministro entrante y nos dice alborozado a cada nueva mejora alcanzada quién es el que la otorga, callando siempre que sólo a su talento, a su voluntad y a su constancia se debe la merced conseguida o la injusticia reparada. «Viejo, enfermo y casi ciego—decía no hace muchos días en su crónica—he asistido durante diez y nueve horas que duró la sesión permanente del Senado, para vigilar la inclusión en la Ley de Presupuestos de la consignación precisa para el pago de los titulares por el Estado.» ¡Qué ejemplar conducta, y como emociona el conocerla, en un hombre que ha sido todo cuanto es posible ser en Medicina y que, aun maltrechas por la edad sus energías físicas, tiende su mano a los humildes para luchar por ellos, y consagra los destellos de su cerebro preclaro a procurar el enaltecimiento de la clase y a difundir entre las gentes, en mítines y propagandas, sus anhelos de mejora de las condiciones sanitarias, velando por el progreso de la raza!

Yo me asocio con profunda alegría al homenaje sentido con que los médicos españoles festejamos el jubileo profesional de mi ilustre amigo, y hago votos por que Dios nos conserve largo tiempo a este viejo glorioso que ha sabido coronar su vida con una obra de infinita ternura. Estoy seguro de que en este momento solemne, cuando Cortezo tienda la vista por el largo camino recorrido, más que sus triunfos científicos, mucho más que el premio que fué otorgado a sus merecimientos políticos, ha satisfecho a su corazón de hombre bueno el ver realizado su deseo de la funda-

ción del Colegio para Huérfanos de Médicos; porque para quien entregó cuanto le era dable en honor de la Ciencia y en provecho de sus compañeros nada habrá que pueda compensar los sacrificios de tantos años y las zozobras de tantos días amargos, transcurridos entre la glacial indiferencia de los más y la inexplicable hostilidad de unos pocos, como la certidumbre de que su obra será eterna. Más duradero que el monumento de bronce o de piedra en que el escultor Blay haya de perpetuar su figura será el homenaje silencioso y constante a su obra humanitaria, a la que ha de fructificar en el corazón de tanto niño desvalido y redimido por la piedad y el esfuerzo de un hombre cuyo gran corazón ha procurado enjugar las lágrimas de tanta madre infortunada. ¡Quién sabe, acaso, si la obra admirable de Cortezo tendrá un digno continuador en alguno de los huérfanos acogidos en el Colegio, sobre el cual flotará eternamente el espíritu insigne de su fundador!

CASIMIRO POBLACIÓN.

PARA CORTEZO

Pocas, mas felices ocasiones he tenido de entablar relaciones directas y personales con D. Carlos María Cortezo. Pero estas pocas ocasiones me han servido para formar el concepto de que nuestro ilustre amigo es un tipo representativo de la más alta intelectualidad de la raza latina.

Cerebro lleno de ideas, espíritu adornado de todos los refinamientos, delicadezas y matices de los grandes pensadores de nuestro pueblo, ejerce sobre el interlocutor una sugestión que bien pudiéramos denominar «magnética»; tan pronta e intuitiva es.

No hay que extrañar, por tanto, que con tan privilegiada capacidad mental el Dr. Cortezo haya tenido atisbos geniales en el dominio de la Patología y de la Clínica, que si hubiesen sido realizados con menos despreocupación por la gloria bastarían para crearse una reputación universal. Ahí está, por ejemplo, la opinión suya, expresada antes de Brauer y de otros pacientes investigadores, sobre el mecanismo de contagio del tifus exantemático. Ahí están las primeras campañas españolas, y entre ellas la muy memorable dirigida por el ilustre médico para librar a nuestro país de azotes tan temibles como el de peste bubónica. Y es lo curioso que un carácter tan español demostrase en los momentos de peligro dotes de organización y de previsión incomparables.

No conozco bastante al Dr. Cortezo para poder afirmar o negar la tenacidad y constancia de su voluntad; pero si puedo asegurar que nuestro colega no pertenece a aquellos tipos tan humanos, y al mismo tiempo tan perjudiciales, que ansían llegar a la cima de los cargos y de los empleos para efectuar estas dos funciones perturbadoras: absorción y abandono de las cosas.

Breves, por desgracia, han sido las estancias de Cortezo en los puestos políticos de elevación; mas en todos ellos ha probado de un modo inmediato que su cerebro estaba pleno de ideas, de planes, de organización. Pena da consignar que hombre de tanta valía no haya gozado por largo tiempo de aquellos puestos políticos, para beneficio de su Patria.

A los cincuenta años de una vida fecunda en el campo de la Medicina, Cortezo no es de aquellos hombres que se consideran obligados al descanso. Sigue siendo un batallador y un perseverante defensor de nobles ideales. Al celebrar sus bodas de oro con la Medicina, seguramente podrá decir como Cervantes: *Post tenebras spero lucem.*

ENRIQUE SÚÑER.

Valladolid, 18 mayo 1920.

CONSIDERACIÓN

A D. Carlos María Cortezo y Prieto

31 MAYO 1920

¡Cincuenta años de médico! ¡Qué cantidad de impresiones y qué acumulo de experiencia de la vida! Si en cualquiera profesión medio siglo da un conocimiento profundo de lo que es vivir, el ejercicio médico ¡qué no dará! El médico interviene tan íntimamente en la vida de los demás; sorprende tan de continuo el cruce de los hilos que mueven a los muñecos que existen, que pocas veces juzga las cosas como parecen, sino calculando desde dónde y por dónde se tira de los alambres. Ve el médico la vida «por detrás», como veía Abbel las matemáticas. Este conocimiento de los resortes le da un acierto para rápidamente hacerse cargo de los motivos de las quejas, de los pesares, de las confesiones, que ante el médico cuantos que no sean desconfiados o perversos se entregan a él como a mago rector y consejero. Y todo hecho de buena fe, confiado con sinceridad, escuchado con interés y resuelto con rectitud, explica la autoridad robusta acatada con tanto respeto. Así lo adivinamos los que vamos subiendo la rampa del vivir ¡Qué seguridad de ello no tendrá quien cincuenta años lleva acertando, como lo demuestra el cariño, el respeto y la devoción que se le guarda al cabo de ellos! Porque la sociedad, al fin, es siempre justa, y cuando se obra de mala fe un instante no perdona; señala siempre la mácula y no consiente la prosecución del respeto inmerecido.

¡Cincuenta años de médico! Durante ellos ha pasado la más variada cabalgata de ideas contrapuestas, de modas médicas, de partidismos científicos, y se han sucedido los más maravillosos descubrimientos. ¿Habrá determinado en el espíritu del que lleva diez lustros en la brecha escepticismo, desengaño, desconfianza, ver cómo se han amontonado hipótesis, cómo han pasado bogas, cómo han caído armazones que parecían de incommovible solidez? Seguramente no. El espíritu del que sigue atentamente y bien preparado las mutaciones de una ciencia como la biológica y a ella ha cooperado, y que de sus conquistas he obtenido frutos para la práctica, mirará con asombro el movimiento, contemplará con pena el montón de lo inservible después de tanto esfuerzo, pero de entre toda la ganga habrá visto surgir el elemento valioso que, purísimo, se ha ido guardando en la vitrina. ¡Feliz el que ha vivido estos últimos cincuenta años de la Medicina, porque en ellos ha surgido esta ciencia!

Llegó a la altura en que está tras un continuo ascender lento y seguro, por camino llano, con la cabeza alta y el pecho pleno de buena fe. No saltó con estridencias, no iluminó su ruta con bengalas, fué un persistente ascender, conceptuando todo su ascenso como cosa natural y descontada.

Habrá visto en sus cincuenta años de profesión empujar a muchísimos, subir a muchos. Llegar algunos, culminar a pocos ¡Cuántos ante sus ojos se habrán escurrido por la cucaña hacia abajo al pretender trepar! Unos caerían por sobra de jabón, todos, por falta de conocimientos.

A los que llegaron y a los que van llegando los habrá contemplado con contento. Habrá visto el seguido renovarse de las generaciones como fenómeno natural, los que se estrujan por empujar, los que empujan, los que alcanzan el pico y los que caen. He podido presenciar un extenso panorama de la vida de los profesionales, de sus luchas, de sus egoísmos, de sus envidias y también de sus virtudes. ¡Qué intensidad de vida

la del que cincuenta años ha asistido a la transformación de todo y de todos!

¿Estará cansado? Parece que no. Se le ve como en una meseta muy a lo alto, tranquilo por su continua «lucha tranquila», sin pesadumbres, sin recelos, sin más que los sinsabores del vivir. La sensatez de su vida profesional le proporciona, tras medio siglo de ejercerla, un suave disfrute del respeto, de la consideración y el cariño de todos.

Tiene ese posar majestuoso, paternal, del que puede tratar como a hijos a tanta generación de médicos, y por eso notamos desacorde cuando se oye tutearle a los que no son médicos hace medio siglo como él. Le vemos siempre en padre venerable y sencillo. Padre abundante, que hasta la Naturaleza con ese galardón le ha distinguido.

¡Dichoso el que como él ha llegado, se ha conservado en su alta situación y merece a los cincuenta años de su galénico sacerdocio el aplauso de todos y la devoción de los que le conocemos!

DR. RICARDO BECERRO DE BENGOA

Y así conocí a Cortezo

A fines del año 1875 varios jóvenes estudiantes de Medicina nos reunimos para constituir una sociedad dedicada al estudio y discusión de los numerosos y atrayentes temas que integran la Fisiología, y de aquellas conferencias nació la SOCIEDAD FISIOLÓGICA ESCOLAR. Cayó en gracia la joven asociación, nos ayudaron con sus elogios los periódicos médicos y algunos políticos de la época, y, entre ellos, muy principalmente EL SIGLO MÉDICO y *El Genio Médicoquirúrgico*, y las sesiones de la Fisiológica, que celebrábamos todos los domingos por la mañana en un aula de San Carlos, se vieron concurridísimas, y muchas veces presididas por el decano de la Facultad, Dr. Calleja, o el catedrático de la asignatura, Dr. Magaz, nuestros presidentes honorarios.

La primera vez que yo tomé parte en una discusión fué cuando salió al palenque el tema «Unidad de la especie humana». Mi poca edad (acababa de cumplir quince años), la falta de confianza en mis medios y, sobre todo, el recuerdo de los grandes oradores sagrados y profanos que yo había oído, me hacían considerar mi primera salida oratoria muy más difícil que la inmortal del Hidalgo Manchego «por el antiguo y conocido campo de Montiel».

Animado por unos y otros, y merced a la estrategia de Paco Caballero y Rubio, que pidió la palabra por mí, pronuncié mi primer discurso, tan benévola y acogido por mis compañeros, que conseguí cierta notoriedad entre mis consocios, y desde entonces formé entre los oradores de la Sociedad Y ¡amargo recuerdo! De todos aquellos muchachos de quince a veinte años que llegamos a formar en las primeras filas de la Fisiológica sólo quedamos Pepe Grinda y yo, y acaso Benjamín Céspedes Santa Cruz, que, cercano pariente de insurrectos cubanos, vino a España, y en Madrid obtuvo la franca y cordialísima hospitalidad propia de esta noble villa, por ninguna otra ciudad del mundo superada. Los demás... Berbén, Caballero y Rubio, Perico Iglesias, Alberto Fernández Gómez, García Mayoral, Guedea y Calvo, Robles y Villar, con los que tantas veces contendimos, ya no existen. Su talento, su elocuencia, su entusiasmo, su fe en el porvenir, su amor a la ciencia... ha quedado reducido al piadoso recuerdo que les dedico en estas líneas.

Por aquel entonces celebraba sus sesiones la Academia Médicoquirúrgica en un salón sito en el callejón

de Preciados. Como aficionados a esas lides científicas, allí acudíamos Paco Caballero y yo, y una noche oímos hablar a Cortezo discutiendo con aquel elocuentísimo y por demás talentado frenópata que se llamó D. José Esquerdo.

De la impresión que nos causó aquel David luchando con tal Goliath, no vencido en el encuentro, salió el acuerdo de la Sociedad Fisiológica Escolar de nombrar a entrambos presidentes honorarios, y nos cupo el honor a Caballero y a mí de invitar a Cortezo a que nos honrara presidiendo una sesión, como así lo hizo, y precisamente en ella leí yo una Memoria sobre «El placer y el dolor», que resultó profética, porque tuvimos el *placer* de oírle un excelente discurso y el *dolor* de que sus muchas ocupaciones nos impidieran volver a paladear las mieles de su fluida y galana oratoria.

Al felicitar hoy a Cortezo por sus bodas de oro con la Medicina tengo también un *placer*, amargado por el *dolor* de que apenas me separan ocho años de la celebración de la misma ceremonia. ¡No somos nadie!

RAMÓN LOBO REGIDOR

AL DOCTOR CORTEZO

Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo.

Santiago, 22 de mayo de 1920.

Muy ilustre amigo: Me dice la Redacción de EL SIGLO MEDICO que un escrito que le he enviado para honrarme colaborando en el homenaje que a usted rendimos los médicos españoles no podrá publicarse oportunamente por imprevistas dificultades editoriales; y, con todo, no quisiera yo que faltase mi nombre en la lista de los devotos de usted.

¡Quiera Dios permitirle vivir todavía largos años de felicidad; pero que a usted no le falte la emoción de la fiesta solemne en que se juntarán el clamor de tantos amigos fervorosos y el desbordamiento de los afectos inefables de su hogar!

Reflexione usted que, si es cierto que ya ha recorrido buena parte de esa cuarta dimensión de los filósofos y matemáticos con que se mide nuestra existencia, dejando tras de sí prolongada y honda estela de una vida fecunda y gloriosa, conserva usted joven el corazón y grande el alma, puesta la mirada en el ideal, allá donde tiemblan medrosas las estrellas iluminando las insondables, infinitas tinieblas del misterio...

El recuerdo de un hijo muerto hace pocos meses me impone doloroso recogimiento, privándome del placer de dar a usted personalmente el apretado abrazo que con toda efusión le envía su afectísimo

MIGUEL GIL CASARES.

Carlos María Cortezo

No hace muchos días decía yo, en un artículo, que el ejercicio de la Medicina absorbía de tal forma la vida de un hombre que hacía muy difícil que se dedicaran los médicos a la política de no tener una capacidad extraordinaria; y he aquí que este hombre, tan inteligente, tan estudioso y tan simpático ha sido uno de los dos únicos que, a mi juicio, han podido formar la excepción; el otro es D. Amalio Gimeno. Me refiero a los que han llegado a ministros exclusivamente; y si bien sem ira, estas dos capacidades, verdaderamente extraordinarias, tienen mucho de común

en muchas cosas, que podemos apreciar los simples mortales. Los dos llevan en la cara, además de la expresión de su cultivada y superior inteligencia, una cosa que parece baladí, y a mí me ha parecido siempre de una importancia extraordinaria para los hombres públicos: un alegre optimismo, un agradable y cariñoso gesto que subyuga, sugestiona y atrae. Los dos son oradores y escritores eminentísimos, y los dos son poetas. El 9 de junio de 1918, en que Cortezo leyó su discurso de recepción en la Real Academia Española, al contestarle Cavestany decía: «Cortezo no es un amante platónico de la literatura; Cortezo no es un literato lector; Cortezo practica; Cortezo escribe, y escribe versos; Cortezo es un admirable poeta. Por modestia exagerada, o por la infundada sospecha de que puedan ser moralmente incompatibles el ejercicio de su profesión y el roce con las musas, no da a la estampa sus versos.» No, amigo Cavestany; en Cortezo cabe lo primero; pero lo segundo es imposible. No es Cortezo hombre que albergue sospechas infundadas. Cortezo no ocultó nunca nada que pudiera ennoblecer el alma, ni el médico, a no ser un majadero, tiene por qué ocultarlo; precisamente donde termina un investigador que jamás desvanece por completo la duda, porque todo termina en el secreto insondable de la vida, empieza el poeta; y si no está perdido, si no sueña será un desgraciado vanidoso, que caerá en el ridículo en cuanto el constante progreso de la Ciencia ponga al descubierto su necia pretensión de haber tocado el fin.

Todos esos jóvenes que hoy creen que la imaginación no sirve más que para estropear la investigación, recuerden al primer investigador español, a D. Santiago Ramón y Cajal, y verán qué equivocado camino siguen; pero aún más si ejercen esta ingrata profesión que marcha siempre entre las mayores desdichas de la humanidad, verán, cuando lleguen a viejos, lo que en la vida supone todo eso. Miren también a la cara de Cortezo, que llegó a ser todo lo que puede ambicionar un hombre de talento, con su cara risueña, su expresión soñadora, y que, a pesar de que la desdicha se cebó en él por muchos estilos, y ninguno tan cruel como el de dejarle medio ciego para que no pueda hojear sus libros, que fueron siempre su mayor placer, sigue la misma optimista expresión de su semblante, simpática, cariñosa, y es que ve y lee con el alma como siempre. Quizá esa fama que tuvo de distraído fué debida a eso, a que miraba y leía más con el alma que con los ojos, y cuando éstos le faltaron, su cara expresó siempre aquel optimismo, porque su alma veía, veía siempre.

Hay que tener un alma como la de Cortezo para luchar en la vida; un alma soñadora; un alma de poeta. Nada me ha causado más compasión que ver a uno de esos pobres sabios a la moderna todo sorprendido porque una teoría soñada por Cortezo la veía realizada y palpable al cabo de algunos años, y nada más despreciable que verle atribuir a la casualidad aquel acierto.

¡Qué talento más grande el de Cortezo, y qué simpático, sobre todo! El contraste de sus ojos medio muertos y su expresión llena de bondad y de vida son, para mí al menos, un emblema, un divino ejemplo, cuyo recuerdo constante llenará seguramente de resignación agradable la triste realidad de mi vejez no lejana.

¡Qué ideal más completo haber llegado a ser inteligente, sabio y bueno, y todo esto acompañado de un agrado incomparable!

DR. DECRET

MI ADHESIÓN

Era allá por los años 1868 y 1869. Constituían una de las fachadas laterales del Colegio de San Carlos unas galerías abiertas, sin enlucir, con aspecto de edificio no terminado; galerías que correspondían a los diversos pisos de la que, en el Madrid de aquella época, era una edificación monumental.

Desde la galería que correspondía al piso principal se dominaba la vetusta y ruínosa construcción del antiguo Hospital general, que ocupaba toda la manzana comprendida entre el Colegio y la ronda de Atocha, y en esta manzana terminaba, a la sazón, por aquella parte, el Madrid urbanizado.

Allí, en aquellas galerías del piso principal, que daban acceso a las clínicas, conocí y comencé a tratar al hoy ilustre doctor Cortezo.

Reunía en su derredor a diario buen número de condiscípulos y compañeros, de los que quedamos pocos, seguramente muy pocos.

No quiere recordar a los que no existen, muchos de los cuales honraron la profesión y sus nombres perdurarán en las bibliotecas. Temo padecer alguna omisión lamentable.

Interin llegaba el madrugador catedrático de Clínica médica D. José Seco Baldor, que estimaba la asistencia diaria a la visita condición inexcusable para ganar el curso, y en los intermedios de la Clínica médica a la quirúrgica, en aquella galería se celebraba una tertulia, en la que ya se revelaba el ingenio sutil, la fogosa imaginación y la base de cultura que constituían la indumentaria intelectual de la mayoría de los concurrentes, que, como astros de primera magnitud, irradiaban los destellos de su inteligencia a una pequeña constelación de satélites que diputábamos prolongación de la cátedra aquella, pequeña Asamblea, en la que se analizaba y se discutía todo: ciencia, arte, política, asuntos profesionales y asuntos mundanos.

Pero entre aquellos astros, así en la galería como en la clínica y en la cátedra, fulguraba, con luz genuinamente propia, descollando por la agudeza de su ingenio, el cerebro de Cortezo, cuya potencialidad vigorosa se hacía ostensible en hermosos contrastes con aquella fisonomía añorada en la que se reflejaban la sencillez, la bondad y la modestia, no ciertamente incompatibles con una inquebrantable voluntad y un carácter no menos firme.

Abrigo el profundo convencimiento de que a ninguno de los que por aquel entonces le tratamos con alguna intimidad nos sorprendieron las diversas etapas de la gloriosa carrera de Cortezo.

Todos sabíamos que *sería todo lo que quisiera ser, y lo ha sido.*

Muy poco después de la época a que me refiero, el tribunal de oposiciones a un Cuerpo médico muy bien reputado—al terminar Cortezo el ejercicio más brillante de aquellas oposiciones manifestando que se retiraba—salió en pleno a los pasillos a rogarle que continuara los ejercicios, ofreciéndole todo género de satisfacciones para subsanar un atentado contra el buen sentido médico que se había cometido y que Cortezo había puesto de relieve en su documentada exposición, con aquel dominio de la Patología médica que ya se revelaba como verdadero fenómeno en su edad, aun no siendo un secreto para cuantos le conocían que la Patología médica constituía la médula de sus aficiones desde su paso por las aulas.

Más tarde fué médico por oposición de la Beneficencia general, conquistando en aquel torneo intelectual el número uno, y al poco tiempo, el decanato de aquel Cuerpo, que, con el cargo de profesor del Hospital de

la Princesa, *tiró por la borda* a la cara de un ministro de la Gobernación en defensa de los fueros del Cuerpo que representaba.

Y esto lo hizo Cortezo en una edad en la que, colocado en un lugar tan preeminente, es ardua empresa soslayar la influencia del vértigo de las alturas.

Y allá se fué Cortezo a su modesta casa de la calle Ancha a conquistar una sólida reputación de médico de visita, por muy pocos o ninguno superada, conquista que realizó en breve plazo, y que hubiera hecho de él un médico millonario si Cortezo hubiera nacido con aficiones de contable.

Después fué catedrático, consejero de Sanidad, consejero de Instrucción pública, director general, ministro, presidente de la Real Academia de Medicina..., cuanto quiso ser, y a todos, absolutamente a todos, estos cargos, llegó por su propio esfuerzo, por merecimientos propios.

Y no terminan sus triunfos y sus éxitos en la obtención de cargos, ni en la honrada conquista de una calificada clientela, ni en una labor envidiable en Ateneos, Academias y otros Centros de cultura.

Dedicado desde estudiante al cultivo de la literatura médica en sus dos aspectos, profesional y científico, logró merecer de la opinión el dictado de Maestro, título en fecha reciente consagrado por la Real Academia de la Lengua al recibirle en su seno.

Estos rasgos biográficos, muy rápida y sintéticamente reseñados, demandan, razonadamente, que el proyectado homenaje al Dr. Cortezo, con motivo de sus bodas de oro con la profesión, no sea sólo el homenaje del veterano SIGLO MEDICO, a cuya brillante historia va unido el ilustre nombre de su actual director en una muy larga etapa de la misma, sino el homenaje de la clase médica, que, dejando a un lado partidas de menor cuantía, tiene contraídas con D. Carlos María Cortezo dos deudas de gratitud.

Constituye la primera la Instrucción de Sanidad y sus derivaciones.

Estriba la segunda en que no puede hablarse con justeza de la etiología, de la patogenia y de la profilaxis del tifus exantemático sin asociar a ellas el nombre de España, que por boca de uno de sus médicos más ilustres, si no el más ilustre de todos, dió a conocer en una conferencia internacional el portador del germen del *tabardillo pintado*, descubierto por una iniciativa genial del propio Dr. Cortezo, merced a la cual se libró España de una formidable epidemia en 1918, que, entre otras desgracias, hubiera acarreado la pérdida de no escaso número de profesionales de la Medicina, como acaeció en cuantas epidemias de este género han reinado, hasta que se conoció el vehículo en que viaja el germen de dicha enfermedad.

Ninguna ocasión como esta para que la clase médica testimonie su gratitud a Cortezo, satisfaciendo así tan sagrada deuda.

Y no me cabe duda. Si la clase médica tuviera espíritu de colectividad, si no tuviera por ley la egolatría y por procedimiento la apatía y la indisciplina, este homenaje sería el homenaje de la clase entera.

Pocos tan merecidos y muy pocos tan justificados como éste.

Y aún abrigo la esperanza de que la inmensa mayoría de los médicos se asocien a esta sincera manifestación, cuyo origen hay que buscar en los más nobles ideales y cuya iniciativa merece los más sinceros aplausos.

A ella se adhiere de todo corazón,

MARIO G. DE SEGOVIA

Badajoz, 10 de mayo de 1920.

Imprenta Cardenal Cisneros, 47.—Madrid